

ANDRÉS  
TORRES SCOTT

UN  
**ARTISTA**  
DE LA TORTURA  
Y OTRAS  
HISTORIAS  
VERDADERAS





Un artista  
de la tortura  
y otras historias verdaderas

Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano", 2013-2014  
Certificado ante el Notario Público núm. 6  
M. en D. Erick Benjamín Santín Becerril

***Comité organizador***

*Ivett Tinoco García*

*Rosario Rogel Salazar*

*Alicia Gutiérrez Romo*

Para la presente emisión del certamen se contó con la participación de jurados calificadoros internacionales, los escritores Luis Carlos Suárez, de Cuba, y María Laura Fernández Berro y José Supera, de Argentina.

PQ  
7298.3  
.O765  
U5  
2014

Torres Scott, Andrés.

Un artista de la tortura y otras historias verdaderas / Andrés Torres Scott.-- 1ª ed.-- Toluca, Estado de México: Universidad Autónoma del Estado de México, 2014.

128 p. ; 23 cm. --(Colección Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano").

ISBN: 978-607-422-553-2

1. Novela mexicana -- Siglo XXI.



Un  
**artista**  
de la tortura

y otras historias verdaderas



ANDRÉS TORRES SCOTT



**UAEM** | Universidad Autónoma  
del Estado de México

*“2014, 70 Aniversario de la Autonomía ICLA-UAEM”*

Primera edición, agosto 2014

*Un artista de la tortura y otras historias verdaderas*

Andrés Torres Scott

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 3835 y 36

<http://www.uaemex.mx>

[direccioneditorial@uaemex.mx](mailto:direccioneditorial@uaemex.mx)



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx/>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Torres Scott, Andrés (2014). *Un artista de la tortura y otras historias verdaderas*. (ISBN: 978-607-422-553-2). México: Universidad Autónoma del Estado de México.

Responsable editorial: Rosario Rogel Salazar. Coordinación editorial: María Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Daniela Arellano Bautista. Formación y diseño: Mayra Flores Mercado y Concepción Contreras Martínez. Diseño de portada: Concepción Contreras Martínez. Imagen de portada: *El perfil de la lluvia*, José Luis Vera-Jiménez.

ISBN: 978-607-422-553-2

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

# Contenido

Presentación	9
Un artista de la tortura	13
Volverte a ver	71
<a href="http://www.vendomialma.com">www.vendomialma.com</a>	93
Cuando llega el amor	113





## PRESENTACIÓN

¶ LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO (UAEM), a lo largo de su historia, ha considerado prioritario el fuerte compromiso por fomentar, difundir y proyectar el trabajo intelectual y literario de los muy diversos escritores, tanto jóvenes como experimentados. Durante años anteriores, el Premio de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, al que convoca anualmente nuestra Máxima Casa de Estudios, había centrado sus acciones en el marco nacional, aun cuando la invitación ha estado abierta a creadores de otras latitudes. Sin embargo, es precisamente para la emisión 2013-2014 que se ha logrado dar una mayor proyección a este certamen en el ámbito internacional.

Por undécima ocasión, se invitó a escritores de habla hispana de la república mexicana y del extranjero a presentar sus propuestas creativas, ofreciendo la libertad de participar en la amplia gama de subgéneros narrativos existentes. En esta convocatoria –cuya fecha límite de recepción de trabajos fue noviembre de 2013– se recibió un total de 13 obras.

En virtud de atender las necesidades de mejora continua en que se encuentra inmersa nuestra institución desde hace tiempo, y como parte de los procesos y acciones del Programa Editorial contemplados para los certámenes de

narrativa y poesía, se observó la importancia de contar con la intervención de jurados de talla internacional; creadores de países hispanohablantes cuyo nivel coincide con los más altos estándares de exigencia y contemporaneidad literaria.

En este marco, para evaluar los 13 trabajos de narrativa recibidos, colaboraron los escritores María Laura Fernández Berro y José Supera, de Argentina, y Luis Carlos Suárez, de Cuba, quienes deliberaron acerca de las obras inéditas y mencionaron que una constante en los textos revisados es la alta calidad literaria existente en sus contenidos.

Durante la sesión de deliberación se reunieron de manera presencial los integrantes del Comité organizador, así como el notario público núm. 6 de la ciudad de Toluca, M. en D. Erick Benjamín Santín Becerril, quien dio legalidad al proceso; y se contó con la participación a distancia de los integrantes del jurado desde Argentina y de Cuba.

La dinámica consistió en escuchar los argumentos de cada experto, posteriormente la discusión, después la unificación de criterios y finalmente la selección del ganador del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” 2013-2014: Andrés Torres Scott, autor de *Un artista de la tortura y otras historias verdaderas*, motivo por el cual recibe un estímulo económico, un diploma y la publicación de su obra, que esperamos nuestros lectores disfruten y recomienden.

Toluca, México, agosto de 2014

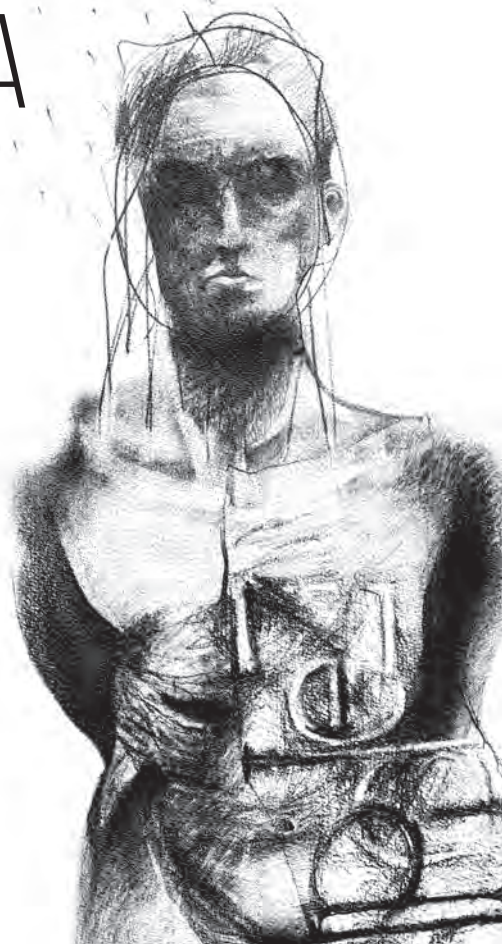
DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA

*Rector*

*A mi hermano Carlos.*



UN ARTISTA  
DE LA  
TORTURA





¶ EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS EL INTERÉS por los mártires y sus espectáculos ha disminuido muchísimo. Antes era un gran negocio organizar majestuosos eventos de este género como espectáculo popular, ya sea en las plazas públicas o en los teatros, cosa que hoy, en cambio, es imposible. Eran otros tiempos, eran buenos tiempos para los artistas del suplicio.

Si además se era el mejor artista del martirio sobre la faz de la tierra, no habría otro mejor momento para caminar sobre ella. En ese entonces toda la ciudad vivía a la expectativa del martirizado y sus exhibiciones, breves las diarias y hasta de tres horas semanales, todos querían ver al artista del martirio siquiera una vez durante sus exhibiciones diarias, ya fuera colgado de cabeza, atado de las extremidades en el bastidor o asfixiándose con un cordel o un cinturón. La gente, agradecida, le dejaba billetes y monedas en los botes y esos donativos no eran, de manera alguna, poco monto. Muy populares fueron también los shows nocturnos ambientados con sonidos de cadenas, ruidos de fantasmas, gritos de mujeres y aullidos de lobos que aprovechaban el efecto provocado por las llamas de antorchas en constante movimiento para dar un toque de dinamismo extra a la exhibición artística.

En los días sin lluvia en que había exhibiciones del suplicio llegaban los pequeñines a observar al torturado en su jaula. Los chicos, cogidos de las manos y de los barrotes, no sabían si reír o llorar de la emoción al ver el sufrimiento que el artista brindaba al público. Ellos no quitaban los ojos del

artista que a veces babeaba y que, jadeante, sangraba por el daño inferido, a veces inmovilizado, a veces en una posición incómoda, pero siempre con una camiseta hecha jirones y una trusa manchada de quién sabe qué líquidos. Para los adultos aquella situación solía ser parte de los eventos urbanos corrientes, pero los chicuelos, con su cándida inocencia, miraban al torturado asombrados y en ocasiones parecía que les era difícil entender que un hombre sufriera tanto y por tanto tiempo adentro de una jaula con piso de aserrín y muchas veces encadenado, con tal de ofrecer un buen espectáculo que agradara al público y así ganarse unas monedas. Muchos chiquillos metían la mano para tocar al artista o sentir sus heridas. En esos días no eran válidos esos preceptos de asepsia que ahora están tan en boga e impiden a los hombres y mujeres siquiera saludarse como es debido y de acuerdo con los modales civilizados. Si podía, el suplicante saludaba a los pequeños o acercaba sus heridas para que ellos pudieran hacerle daño y volvía entonces a sumergirse en su arte, a concentrarse para resistir la tortura, entonces, si era capaz, bebía él mismo de su vaso de agua o su torturador se lo acercaba para saciarle la sed y darle la energía necesaria para seguir su martirio con pasión y con gloria.

La fama de estos artistas venía, más que de otro lugar, de la clara e inobjetable distinción que existe entre este artista y el resto de profesionales debajo de la carpa. Mientras que, por una parte, los demás artistas bailan, cantan, ríen y actúan, incluso dramas y tragedias con tesón y dedicación, por otra parte, ninguno, en absoluto, sufre siquiera un ápice para brindarse al distinguido y conecedor público que asiste con billete pagado a verlos. De ahí, y no de ningún otro lado, el cariño, la admiración y el respeto de la gente por el artista y, a la vez, de ahí mismo, la envidia, los celos y el desprecio del resto de artistas del escenario para con los artistas de la tortura.



Entre los niños que admiraban al artista de la tortura había algunos que se asomaban a verlo en una de sus exhibiciones en la plaza pública, por ser abiertas y gratuitas, pero había también una nena, Inmaculada, quien desde los siete años nunca dejó de ir todos los días y quien tampoco dejó de asistir a la función semanal que ofrecía el artista de la tortura en su propio teatro. La pequeña, de pelo negro y tez blanca, se imaginaba a sí misma en la plancha siendo torturada, deseaba con fervor y pasión ocupar el lugar del artista del suplicio y gozar el dolor en su cuerpo. Ella quería sentir el látigo, las cuerdas, los filos de los fierros y el agua que la ahogara. El arte del suplicio la embriagó y decidió hacer de ese arte su arte, pero quedó frustrada, pues en 18 años jamás encontró un tutor que la guiara en las peligrosas técnicas para resistir la tortura y hacer del dolor un gozo y una pasión que puede obsequiarse al público.

Hoy en día gobiernos, ejércitos amateurs, los religiosos fundamentalistas y honorables cuerpos de policía, a partir de las enseñanzas medievales, fascistas, soviéticas y orientales, han popularizado la tortura y desprestigiado a los artistas del suplicio. Los actuales torturadores profesionales del Estado llevan a cabo el martirio en la intimidad de la clandestinidad pues les avergüenza lo que hacen, les humilla y deshonra cometer un suplicio sobre un cuerpo que lo rechaza y del cual se requieren exprimir palabras. De no ser por las fotos que los soldados comparten de vez en vez en las redes sociales, el mundo ignoraría que la tortura se comete rutinariamente bajo técnicas depuradas que dejarían como principiantes a militares de carrera. Omito nombres de los recientes, grandes y consagrados

maestros en la aplicación del martirio, pues esta es la historia del más dedicado artista del suplicio y no un ensayo para discutir la eficacia de la tortura como método directo de extracción de ideas y latente para la supresión de opiniones.

En los tiempos dorados de los artistas de la tortura, como los denomina y detalla el historiador Adrian Blanc en *De criminales a artistas*, los espectadores iban y venían y depositaban cantidades importantes en las alcancías colocadas para tal fin en los cuatro puntos de la plaza, para después marchar satisfechos por el sufrimiento que otorgaba el artista de la tortura, y se iban a cenar y lo comentaban en los cafés y bares de la ciudad. Era tal la fama de los artistas del suplicio que había vigilantes permanentes de su desempeño artístico, estos ojos eran funcionarios públicos designados por el gobierno municipal y uno que otro voluntario registrado con la encomienda de verificar que la tortura fuese real y no impostura. Estos funcionarios, y no deja de ser esto un dato curioso, eran médicos cirujanos de profesión, mientras que los voluntarios resultaban ser, en su mayoría, carniceros o peluqueros con mucho tiempo libre. La ley de entonces, todavía no liberalizada, marcaba que debían estar siempre tres vigilantes al mismo tiempo cuando la tortura era aplicada, una formalidad y observancia introducida para la tranquilidad del pueblo, pues los iniciados en la profesión artística de torturado, nunca, ni por error ni omisión, fingirían un dolor, ni simularían un acto de violencia contra sus cuerpos, que fuera falso y mucho menos ingerirían sustancias anestésicas o analgésicas que engañaran al cuerpo para que éste pudiera soportar el dolor. En aquellos días, cosas tan sencillas como el propio honor de su profesión y el amor al sacrificio por el público se los prohibía.

Hoy día es distinto. La tortura es monopolio del Estado y se realiza en escondites húmedos, oscuros, sucios y retirados de los ojos de la gente o, cuando el presupuesto lo permite, en

cuarteles con moderna tecnología y altas normas de seguridad donde se prohíbe el ingreso de espectadores. La tortura de este siglo es democrática y alcanza a individuos, ciudadanos o no, de países tanto subdesarrollados como desarrollados, no distingue género, preferencia sexual, edad, credo, raza, estudios ni riqueza. La única condición para recibir suplicio es ser un humano despojado de sus derechos por razones tan sencillas como existir y decir lo que no se debe —o la sospecha de parecer que se dijo lo que no se dijo—. Los torturadores burócratas a veces se topan con derechos humanos que vienen tan pegados a la piel que no pueden separarse, por lo que deben ignorarlos con ayuda del garrote de la libertad y las cadenas de la justicia, que son, hoy por hoy, argumentos irreprochables. Los martirizadores de estos tiempos son burócratas que impiden a sus torturados dormir con música a todo volumen, disparan al torturado con armas de salva, los arrojan de helicópteros estacionados y los drogan con asépticas inyecciones de sueros de la verdad, insípidos y aprobados por las agencias de salud.

Y si la tortura es ahora algo privado, confidencial y vedado a los ojos del público en general, el oficio de torturador —no confundirse con el de verdugo—, es hoy menos apreciado y profesional de lo que era antes. Hoy el martirizante del Estado es un doctor en Medicina, Psiquiatría o Fisiología de una renombrada universidad, donde ha estudiado seis o más años y ha escrito una disertación sin relacionarla con el suplicio. Los torturadores de hoy no se manchan las manos y en ocasiones ni siquiera tocan, no se atreven, a quienes martirizan. Los torturadores de hoy son cobardes a quienes les faltan las agallas para ensuciarse de sangre, saliva, grasa, pus y otros líquidos, menos nombrados, pero más íntimos, del cuerpo humano. Pero los torturadores de un artista del suplicio se dedican a cuidarlo, a mantenerlo despierto, a acariciarlo y a aplicarle el dolor sin hacerle daño permanente. Al contrario

de los martirizantes oficiales, que tienen como objetivo extraer ideas, el torturador de un artista tiene como meta llevar el cuerpo al límite del sufrimiento una y otra vez.

A buscar ese límite del sufrimiento del cuerpo se dedicó, por sí misma, aquella niña, Inmaculada, inspirada por el artista del suplicio y su noble torturador. Pocos entienden que alguien sufra, y mucho menos que sufra para la gente, pues hoy resulta ser antihigiénico celebrar un martirio en público y al aire libre. Debido al monopolio, a la vez negado, del suplicio por parte del Estado y las actuales normas de limpieza, ya sólo nos queda en el mundo un artista de la tortura en activo y, quien fuera el más grande, ya no goza de gloria y, a pesar de tener seguidores, carece de aprendices que deseen continuar en su cuerpo con el oficio artístico del suplicio.

Aún así, contracorriente y fuera de moda, el artista de la tortura se mantenía en el pináculo de su carrera y como el último representante de su arte, todavía en activo, sabía que perduraría como el más grande hasta el final de sus días, aunque nadie lo afirmara.

Hacia años que ya no tenían la jaula donde hacían el espectáculo en la plaza central, pues Michel, su torturador, lo había convencido de cesar los espectáculos públicos hace 13 años para presentarse exclusivamente en el teatro que adquirieron hace 20, cuando no se daban abasto con tantas funciones y tardaban más en contar el dinero que en gastarlo. Incluso pensaron en contratar a un aprendiz, pero desistieron después de seis fallidos candidatos que no pasaron de someterse a las más leves rutinas de tortura. En la actualidad dan funciones los lunes, miércoles y viernes a las ocho de la noche, con una rutina que ya le parece algo aburrida al propio artista, pero que es adecuada para al entrenador y que consta de varios actos en dos partes.

El primer acto es, como lo indica la tradición, la garrucha. Al encender las luces en el teatro, arriba de la última fila del auditorio aparece el artista de la tortura con los brazos atrás de la espalda y colgado de una cuerda amarrada de sus muñecas. Esto es muy doloroso, pero ya nadie en la audiencia lee el programa de la función donde viene la información sobre el tipo de tortura, su origen, antigüedad y escala de dolor de acuerdo con la EVA-11 –una escala científica valorativa que mide 11 grados de dolor que van del 0 al 10–. El martirio de la garrucha con que inicia el espectáculo es nivel EVA 6, pero los espectadores no se dan cuenta del grado de dificultad que conlleva, por lo que desde hace cuatro años, Michel amarra al artista de los antebrazos, y no de las muñecas, para no causarle tanta pena y, acompañado de una música, que ya no recuerdan quién compuso ni quién integró, da inicio el show. El artista de la tortura empieza atado a un riel en el techo que lo desciende hasta el escenario. Justo en el centro del tablón, la cuerda se suelta y él cae de una altura de cuatro metros. Por increíble que parezca, esta caída causa más aplausos y emociones en la audiencia que el haber estado amarrado de forma tan dolorosa, y vaya, la caída ni siquiera es un martirio ni tiene medida EVA.

Una vez en el suelo vienen las presentaciones a través de las bocinas, se inicia con el nombre del artista y su lugar de nacimiento. Después se introduce a Michel, siempre con su aburrida camisa y barba blanca, chaleco de gamuza marrón y pantalones de lana azul oscuro.

Enseguida, como segundo acto, que en realidad es el acto 1.5, Michel coloca el tenedor de los herejes en el cuello del artista. Éste tiene tres picos en cada lado y se amarra al cuello con un cinturón de cuero para forzar al torturado a levantar al rostro, si es que no quiere que las puntas del tenedor se claven debajo del mentón y en su esternón. El tenedor de los herejes tiene un EVA de 1 a 7, pero el artista sabe moverse con él con tal maestría, que no le provoca el menor daño. A él

ya no le inmuta el instrumento y mucho menos le estorba. A la audiencia tampoco le interesa el tenedor de los herejes debido al control que profesa él sobre el artefacto.

El tercer acto es colgar al artista del suplicio de las muñecas por delante y rasgarle la camisa por la espalda. Entonces, con un látigo de cuero negro, Michel le aplica 12 latigazos que abren la piel y lo hacen sangrar, a la vez que arrancan los primeros aplausos y gritos espontáneos de la audiencia. En este momento, Michel invita a un niño o a una mujer de entre la audiencia a subir y dar un latigazo al artista. En los 25 años de trayectoria, ningún espectador de los que ha subido ha dado un latigazo que en realidad lastime al artista de la tortura, pero la gente aplaude mucho, grita y se emociona con este acto. Sólo por eso lo conservan.

Acto seguido, y como cuarto movimiento, el artista es colgado y levantado, de una sola muñeca, por poleas. Ya en el aire se le colocan pesas de cinco en cinco kilos en los pies hasta llegar a los 50. La gente aplaude por inercia. Michel descuelga al artista y lo ata de un pulgar de la mano contraria para elevarlo, esto tiene un EVA de 5, pero a la concurrencia ni le importa ni le incumbe, la gente casi no aplaude y muchos se van al baño o salen a comprar un merengue, maíz tostado o calabacitas rellenas de queso blanco, que son un invento de Michel y la especialidad del teatro para aumentar los ingresos, y a las que se acostumbra poner chile en polvo. Por cierto, el artista mantiene todavía, en este punto, el tenedor de los herejes atado a su garganta, pero al igual que usted, lector, la audiencia ya lo había olvidado. Quizá sea porque después de la cuarta tortura viene el intermedio y ya la gente, como algunos lectores, tiene más ganas de beber una copa de vino o ingerir agua que prestar la atención de sus sentidos al show y sus detalles.

Para el arranque de la segunda parte el artista está amarrado en una silla de acero y se le sumerge en una pileta llena de agua en repetidas ocasiones por lapsos que van de los 10

segundos hasta el minuto. Para el artista de la tortura esto es un paseo, sabe controlar su respiración como gran maestro y nadie nota que ya no sufre, sino que, por el contrario, lo disfruta, pero los chapoteos en el agua y el cronómetro digital de luces rojas con todo y centésimas de segundo son aditamentos muy atractivos para la audiencia que disfruta del acto.

A continuación, y sin siquiera secarse después del chapuzón, viene el suplicio favorito de la época medieval, el potro de poleas o ecúleo donde se ata al artista de ambos tobillos y muñecas a dos sistemas de poleas sobre una tabla de madera horizontal. Gracias a la tecnología láser, se mide en vivo y se observa con lujo de precisión en un monitor de 90 pulgadas el número exacto de centímetros con sus respectivos milímetros que se extiende el cuerpo del artista durante la función. La gente emite expresiones de asombro y de dolor al observar que están a punto de arrancar brazos y piernas, o por lo menos eso anuncia Michel. La verdad es que jamás se los arrancaría, pues, además de ir en contra de las tres reglas del suplicio artístico, de jalar al máximo las poleas, el artista ya no podría brindarse al público, y ni el artista ni Michel, su *coach*, podrían ganarse la vida de manera honrada. La última vez que hicieron el potro, la extensión que se alargó fue de 13.025216 centímetros, quizá un récord mundial sin que se desprendiera extremidad alguna.

Aquí es donde se inicia el cierre. Se presenta un tablón de 33 por 20 centímetros que en la superficie está tapizada de alfileres y al que se llama la plancha. Se invita entonces a una dama o a un niño del auditorio a pasar a colocar la plancha en la espalda del artista y pararse sobre ella. Al espectador participante lo elige Michel, así que siempre es alguien de complejión delgadita que no inflige dolor de cuidado al artista.

Los lunes es el día tradicional de los artistas del martirio y, por ende, para finalizar el espectáculo, esos días el artista se arranca una uña, él mismo, con unas pinzas de aluminio que han sido esterilizadas para tal efecto. Se sienta en una silla de

madera a la que tres cámaras enfocan y transmiten en el monitor para que todos los presentes aprecien el acto de dolor. Con una delicadeza y una velocidad exuberantes, el artista se destroza y saca una uña en 12 segundos y muestra su dedo sangrante en medio de una lluvia de aplausos y con un nivel de dolor de EVA 11, es decir, insoportable.

Al terminar se cierra el telón y Michel le aplica una curación con un menjurje que le enseñaron a preparar de la manera tradicional y que entre sus ingredientes están el aceite de nardo y quizá mirra y aloe. Este ungüento siempre lo tiene listo Michel en botes de vidrio de color azul, detiene de inmediato la hemorragia y agiliza la cicatrización para que el artista salga al final del show, sin camisa, y eso sí, con pantalón oscuro y cinturón grueso de cuero, a tomarse fotos con los admiradores que las han apartado y pagado de antemano. A la gente le gusta salir frente al potro o la silla de metal sumergible. Eso sí, se cobra más a quienes quieren tomarse la fotografía con la plancha de alfileres todavía sangrante en una mano, mientras pasan el brazo por el hombro del artista que sonríe sin fingir, abraza a sus admiradores y muestra su mano vendada donde, en no pocas ocasiones, se observa que la punta se tiñe de rojo debido al flujo de sangre que no se detiene del todo donde hace tan poco había una uña.

Puesto que el artista no puede ni quiere arrancarse uñas tres veces a la semana, ese espectáculo lo reserva en exclusiva para los lunes, pero los miércoles y viernes el acto final es también especial y diferente. El artista se clava tachuelas en tres yemas de los dedos, lo que ha sido, relativamente, un éxito. Coloca tres tachuelas de aluminio en una mesa de madera en el centro del escenario y dedo por dedo las empuja para que penetren sus yemas. A pesar de que las heridas son milimétricas, los dedos son muy escandalosos, por lo que para evitar el flujo de sangre se deja las tachuelas clavadas para la sesión final de fotos. Situación que añade un atractivo los miércoles



y viernes, pues el artista saluda a la cámara con tres dedos que tienen insertadas puntas redondas de metal.

En no pocas ocasiones, y en especial cuando hacían giras por otras ciudades y otros países, al artista le gustaba cerrar con las tachuelas en el índice y el pulgar. Para este acto se clava primero una tachuela en los pulgares con los dedos índices y, una vez que han penetrado, toma otra tachuela y la inserta en el índice con su dedo pulgar. En fin, en gustos se rompen géneros, pero las tachuelas son menos agresivas para el dedo que arrancarse de tajo la uña con pinzas, y a la vez otorgan un impacto visual que agradece la audiencia.

—¿Tiene planeada alguna nueva tortura? —dijo el tipo delgado de cabello largo y negro que lo abrazaba para la foto.

—No, las que me gustan son excesivas —dijo el artista—, podría espantarse la gente.

—¿Conoce el língchí? —preguntó, curioso, su admirador—, ¿lo haría?

—Es una tortura relativamente menor, si se hace con navajas diminutas se pueden aguantar quizá miles de cortadas, si se hace con hacha, un solo corte es mortal.

—¿Qué me aconseja si quiero ser un artista de la tortura?

—Que ya estás viejo —dijo al artista al percatarse que el tipo tendría unos 30 años—, se empieza en este negocio desde niño y te sugiero que no lo intentes en casa.

—Su espectáculo es viejo y aburrido y usted sigue presentándose.

—Mira, en cinco minutos te entregan tu foto en la salida. —El artista guió al tipo con suavidad a su derecha y extendió la mano a la chica que seguía en la cola.

Con el alimento proporcionado por el aplauso y los ingresos por ventas de boletos, fotografías, autógrafos, camisetas, videos de hace más de 10 años, comida y bebidas, el artista de la tortura y Michel han trabajado juntos los últimos 25 años y sin darse cuenta se acercan cada día más a una última

función en la que nunca pensaron. La gente, aunque cada vez menos, asiste contenta a ver al artista entregarse, a sacrificarse por ellos, por eso lo admiran y agradecen su dedicación y valor al contemplar el espectáculo más grande y maravilloso del mundo, donde el artista de la tortura demuestra con sudor y sangre que no hay sufrimiento suficiente ni dolor insoportable que no sea digno de entregarse al distinguido público.

Como sucede siempre en el mundo del espectáculo, hay cosas que los espectadores no observan y que ignoran de los artistas. El artista de la tortura es un hombre comprometido con su público y su profesión, desde que empezó en el negocio, a los 19 años de edad, no ha dejado pasar un solo día sin hacer su serie de ejercicios para mantenerse en forma, pues para un artista de la tortura la condición física es lo principal y lo único que hace con pasión, además de ofrecerse a la gente en suplicio.

A diario, después de abrir los ojos, hace 100 lagartijas al lado de su cama, cuando le es posible las hace con las yemas de los dedos, pero las heridas de las tachuelas y las uñas faltantes sangran mucho, por lo que prefiere hacer las flexiones con los nudillos y los puños cerrados. Al terminar, sigue con 100 sentadillas con las manos en la nuca, y de inmediato, para romper el ayuno, bebe un litro de agua tibia y tres cucharadas de vinagre de manzana para mejorar la inteligencia, según se lo recomendó un médico húngaro hace ya más de una década. Entonces, el artista se viste con ropa y zapatos deportivos y bebe un megajugo a base de tubérculos y verduras que prepara él mismo. Este jugo es un secreto que pasa de oído a oído de los artistas del suplicio por generaciones, y si acaso de torturador a artista, y me refiero a los torturadores de artistas, no a los torturadores de prisioneros. El jugo tradicional es un tercio de

betabel y un tercio de zanahoria. Pero falta decir lo especial, la zanahoria debe ser de piel morada con interior amarillo, la cual es casi imposible de encontrar en estos días, pero puede prepararse también con zanahoria amarilla, carmín o anaranjada. Eso sí, de cualquier forma debe evitarse hacer el jugo con zanahoria blanca, la razón de esta última prohibición se desconoce. El tercio restante del jugo se forma por un jitomate, tres rábanos chiquitos, un chile verde serrano y una rama de apio.

Una vez desayunado, el artista sale a correr 10 kilómetros en la montaña, aunque últimamente el terreno disperejo le ha causado dolor en las rótulas y las tibias, por lo que ha preferido no salirse de la acera hasta llegar a la piscina municipal donde, sin previa ducha, se desviste y nada 200 metros de estilo mariposa, 500 de dorso y otros 1 500 metros a crol. Ya ejercitado, vuelve a casa y hace la comida más completa alrededor del mediodía, aquí incluye proteína, pero excluye lácteos y evita, por cuestiones personales, todo lo que contenga trigo, avena, maíz y arroz. Luego bebe café y té a lo largo del día y no ingiere nada dos horas antes de iniciar un espectáculo, pues sería denigrante para él y su audiencia que vomitara u orinara a media sesión de tortura.

Así como incluso los admiradores más fieles no ven esta dedicación indiscutible en el artista de la tortura, él no ha notado que, desde hace más de una década, una niña, quien ahora es una mujer, no ha dejado de ir por lo menos una vez a la semana a verlo en su espectáculo. Ella ha pagado, y por supuesto se ha tomado, más de 100 fotografías con el artista al final de sus funciones desde los ocho años. El artista no la tiene en mente como su más grande seguidora, aunque cuando la ve en el teatro, sentadita en primera fila y siempre atenta al espectáculo, él cree recordar haberla visto antes, quizá en la calle, en algún restaurante de esos adonde acompaña a cenar a Michel dos o tres veces por semana.

Inmaculada, como se dijo, tiene una devoción desmesurada hacia el artista de la tortura y además le parece que el tipo es guapo. Ella es de la opinión de que él es un héroe en una época donde los héroes ya no existen, vaya, en una era donde los héroes ya no se dan ni siquiera en las revistas de cómics ni en el cine. Para Inmaculada, el artista del suplicio es un hombre comprometido con su profesión, con el arte de sufrir para el mundo, de aguantar lo insostenible, de soportar dolores inimaginables con tal de arrancar la sonrisa, el gusto y la admiración de su público. Para Inmaculada, él es el último artista del cuerpo humano y es, además, el único en dedicarse al arte de entregarse a su audiencia de manera devota y religiosa. El artista de la tortura no hace sus obras para disfrutarlas él mismo, como, por el contrario, lo hacen el resto de artistas, el artista del martirio hace su obra para que la humanidad disfrute de su acto de sufrimiento. El artista del suplicio sufre, no goza en sus presentaciones y esa diferencia diametral es lo que lo hace único y para algunos analistas hasta un santo es.

Inmaculada piensa que el resto de artistas del mundo miente al público. Los actores en el escenario son un fraude, gozan su propia actuación y, por ende, no la dedican en cuerpo y alma. Los músicos no hacen más que acariciar con amor y sin dolor un instrumento para brindar placer a la concurrencia y a sí mismos, no tienen pena, no tienen sangre, la música es incluso puro espíritu, abstracta y metafísica, escapa a la comprensión material. El resto de artistas es peor. Los escritores no hacen más que creaciones incongruentes, inventos en un procesador de palabras donde vacían mentira tras mentira, sin el menor recato y sin el menor dolor ni el menor deseo de hacer gozar al lector a costa del sufrimiento propio. No se quedan atrás pintores y escultores, quienes modifican otras materias para producir lo que llaman arte, ya sea un lienzo para el pintor o barro para el escultor. En cambio, en un artista de la

tortura, el arte y el artista se confunden en su propio cuerpo. El propio torturador pasa a ser tan sólo otro instrumento. Arte y artista son uno mismo, el artista, su cuerpo, su piel, el instrumento de perjuicio, la propia técnica del martirio, todos se funden en la sangre y en un grito de dolor para consagrar una obra de arte perfecta, irreplicable y hermosa. El instrumento que lastima al artista forma un conjunto, con el propio artista y su dolor, que no permite diferenciar entre instrumento, artista, arte y obra de arte. En un artista de la tortura su objeto y herramienta para el arte es su cuerpo, su cuerpo es arte vivo, vivo al grado que el mismo objeto exige atención y nos otorga, como espectadores, sangre y lágrimas para provocarnos emociones de euforia, gozo y admiración. No hay obra de arte más bella y dedicada, no hay arte más arte que el arte de un artista del suplicio y no hay más artista que un artista de la tortura.

Inmaculada se graduó como enfermera técnica inspirada por la dedicación del artista del suplicio y para poder apreciar con mayor respeto y entendimiento la obra misma del artista. Por eso, ahora ella estudia Medicina y se especializa en el entendimiento neurológico del dolor con el objetivo de algún día ser parte del arte del artista, pues sabe bien que para ser un artista del suplicio no sólo se necesita el conocimiento teórico y el técnico, sino la pasión verdadera y el espíritu, esos con los que se nace, esos que nunca se hacen.

La noche de un lunes, después de que el artista de la tortura se retiró la uña del dedo anular de la mano izquierda, Inmaculada se decidió a esperarlo sola en la calle, había llovido y se notaban los charcos de formas irregulares bajo la amarillenta luz de un tenue farol que palpitaba intermitente justo a 12 metros de la salida trasera del teatro. Ahí esperó, después de años de temer hacerlo y con un miedo aún mayor de no ser grata y ser rechazada, Inmaculada no lo pensó más y se le paró enfrente, sin titubeos preguntó si la reconocía.

—Sí, te he visto antes —dijo él.

—Vengo una vez a la semana desde niña, admiro su dedicación y sacrificio, señor.

—¿Quieres un autógrafo? Ya pasó la venta, pero... podría ser gratis.

—Ya tengo autógrafos suyos.

—Si quieres tener sexo me tienes que decir tu edad y enseñar una identificación.

—No... Señor. —En realidad a Inmaculada le hubiera gustado pasar la noche con el artista y averiguar cómo raspa en su espalda esa barba corta de cinco días, pero no podía empezar por ahí, tenía otra intención más alta y más íntima—. Quiero que me enseñe a ser artista.

Aún Inmaculada no dejaba de hablar y él ya reía: —Lo siento nena, soy el último artista de la tortura y así moriré.

—No, no me entiende, espere, he visto y estudiado todos sus videos, he ido incluso a verlo en sus giras en el extranjero y quiero ser parte de su equipo, quiero que me enseñe lo que sabe, quiero sacrificarme y resistir el dolor como usted, quiero ser artista de la tortura.

—Chica, chica, gracias, pero no, no tengo equipo, sólo soy yo y mi *coach*. Nunca he tenido estudiantes.

—Aprendiz, quiero ser aprendiz de su arte.

—Ni aprendices, lo siento, tengo que dormir. —El artista la hizo a un lado con suavidad de caballero, con su mano vendada y manchada de rojo en la punta. Luego se puso de nuevo frente a ella—. Si quieres tener sexo puedes seguirme a casa, sino mejor vete, ya es tarde.

El día que el declive comenzó fue un lunes. Le tocaba arrancarse la uña del meñique, no es lo que más le gusta al público,

pero bueno, no puede arrancarse la del índice cada semana y menos la del pulgar. Además, desde que rebasó los 40 cada uña tarda más de seis semanas en volver a crecer plena, y ya no le cuadra el tiempo para que crezcan totalmente las 10 uñas para tener una uña siempre lista, crecida para cada show de los lunes. Por lo tanto, desde hace tres meses decidió ya no arrancárselas completas, gajes del oficio y de la vida, se envejece si uno no se muere antes.

El día de la caída todo inició normal tras bambalinas, ni él ni Michel se percataron de la asistencia que había, sólo supieron que el taquillero les recordó que el acomodador tenía un pendiente de carácter personal y que faltaría aquel día. Atrás del escenario, Michel amarró al artista de los antebrazos cinco minutos antes del inicio de la función y lo colgó, como de costumbre, para iniciar con la garrucha. Luego jaló la polea para ubicarlo hasta la última fila, sonó la música como siempre y cuando las luces se encendieron, ambos vieron que el teatro estaba vacío.

Total y absolutamente vacío.

El artista, colgado desde la última fila, observó la tela roja de las 246 butacas que sin pudor le mostraron su miseria. Antes de que el artista dijera algo, Michel lo descendió despacio en el centro del escenario, todavía desubicado, el artista preguntó:

—¿Olvidaron abrir las puertas de ingreso al teatro? ¿No vino el taquillero? Ni hablar, vamos a repetir mi entrada en cuanto entre la gente, mira...

—Es por ese tipo en la plaza. —Michel lo interrumpió—.

—¿Qué tipo? ¿De quién hablas? ¿En la plaza?

—¿No oíste del tal Cristo?

—¿Cristo? ¿De un cristo? ¿El de la religión?

—No —dijo Michel y miró al techo antes de proseguir—.

Es un artista, se hace llamar Cristo y dará una función, una función a la antigua, hoy mismo en el centro de la ciudad, en la plaza donde trabajábamos.

—Momento, momento... —dijo y levantó la mano izquierda abierta—. ¿Un artista? ¿Quieres decir un artista de...

—Sí, se tortura, ¿no viste los anuncios en el metro, en la tele, en las calles?

—No, no los vi, no uso el metro y no tengo televisión.

—Es un artista como tú —dijo Michel—. Inició hoy a las seis de la tarde, cobra 10 monedas si alguien del público quiere darle un latigazo.

—¿Estás bromeando? ¿En serio?

—En el póster de la calle dice que si reúne el artista 10 000 monedas en sus alcancías, se va a crucificar, y si reúne luego otras 10 000, pasará la noche en la cruz y al amanecer le perforarán el costado con la punta de una lanza y beberá vinagre, tal y como si fuera...

—¿Por qué no me dijiste nada? —gritó el artista—, ¿por qué no...

—¿Qué ibas a hacer? Tenemos el mismo espectáculo desde hace cinco o seis años, no cambiamos nada, después del furor de clavarte las tachuelas en los dedos y de que los niños te imitaban en las escuelas de todo el país no volvimos a ser noticia. La televisión ya no viene a grabarnos y ya no hemos producido otro video de tu espectáculo, ¿hace cuánto que no te entrevistan? Ya acabamos, fuiste el mejor, retírate como el mejor, quizá nadie lo vea ahora, pero después te lo reconocerán.

—No, no, no, ¿qué dices? ¿de qué hablas? ¡La puta que lo parió! —El artista se llevó las manos a la nuca—. No puedo creer que esto esté pasando, que me pidas que me retire así nada más. Ese loco debe seguir en la plaza ahora mismo y no puedo creer que no me hayas platicado de él, esto es increíble. —El artista clavó los ojos en Michel—. Traicionado por mi propio torturador, por mi *coach*, traicionado por el único ser humano a quien le entrego mi vida tres veces a la semana desde hace... —El artista miró al techo y abrió los brazos—. ¡Desde hace ya no sé cuántos putos años!



—No te traicioné, jamás lo haría —dijo Michel—, fíjate en tus palabras. No vayas a verlo, te va a hacer daño, ese tipo, Cristo, es más joven y más fuerte, tiene más tecnología y equipo.

—Quiero ver a mi verdugo, quiero cruzarle la mirada, ver qué trae adentro y qué tan bueno es para atreverse a destruirme sin que tú me hayas advertido.

Michel y el artista de la tortura llegaron a la plaza central de la ciudad y contra sus expectativas —no las de Michel, sino las del artista—, ésta estaba a reventar. Los niños corrían de aquí para allá, los jóvenes paseaban y se divertían, llevaban globos, peluches, vasos de refrescos, elotes y helados en las manos. Al artista le pareció ver al acomodador de su teatro esconderse detrás de un estante cuando lo divisó a la distancia, sí, aquél que tenía una cuestión familiar fuera de la ciudad.

Había estantes por todos lados con parafernalia y recuerdos de MAX Cristo': ropa, muñecos de peluche, vasos de plástico, encendedores y pósters. Las prendas de ropa eran abundantes, no sólo se vendían camisetas, había chamarras azules de mezclilla y también de cuero color negro, pantalones deportivos, y bolsas y mochilas, algunas de éstas con el nombre y otras con la imagen del artista bordada. Además, los anuncios rojos de un refresco estaban por todos lados junto con los azules de una cerveza y hasta los anuncios de una compañía china de autos, que al artista le parecía de calidad nimia, tendía pancartas a lo largo y a lo ancho de plaza.

El artista pensó en cómo conseguir y cuánto cobrar por esa misma publicidad, pero ni una ni otra respuesta siquiera le pasaron cerca de la mente. “Se hace llamar MAX Cristo' y escribe su nombre así de raro e irregular”, se dijo el artista de la tortura y contempló la imagen de MAX Cristo' en la pantalla gigante donde lo veía de cuerpo entero sobre el centro de la plaza. Sintió que lo había visto antes. En la pantalla MAX Cristo' no llevaba camiseta y se apreciaba un cuerpo cuidado,

músculos detallados, finos pero marcados, denotaba un trabajo físico dedicado y una dieta saludable. Tenía el pelo color negro hasta los hombros, no usaba barba y era de ojos negros y grandes. “Es un hombre bello, cerca de los 30”, concluyó el artista de la tortura, “le llevo, quizá, unos 11 años”.

Michel observaba anonadado a su alrededor, sabía que estaban retrasados en casi todo lo relativo a la administración del show, pero este control de los patrocinadores y la publicidad era la evidencia que les daba el golpe de gracia. Quienes atendían los puestos iban uniformados y con un gafete del evento colgado del pecho, eran todos de una misma empresa y ellos ni siquiera tenían una compañía establecida, no podrían controlar ni administrar una nómina que sobrepasara tres personas. Buscó a MAX Cristo’ pero no estaba por ningún lado, ni siquiera donde habría recibido o debería de recibir los latigazos que prometió al público en sus pósters.

—Oiga, oiga, perdón —preguntó el artista a uno de los vendedores de camisetas y entonces notó que hasta la figura de acción vendían en una caja de cartón negra—, ¿dónde está MAX Cristo’?

—Se prepara para la crucifixión —respondió el empleado y de inmediato el artista pensó que eso era un error. Si MAX Cristo’ estaba desde las seis, quiere decir que reunió 10 000 monedas en cosa de una hora, pero era imposible que los espectadores le hubieran dado ya los latigazos, que habían pagado, en tan poco tiempo.

—¿Juntó el dinero antes de los latigazos? —preguntó Michel.

El vendedor no respondió con la voz y señaló una pantalla gigante situada arriba de un hotel, atrás de donde estaban, en ella se leía con números rojos: \$35 117 y no dejaba de aumentar a cada instante.

—Ese es el monto que llevamos —dijo el vendedor y el artista se dio cuenta que, sin todavía hacer nada, MAX Cristo' vació su teatro y había ganado, en esa sola tarde, más de lo que él ganó durante el año pasado.

—Y la gente que pagó para darle latigazos, ¿no se los dio? —preguntó ahora el artista.

—No, mire —dijo el joven y se interrumpió para vender un muñeco de acción a una niña—. Le decía, a eso de las cinco ya había en las alcancías 10 000 monedas. Entonces, permitió que mujeres y niños le dieran latigazos gratis, a la gente le gustó y donaron más monedas, MAX Cristo' se retiró a su estudio a las seis y media para preparar la crucifixión, emocionante, ¿no? Una anciana del asilo va a colocarle la corona de espinas hecha de agujas de acero forjado.

—Tiene una idea muy clara de la mercadotecnia —dijo el artista y se rascó el mentón, meditó en qué hacer para mejorar su espectáculo, pero no se le ocurrió nada—. Michel, tenemos que superar a este principiante, preparar algo grandioso, una tortura increíble, quizá ahora sí debemos hacer un desmembramiento en el escenario.

—Nunca voy a destrozarte el cuerpo.

—No, no, mira, ¿recuerdas que hace tiempo platicamos la posibilidad de extirpar un riñón ante el público en el teatro?

—Son costos muy altos, se requiere de mucho equipo material y humano...

La música cubrió las palabras de Michel, era la guitarra de la introducción de *Thunderstruck* mezclada o intercalada con coros clásicos del *Aleluya*. La gente aulló y levantó sus brazos, rayos láser cruzaron el cielo. En la pantalla gigante desapareció el monto reunido hasta ese momento, se encendieron otras seis pantallas y de ellas, como si fuera el Mesías, emergió MAX Cristo' sin camisa, sonriente y pantalón de mezclilla negro.

—Hola —dijo desganado, sin ver a la cámara, con medio rostro cubierto por su greñero.

—¡Holaaa! —gritó la plaza entera.

—Los amo y por eso les dedico esta... Esta mi primera, mi primera crucifixión —habló lento, sin ganas, como si le aburriera la situación. Se llevó ambas manos a la cara, los dedos a los labios y envió un beso a todos, la toma se abrió y se observó que era golpeado por un látigo varias ocasiones y que la piel se abría y sangraba.

—Es un efecto, nadie en el público golpearía fuerte con el látigo de seis metros —dijo el artista—. La gente teme hacer daño y pegar fuerte y MAX Cristo' lo sabe.

En la pantalla, MAX Cristo' se viró y fue castigado con el látigo de frente, parecía que le golpeaban el rostro, pero no se le veía herido. Entonces, se abrió la cámara y él se hincó frente a una dama mayor de edad. Se notó que se hallaban afuera del Palacio Municipal, a unos 20 metros de Michel y el artista. La mujer en la pantalla era nada más ni nada menos que doña Elodia, una anciana medio loca y conocida en la ciudad pues sus tres hijos tuvieron la habilidad para ser alcaldes, aunque nunca tuvieron el valor de hacerse cargo de ella y la enviaron al asilo municipal. La cámara enfocó entonces la corona de espinas que doña Elodia recogió de un cojín de terciopelo carmesí que le acercaron dos edecanes de piernas largas y faldas cortas y también rojas. La corona tenía una agarradera metálica y las espinas eran puntas de acero delgadas en forma de zeta. Con ayuda de una edecán, doña Elodia sujetó la corona y, sin la menor misericordia, la dejó caer en la cabeza de MAX Cristo'. Esto provocó expresiones de dolor y gemidos entre la multitud y, a la vez, una ola de aplausos y gritos.

—“Bravo, bravo. ¡Enorme!, eres grandioso”, se escuchaba en un lugar y otro de la plaza.

MAX Cristo' se puso de pie, levantó ambos brazos y sonrió para el público, para la plaza entera de la ciudad que

ahora se entregaba sin condiciones y eufórica de placer al nuevo ídolo de la tortura.

En la toma abierta que se presentó en las pantallas aparecieron cuatro individuos que cargaban una tabla o barra que parecía ser de metal, era, sin lugar a dudas, el símil de la cruz. Se la echaron en el hombro a MAX Cristo' y en la pantalla se anunció que se trataba de una barra de titanio y que pesaba 130 kilogramos, lo cual era posible, sin duda alguna, según el cálculo de Michel. A la derecha del artista se organizó una hilera de gente y una multitud de policías y voluntarios colocaron barreras de metal amarillo para abrir un camino que iba del Palacio Municipal al centro de la plaza. En la pantalla, MAX Cristo' comenzó, con pasos de plomo, a caminar con su barra de metal a las espaldas y, atrás de él, sin duda su torturador, con máscara negra, mostró a la cámara un látigo de tres puntas con estrellas metálicas y así, sin más preámbulo, comenzó a castigar a MAX Cristo' quien, a paso lento, avanzaba los 300 metros que separan al Palacio Municipal del centro de la plaza, distancia que conocía el artista de la tortura y que se omitió en la pantalla gigante.

La gente rugía exasperada con la función y el espectáculo que brindaba este nuevo artista de la tortura salido de la nada. Al llegar al centro de la plaza, tres asistentes con camisetas negras y el nombre de MAX Cristo' en letras doradas le ayudaron a bajar la barra de metal que llevó a cuestas y que haría las veces de la parte horizontal de la cruz. Después de colocarla en el piso, MAX Cristo' se quitó el cinturón y lo arrojó a la multitud que, enardecida, peleó por conservarlo. Enseguida, sin el menor aviso y sin que la toma se alejara ni se abriera, él desabrochó su pantalón y lo dejó caer para que, ante los ojos de todos, se viera su virilidad entera, plena, envidiable para la mayoría. Se colocó frente al torturador y éste lo castigó de frente 12 veces más con el látigo sin importar si dañaba las nobles partes recién descubiertas.

—No se me hubiera ocurrido tomar ese riesgo jamás —dijo Michel.

El artista de la tortura también estaba de acuerdo, a él tampoco se le hubiera ocurrido realizar esa rutina que ponía en riesgo tan delicada circunstancia, pero no quiso hacer comentarios. MAX Cristo' fue sujetado, inclinado y recostado sobre la viga de metal que yacía en el suelo. Sus manos fueron fijadas y apesadas en la barra de metal. Michel se percató en la pantalla gigante de que la barra de metal tenía demarcados sus brazos, lo que no podía significar sino que sus brazos embonarían de manera perfecta para determinar el punto por el cual los clavos pasarían limpios y sin causar dolor en el siguiente paso. En la pantalla se mostraron los dos clavos que cruzarían el antebrazo, eran, como la viga, también fabricados en titanio. Brillantes y hermosos pedazos de metal sin la menor rebaba y con acabados de rayo láser para no dejar la menor duda de su exacta medida de cuatro milímetros de diámetro por nueve centímetros de longitud y una punta afilada, precisa, perfecta, de forma de cono. Unas manos delgadas insertaron los clavos esterilizados a una pistola de metal, que era, mejor dicho, un mango de pistola con una caja adjunta que sobresalía y no dejaba diferenciar el cañón sino un simple orificio.

—La pistola contiene una cámara de ultrasonido para ver por la piel y evitar dañar arterias, venas, huesos y nervios —dijo Michel.

Pero el artista no lo alcanzó a escuchar debido a los gritos de la gente. En la pantalla observó que era una chica que conocía quien pasaba la pistola cargada de clavos de titanio al torturador. Sin titubear, el martirizante se hincó, puso la pistola sobre el antebrazo derecho de MAX Cristo' y disparó. Un sonido fugaz de aire, de gas, se escuchó tenue y la sangre comenzó a brotarle del antebrazo, a unos dos centímetros de las muñecas. La gente no dejaba de aplaudir y los niños gritaban emocionados. El torturador se levantó, caminó para el costado izquierdo

de MAX Cristo' y se hincó otra vez. Disparó una vez más y el sonido del clavo impulsado por gas volvió a escucharse al introducirse en el antebrazo de MAX Cristo', quien dejó escurrir, a manera de telenovela, tres lágrimas, quizá aquellas lágrimas se debían más a la emoción de que las cosas salían bien que al dolor que sentía, pero eso nunca se corroborará. Desnudo y clavado, fue entonces elevada la cruz en el centro de la plaza, y de los techos de los edificios este y oeste dos grandes reflectores, uno azul y otro rojo, iluminaron el cuerpo desnudo de MAX Cristo'. Del mismo techo del Palacio Municipal salieron cinco hileras de cohetes y los fuegos artificiales en el cielo mostraron dos palabras: "MAX Cristo'" con luces amarillas, doradas y anaranjadas. La gente festejaba y aplaudía en la plaza y en la pantalla salió la imagen del alcalde de la ciudad con las manos sobre su cabeza sin dejar de aplaudir.

—Así fue la verdadera crucifixión —dijo Michel.

—¿Qué? Esto es una farsa, los clavos son delgados, asépticos y él sostiene su peso en las caderas —respondió el artista—. Los latigazos fueron lo más letal y fueron 12, sólo 12. Mañana este tipo estará repuesto y podría correr un maratón, tampoco los romanos tenían rayo láser ni fuegos artificiales, así no fue la crucifixión, Michel.

—Quiero decir que el místico hebreo debió estar así —dijo Michel y lo señaló con el índice—, totalmente desnudo en su cruz.

El artista ya no supo si a la mañana del martes siguiente al centro de la plaza de la ciudad llegó un tipo en caballo a clavarle la punta de una lanza en el costado derecho a MAX Cristo' ni si después llegó una edecán de minifalda a pasarle una esponja con vinagre por los labios. El artista pasó la mañana del martes encerrado en

su casa, pero al mediodía se dijo que no era un perdedor y que si no salía a entrenar, estaría aceptando su derrota permanente y reinició su disciplinada rutina de ejercicios que estuvo a punto de romper. Al volver a casa y tomar una ducha, no llamó a Michel, no revisó el correo electrónico y no contestó el teléfono.

El miércoles realizó su ritual alimenticio y de ejercicio físico por la mañana, y en la tarde se presentó al teatro donde ya Michel lo esperaba con todo preparado, como si no hubiera pasado nada y la de hoy fuera una función más, sólo que, sentado en el escenario, Michel sostenía unos papeles en las manos.

—¿Qué es eso?

—Estaba en el buzón, es una foto tuya con... —dijo Michel y el artista la tomó.

—Lo sabía, vino a tomarse una fotografía conmigo antes.

—No lo recordabas —dijo Michel sin sonreír.

En la imagen, el artista sonriente, sin camisa, con una venda en una mano y la otra sobre las espaldas del admirador. En ese momento recordó que el tipo le pidió consejo para hacerse artista del martirio. Ahora, MAX Cristo' le había firmado la foto a él con una dedicatoria: "Para el maestro de la tortura que no tiene nada que enseñarme. MAX Cristo'".

—Ya sabía que lo había visto —el artista sintió que debía romper la foto en pedazos ahí mismo; luego pensó lo patético que sería pedir a Michel que recogiera los fragmentos antes de la función o, peor aún, hincarse él mismo a recogerlos para ir a tirarlos al bote de la basura.

No hablaron sobre lo acontecido en la plaza ni sobre la nula asistencia del lunes, pero sí se miraron a los ojos. Michel sentía que era el fin de sus carreras y que el artista no lo aceptaba, sentía que el artista quería creer que para el espectáculo de hoy la situación sería distinta y que todo volvería a la normalidad entre ellos y en su relación con el público de la ciudad que los adora. Pero Michel nunca ha podido, o querido decir, lo que siente y tampoco abrió la boca cuando a las 17:47 el único y



posible asistente al teatro fue un borracho que tenía una mancha de orines en el frente de los pantalones y no dejaba de gritar que quería entrar sin pagar boleto, como el día en que se había crucificado el artista en la plaza. El acomodador y el taquillero del teatro fueron despachados a casa después de hacerse cargo del borracho, luego el artista fue a sentarse de vuelta con Michel en el escenario, quien sostenía entre dos dedos el tenedor de los herejes.

—Tienes que hacerme una mutilación —dijo el artista—, vamos a anunciar una mutilación de dedos para la próxima semana, los meñiques no sirven para nada.

—Hay tres reglas en este negocio —dijo Michel y cerró la boca—. Quizá cuatro, el punto es que uno solo se mantiene si las respeta, cuando un artista de la tortura hace mutilaciones, se convierte en carnicero y su torturador se transforma en verdugo, se termina el arte.

—Los ojos, sácame los ojos, Michel, a Sansón eso no lo detuvo, siguió activo, ¿puedes sacarme los ojos?

—No —Michel dijo—, no me gusta ni que te arranques las uñas.

—Un desmembramiento. —El artista se puso de pie—. Un hombro. —Dio la media vuelta y caminó hacia su entrenador con los brazos extendidos—. Podemos prepararlo a la antigua, ¡sí, con caballos!, podrías aflojarme los ligamentos desde antes y cortar la piel... Sí, perfórame la piel y el músculo para que se me separe de manera inmediata el hombro, ¿quizá incluso podrías matarme en el chevalet?

—Cierra la boca, ¿qué te pasa, hijo? —Michel se paró frente a él y lo miró a los ojos—. Mira, este es sólo un loco que vino a la ciudad y se irá pronto, así como llegó, sin avisar y sin que lo notemos —dijo Michel y le puso una mano sobre el hombro—, ese Cristo' vino a decirnos que debemos retirarnos, no quieras morir por un imbécil así, nadie pagará boleto para verte morir en el chevalet, además, la ley no lo permite. Sabes que sin el dinero ni la tecnología médica jamás lograría-

mos un desprendimiento de brazo sin matarte. Si eso no te es suficiente, piensa en que traicionaríamos a la profesión. Que un caballo te arranque un brazo previamente aflojado no es ético para el público, ni para el espectáculo ni para mí ni para ti. No cuentes conmigo para destrozarte el cuerpo. —Michel puso ambas manos en los hombros del artista—. Quizá sea hora de pensar en retirarnos, en el arte de la tortura ya hicimos lo que pudimos.

—No propones nada, no me sirves ya —dijo el artista y quitó las manos de Michel de sus hombros—. Quizá es hora de que tú pienses en retirarte, si no quieres trabajar conmigo, no vuelvas.

—¿Me corres?

—No me interpretes —el artista enfrentó a Michel—. Dije que es hora de que pienses en tu retiro, no dije que te corría, las cosas son como son y no son más.

—Entiendo... —Michel se dio la media vuelta para dejar de verlo—. No es tu voz la que me corre, son tus formas, en tu corazón ya no hay pasión, ya no hay ganas ni la magia que teníamos.

—¿Cuál magia teníamos? —inquirió el artista—, yo tuve que rogarte y convencerte para que me torturaras, tuve que implorar tu merced para que me entrenaras en el arte del suplicio —gritó a pleno pulmón el artista y Michel no giró a verlo—. ¿Ya se te olvidó? ¡La puta magia!, la puta magia que nos parió a ti y a mí, ahora resulta que teníamos magia, yo siempre te forcé a todo desde que empezamos.

—El artista le veía las espaldas a Michel—. Nos vemos aquí el viernes y si no hay público ya veremos si nos vamos de la ciudad o qué demonios hago yo con mi cuerpo.

El artista se largó del teatro sin mirar atrás y Michel se quedó solo en el escenario, vestía su eterna camisa blanca de mangas largas, su chaleco de gamuza color marrón y sus pantalones de lana azules. En el suelo estaba la fotografía dedicada al artista y firmada por MAX Cristo'.

El jueves y el viernes el artista siguió con su rutina, pero para el espectáculo del viernes pidió al taquillero que les avisara si 15 minutos antes no se vendía ningún boleto. Cuando faltaban 10 minutos para iniciar, el acomodador les hizo saber que se había vendido un solo boleto. El artista del suplicio y Michel decidieron dar la función al único asistente. Los dos pensaron, sin expresar la idea ni el sentimiento, que sería la última función de sus carreras juntos, que nunca se imaginaron que así sería el final y que era mejor terminar pronto que alargar esta agonía. Michel colgó al artista de las muñecas para hacer la garrucha, lo elevó y trasladó en el riel hacia la última fila para alistarlo. Comenzó la música y se encendió la luz, ambos vieron a una mujer joven sentada en la primera fila, en las bocinas del teatro se escuchó la grabación que presentaba al artista y a Michel a la concurrencia.

—Alto, alto, por favor —dijo Inmaculada desde la primera fila. Levantó ambos brazos con las manos abiertas y se puso de pie.

—Sigue Michel, ¡sigue! No te detengas, ella pagó su boleto y no... —dijo el artista.

Pero Michel no siguió, arrojó el tenedor de los herejes en la duela del escenario y con cuidado bajó al artista, quien, al descender y ser desatado, recogió el tenedor de los herejes de inmediato y trató de abrochárselo él mismo en el cuello.

—Pagaste un show y te daré el show, muchacha —dijo él y la señaló con el índice—. No quiero darte lástima, siéntate y disfruta.

—No me das lástima, tengo que irme en 30 minutos... —ella miró su reloj—, 20 a lo mucho. No pensé ser la única espectadora, lo siento, no quiero que sigan si nadie va a ver su arte.

—¿Te vas en 20 minutos? ¿Por qué viniste? —dijo el artista con el tenedor de los herejes en la mano.

—Colaboro con MAX Cristo' y tenemos ensayo para la siguiente función, tengo que practicar con las navajas.

—¿Navajas para otra crucifixión? —dijo el artista.

—Será un língchí —dijo ella—. MAX Cristo' quiere replicar la tortura de Liu Jin de 1510, sentenciado a 3 357 cortadas, el tipo murió al cuarto día con 400 cortadas, MAX Cristo' quiere alcanzar más de tres mil.

—¿Serán milimétricas? ¿En cuánto tiempo? —dijo Michel.

—Podríamos hacerle 1 119 cortadas por día. Son 46.6 por hora y terminar en tres días con las 3 357.

—Cortaditas —dijo el artista—, ni siquiera le dolerán y ahora no se atreverá a vender pases para que lo corte el público.

—No, no será así —dijo Inmaculada—, podríamos acabar en tres días, pero la duración tentativa será de seis o siete. Se va a cobrar 100 monedas a quien quiera hacer una sola cortada en la espalda del artista, con navajas que nosotros proporcionaremos, ese proceso será lento y nos llevará unas 20 o 25 cortadas por hora, lo que es un número todavía manejable.

—Esto es el final —dijo Michel—, sobrevivió a una crucifixión que la gente cree que fue idéntica a la de Jesús, pero, al contrario del Hijo del Hombre, MAX Cristo' no murió y pudo caminar al día siguiente, ante los ojos de la gente ha superado a Jesucristo y se ha ganado con creces su bien elegido nombre: MAX Cristo'.

—Y ahora superará la tortura china de rebanadas lentas y lo logrará casi sin dolor, ya superó a Dios y con el língchí me superará a mí.

—No, ya nos superó —dijo Michel sin dirigirse al artista—, vámonos como los grandes, ¿cómo te llamas, chica?

—Inmaculada.

—Mira, ¿puede MAX Cristo' dedicar al artista unas palabras y concluir el língchí aquí en el teatro? —dijo Michel—. Sería tu amigo y el mío, te dará las gracias y quizá le vendamos el teatro.

—No —gritó el artista y se puso entre Michel e Inmaculada—, todavía podemos hacer el desmembramiento, un desmembramiento total, arráncame piernas y brazos, será mi último acto. Puedes aplastarme entonces la cabeza y, antes del desmembramiento, molerme los dedos con una máquina medieval original, el museo la puede prestar, quizá cortarme todas las falanges superiores de los dedos, podría vivir así, ¡vamos Michel! No me dejes, no te dejes vencer.

—¿Que no te deje? Tú quieres que me quede para matarte, renuncio.

—¿Qué?

—Renuncio —dijo Michel—, no me interpretes, tómalo así, como es —dijo el viejo de barbas y camisa blancas y cruzó el teatro entre las butacas para salir por la entrada principal. Desde ahí viró y gritó—: “Fueron los mejores años de mi vida, gracias”.

Nadie dijo nada, ni Inmaculada cuando partió de prisa rumbo a su trabajo. Sólo al salir, el artista les dijo al taquillero y al acomodador que ya no volvieran para el siguiente lunes.

Inmaculada terminó su ensayo con el equipo de MAX Cristo' a las nueve, caminaba rumbo a casa con el resto de jóvenes médicos, enfermeros, administradores y técnicos que integraban el equipo del artista cuando a uno de ellos se le ocurrió decir que se metieran a una taberna de moda, “La sogá”. Sin tener compromiso ni ningún pendiente por hacer, Inmaculada concluyó que lo mejor que podía hacer era divertirse. Se reunieron en una mesa a la mitad del bar y pidieron varias jarras de cerveza oscura, patatas y totopos. Casi una hora después, Inmaculada fue al baño con una compañera y de vuelta a su mesa lo vio ahí solo, sentado en la barra, agachado, con una

mano sobre otra en la barra y el mentón sobre la mano derecha. Traía una gabardina negra de cuero que no había colgado en el perchero y que, descuidado, arrastraba, además de una boina gris que tampoco se había quitado.

—Hola —dijo ella y él levantó la cara y en la cara levantó las cejas, quizá para devolver el saludo—. Deja despedirme y vuelvo —dijo Inmaculada y marchó a decir algo a sus colegas. Algunos voltearon a ver al artista, otros no, uno de los chicos rio a carcajadas y un último sostuvo a Inmaculada del brazo y parecía no querer dejarla ir, pero ella acabó por despedirse y regresar a la barra con el artista de la tortura.

—No tengo nada que decirte.

—Quizá, ¿qué bebes? —dijo ella.

—Es la primera noche en que puedo cenar y beber a libertad y no sé qué hacer, por primera vez en no sé cuántos años no trabajaré el lunes.

—En 25, pero no cenas, la comida aquí no es buena, bebe tequila o ron, así derechos, te agitarán el espíritu.

—No quiero que se me agite, ¿tú qué tomas?

—Cerveza.

—Pídete una jarra —dijo el artista y así lo hizo Inmaculada—. ¿Por qué te gusta el arte de la tortura?

—Es el arte máximo, es la verdadera entrega al público, ¿cuántos cantantes o actores de esos de moda sufrirían una tortura para entregarse al público? Te aseguro que ninguno, el único verdadero artista del escenario no es el que muere, sino el que sufre para la audiencia, esa es mi opinión, pero tú, ¿por qué... por qué te hiciste una artista de la tortura? —dijo ella después de servir cerveza en dos tarros iguales.

Él pensó que no debía contestar, pero la vida, tal y como la conocía, había perdido sentido, así que decidió responder: —En la secundaria conocí a Anton, él venía de Europa y ni siquiera hablaba nuestra lengua, pero tenía un gran carisma, las chicas lo seguían, los chicos lo seguían, todos decían cosas buenas de

él cuando no estaba y, por alguna razón que desconozco, él se sentó junto a mí y se hizo mi mejor amigo. Después seguimos juntos en el bachillerato, yo conocí a su familia y él a la mía, aunque mi madre no lo quería. Varias veces vi sus brazos lacerados, rasguñados levemente y no pregunté nada, hasta que un día en su habitación lo vi calentar la punta metálica de un encendedor desechable y pegársela en las falanges de los dedos, como resultado, le quedaba marcada una carita feliz: la rueda del encendedor punteaba los ojos y el tapaviento marcaba la sonrisita, me reí de la figurita y me dieron ganas de quemarme, lo hice y el dolor me apasionó más que la maldita figurita.

—En los adolescentes autolacerarse es una manera de tener el control, sienten que si controlan el dolor pueden controlar todo lo...

—No, no, no, Anton no era un inadaptado ni yo tampoco, salíamos con las chicas más lindas de la escuela y éramos buenos en deportes, no llevábamos anteojos ni estábamos gordos. No, no queríamos llamar la atención ni buscábamos tener control, no te vayas por ahí, chica, no éramos unos *darketos* ni unos góticos, mucho menos fuimos unos pinches *emos* ni *screamos* inadaptados.

—Okey, okey, era una especulación.

—Me gustó el sabor del dolor, tal y como a algunos les gusta el primer cigarrillo que prueban. Quizá no es agradable, pero es sabroso, no deja buen sabor, pero se desea, es como suena: doloroso. El punto es que me gustó el dolor bajo mi control: voluntario, autoinfligido y manejable. —Él se dio cuenta de su contradicción acerca de tener el control y bajó la mirada para no verla a los ojos, hizo una pausa—. Tienes razón, me gustaba tener el control, pero también tenía el control en otros aspectos de mi vida y no sólo cuando me quemaba caritas felices con un encendedor desechable.

—Te creo, te creo, no he dicho lo contrario.

—Anton y yo no dejamos de quemarnos y pensamos

en cosas más agresivas —el artista dijo—. Después de comer y jugar fútbol o videojuegos, se quitaba la camisa y se rebanaba el pecho con un cúter, líneas, líneas pequeñas y se hacía cuadrículas, como las que vas a hacer a MAX Cristo', ¿cierto? —El artista volteó a verla—. Un día Anton me pidió que guardara un secreto. —Él guardó silencio y la miró, se dio cuenta que tenía una nariz pequeña y rostro de líneas rectas, un poco cuadrado—. De hecho, serías la primera a quien se lo comento, me dijo que en su familia todos se habían dedicado, desde épocas inmemorables, al oficio de artistas de la tortura. —Dio entonces un gran trago a su tarro de cerveza hasta dejarlo vacío.

—No es que Anton lo ocultara mucho —dijo ella, sonrió y arqueó los ojos—, y después ¿te convenció para hacerte artista?

—No, no. —El artista se rió—. A mí me atrapó la idea de disfrutar el dolor, sentir algo a lo que otros temen, ¿sabes?, el dolor es como el picante, mientras más lo comes, más lo deseas, o como los vicios, hay muchachos que comienzan a beber a los 15, otros le entran a la marihuana desde los 12, a la coca desde los 17, y yo comencé a torturarme desde los 16. Me gustaba... me gusta.

—A mí siempre me ha gustado la tortura, pero no tuve maestro, siempre he admirado lo que haces, desde niña fui verte a la plaza y al teatro... En fin, ahora tengo un empleo con un profesional de la tortura, pero sigue con tu historia. —Concluyó Inmaculada y el artista sintió algo similar al arrepentimiento por el día que se negó a brindarle orientación profesional, pero eso sí, no se arrepintió de haberle sugerido tener sexo.

—¿En qué iba? Ah, sí —dijo el artista—, Anton me explicó lo de la tradición familiar que, por cierto, no viene de tiempos inmemorables. Voltaire, el filósofo y loco francés, publicó una serie de ensayos contra la tortura, pero él no fue el único, ya lo había hecho antes Johan Grafe, y en las Américas



los colonos ingleses ya se quejaban de las torturas a las que los sometían los indígenas al arrancarles el cuero cabelludo y dejarlos vivos para que se los comiera un oso. Así, como siempre sucede, aunque los pesimistas lo nieguen, se hizo caso a los filósofos y la tortura comenzó a ser mal vista en el siglo XVIII. —El artista se sirvió más cerveza y le sirvió a ella, él la bebió por completo y se volvió a servir antes de proseguir—. Los castigos cambiaron y en lugar de castigar al cuerpo, comenzó a castigarse el espíritu, hasta ese momento encerrar a alguien era una cuestión circunstancial y breve, no había prisiones.

—Mazmorras —dijo ella.

—La *matmurah* árabe eran los silos subterráneos para almacenar trigo, en ocasiones arrojaban ahí a algún prisionero que retendrían por un largo tiempo, como le pasó a Miguel de Cervantes —dijo él y luego brindó con ella—, ¡salud!

—Salud —respondió ella.

—Encerrarte en un silo es un castigo físico por lo incómodo del lugar, pero perder la libertad unos días no era considerado un castigo por la gente porque no se dañaba al cuerpo.

—Tenían que convencer a la gente de que la libertad física era más valiosa que la libertad de pensamiento.

—No lo creo, no lo veo así —dijo el artista—, ¿quién dice eso? ¿Foucault?

—Yo lo digo —dijo Inmaculada—, piénsalo, primero tuvo que convencerse a la gente de que renunciar a la libertad física era peor que recibir suplicio. En segundo lugar tuvo que convencerse a la gente de que ser prisionero es más llevadero que renunciar a la libertad de pensamiento.

—Ya, ya, ya... Te entiendo, es posible promover un doble engaño.

—Sí, mira, los gobernantes promovieron la cárcel como castigo en lugar del martirio para hacer creer a la gente que era libre sin serlo. Ya sabes, en Francia los metían a la Bastilla, pero les permitían pensar lo que fuera, la gente aceptó que la

libertad de pensamiento es superior a la libertad del cuerpo y muchos prefirieron estar presos siempre y cuando sus ideas se mantuvieran libres. Unos pocos tomaron ventaja de esto, ve al Marqués de Sade, pasó su tiempo en prisión escribiendo cosas como las que lo llevaron ahí adentro —dijo ella y el artista sonrió—. Impedir la libertad del cuerpo es un castigo contra lo que la gente puede llegar a ser, no contra lo que la gente hizo, y la tortura es lo contrario: un castigo contra lo que ya se hizo. Convencieron a la gente, pero poco después se percataron de que no se podía permitir que la gente pensara lo que quisiera, mira a Franco, McCarthy, Bush, Lenin, Mao... Su respuesta fue volver a torturar, pero ahora a escondidas, pues el martirio ya no era aceptado, la prisión había tomado su lugar.

—La tortura no es castigo legítimo, lo que me lleva de vuelta a mi historia —dijo el artista—, la gente asistía al martirio para unirse en una ofensa unísona contra el suplicante, pero sucedía algo extraño, se gritaba el nombre del torturado por horas, al principio se insultaba, pero después ya sólo se escuchaba el nombre del suplicante tres veces, digamos: Alber-to, Fer-nan-do. Todavía hoy quedan reminiscencias de ese grito de tres en tres, de decir el nombre tres veces como un apoyo, puedes escucharlo en deportes: México-México-México o Rusia-Rusia-Rusia, e incluso: Ar-gen-tina o U-ru-guay y también: Yu-Es-Ei, ¿lo ves? —El artista bebió de su tarro de cerveza—. Se impidió la tortura para evitar que el preso, quien casi siempre era condenado por traición al rey, se convirtiera en ídolo de una turba enardecida que acabaría por exigir que la tortura se detuviera y que el martirizado fuese liberado. Los martirizados no eran delincuentes comunes que la gente odiara, pues a los violadores y asesinos nadie los detenía, era tanto el fervor popular y apoyo al torturado que muchas veces la multitud interfería, mataba al verdugo y liberaba al suplicante.

—Conozco la historia de la tortura, tú me inspiraste.

—Salud —dijo el artista sin prestar atención y prosiguió—. Aunque se prohibió la tortura por la autoridad, hubo gente que se dedicó a flagelarse para obtener comida en las calles, afuera de las iglesias, en las plazas públicas; también existió otro grupo de ayunadores públicos, Víctor Hugo y Franz Kafka hablan de ellos. Anton descendía de una familia de artistas del suplicio que se inició en Praga, en 1717, y que recorrió Europa de este a oeste, incluso se presentaron en Jerusalén, en 1738, y en Mumbai, en 1743, en la que quizás fue la primera gira mundial de un artista.

—Y Anton, ¿dónde está? ¿Sigue siendo tu amigo?

—Ahí voy, ahí voy... —dijo el artista y se sirvió más cerveza—, su familia sufrió un atentado en Viena donde murieron su madre y su hermana, nunca platiqué de los detalles con él, así vinieron a parar a este continente, creo que algo tuvieron que ver con la muerte de un archiduque austriaco. El padre de Anton es mi maestro... mi *coach*.

—Michel —dijo ella.

—Todos los viernes, al salir de la preparatoria, íbamos los tres al campo, a un granero en las afueras de la ciudad, donde tenían los instrumentos básicos para aplicar tormentos artísticos, ya sabes, las tres leyes: la tortura no mata, la tortura no desmiembra y la tortura no hace daño permanente. En el granero Michel entrenaba a Anton en el arte del suplicio y yo me involucré en las prácticas con reticencia por parte de Michel, él era un artista experimentado, pero no había quién lo torturara, así que por mera necesidad se convirtió en martirizador. —El artista se sirvió más cerveza y se la bebió de inmediato—. Hacíamos las cosas en secreto, pues, como hoy, había personas que no entienden el entrenamiento del suplicio y, además, Anton y yo éramos menores de edad, ¡como si ser menor te impidiera entender el dolor! Salud —dijo el

artista—. Cuando practicábamos en el granero cerrábamos el portón con candado y encendíamos sólo tres focos para evitar mirones desde fuera. Un miércoles, en lugar de asistir a clases, Anton y yo nos fuimos en el auto de mi madre al granero. Ahí teníamos un ecúleo de escalera maravilloso que construimos entre los tres durante el invierno y con el que aprendí ingeniería de poleas. Anton se desnudó y yo lo até de pies y manos al torno sobre la superficie del potro de escalera, en él entrenábamos hasta dislocarnos los hombros, ya sabes, cosas de adolescentes que no piensan lo que hacen. Después de torturar a Anton sería mi turno y... —el artista se interrumpió a sí mismo—, ¿pides otra jarra, chica?

—Oiga, otra jarra de oscura, acá —dijo Inmaculada.

—Pero esa mañana, cuando mi madre no vio su auto afuera de mi preparatoria al ir a pie al mercado, ella entró a buscarme a la escuela. Como era de esperarse, tampoco Anton había asistido, por lo que llamaron a su padre, quien de inmediato se dirigió al granero. A mi madre no le gustaba mi relación con Anton y suponía que algo ilegal o malo hacía yo con él y su padre, por lo que pidió ayuda a una patrulla y todavía no sé cómo los convenció para seguir al auto de Michel.

—¿Y llegaron mientras se torturaban? ¡Qué fiesta!

—Cuando Michel llegó nos encontró en el potro, yo estiraba a Anton y él gritaba: “Más, más, dale más”. Cuando Michel abrió el portón, la luz nos dio de lleno en la cara hasta cegarnos, entonces él gritó como loco y segundos después aparecieron en el portón mi madre y dos policías. Todos gritaron y los policías nos apuntaron a Michel, a Anton y a mí. Yo me tiré al suelo de inmediato y Anton gritó amarrado desde el ecúleo: “¡Fuera de aquí! Es propiedad privada”. Michel corrió a cerrar la puerta del granero, pero un policía disparó dos veces y el otro disparó una vez, lo recuerdo bien, tres disparos. A Michel le dieron en el pecho y le reventaron un pulmón que después hubo que extirparle, junto con la posibilidad

de volver a ser artista del suplicio. Los otros dos disparos le dieron a Anton, lo bajé de inmediato y desaté mientras mi madre me abrazaba por la espalda. Una parte de la cara de mi mejor amigo, arriba del ojo izquierdo, estaba deshecha y él no respiraba, del vientre brotaba sangre, después supe que cualquiera de los dos disparos era mortal. Lo arrastré rumbo al auto y escuché que los policías llamaron una ambulancia, en el suelo Michel tosía e intentaba sentarse. Supe que era inútil ayudar a Anton y ayudé a Michel a sentarse, uno de los policías me detuvo y nos liamos a golpes. Yo estaba cubierto de la sangre de Anton y de Michel, y mi madre ha de haber creído que estaba herido, por lo que golpeó al policía para que me soltara. El policía me dejó en paz para someter y esposar a mi madre y el otro me golpeó en la cabeza con la macana. —El artista bebió cerveza—. Desde entonces dejé de hablarle a mi madre... Como hoy dejé de hablarle a Michel... —El artista la miró a los ojos—. Soy un fracaso absoluto.

—¿Qué pasó con los policías?

—Alegaron que se confundieron... —el artista cerró los ojos un instante—. Dicen que quisieron dispararme a mí porque parecía que yo atormentaba a Anton, al final les echaron 20 años que se redujeron a 10 y uno salió a los seis años sin posibilidad de portar armas de fuego ni de volver a laborar para la policía... o algo así. Reinhart y Gilmour, no olvido sus nombres.

—¿Reinhart?

—Sí, Reinhart y Gilmour, uno murió en poco tiempo y yo en algún momento pensé en matar al otro, salud —dijo el artista y vació el tarro de cerveza en su boca—. Pero ahora creo que de lo que son culpables es de lo que fue de mi vida, ¿me llevas a casa?

Inmaculada lo acompañó a pie hasta su departamento, él iba borracho y más dormido que despierto, apenas y pudo subir las escalares de su *loft* y abrir la puerta.

—Levántate, es el último día libre de tu vida —dijo ella.

—¿Eh? Me duele la cabeza... —musitó él. Estaba desnudo en su cama y miró cómo Inmaculada se ponía la ropa interior de pie, junto a la ventana—. ¿Hicimos el amor?

—No suelo desnudarme frente a la cama de mis amigos borrachos cuando despiertan —dijo ella y se rio.

—No... No me acuerdo... tienes tetas muy chiquitas.

—¡Qué pesado! —Inmaculada dijo y se vistió más rápido—. La memoria no es tu fuerte, ¿tienes apuntado el número del taquillero y del acomodador? Hay que empezar a organizar tu regreso.

—¿Eh?

—Lo acordamos, ¿no me digas que lo olvidaste? —Ella se cruzó de brazos frente a él que estaba todavía tumbado en la cama—. Me prometiste que yo sería tu única aprendiz y me pediste que fuera tu representante y administradora, yo acepté todas tus condiciones y entonces me pediste algo más. —Ella lo miró a los ojos sin dejar de cruzar los brazos—.

—¿Sí?

—Y yo acepté. —Ella le besó la frente—. Levántate, hay que ir al banco a ver lo de tus finanzas y luego debes hablar con Michel.

—Pero... pero no me acuerdo, no me acuerdo de hacer el amor...

—¿Es un truco para volver a hacerlo?

—¿Eh? —él se quedó callado—, no.

—Te gusta decir groserías cuando lo haces.

—Pues... —el artista se ruborizó.

—Me pediste que te llamara cerdo —dijo ella y le miró a los ojos.

—Sí, suena a mí... pero no... No me acuerdo, ¿podríamos repetirlo?

—No. Fui muy clara, tú me enseñarás el arte y el oficio del suplicio. Ayer lo acordamos y mira, yo tengo una relación,

digamos que formal, con un muchacho de mi edad... —Ella se paró frente a la cama y se puso las manos en la cintura—. Y tú, bueno, tú te acuestas con cualquiera. —Ella se rascó la ceja derecha—. Hay dos chicos de la Facultad de Medicina que presumen de que tú...

—Bien, bien, bien —dijo él—, no digas más, ¿cómo te llamas?

—Eres el puto colmo.

—Nunca había bebido tanto.

—Sólo te tomaste dos o tres jarras de cerveza.

—Nunca había tomado más de una —dijo y se tocó el estómago—. ¡Auch!, tengo gases.

—¿Una jarra?

—Una lata.

—Eso lo explica —dijo Inmaculada y rió a carcajadas—. Vístete, después del banco tienes que pasar a buscar a Michel y yo a hablar con MAX Cristo'.

—¿Vas a seguir trabajando con él?

—Este... —Ella se frotó el mentón—. ¿En realidad no te acuerdas de nada de ayer?

—Creo que... No mucho —dijo él—.

—Mira, hablamos de que MAX Cristo' tiene antibióticos en unas ampolletas más grandes de lo normal y...

—Entiendo, entiendo —dijo el artista y frunció el ceño—.

—Si las llevo hoy, a las seis tendría el análisis del laboratorio listo.

—Es claro, en lugar de antibióticos, él...

—No lo sé, mira, te lo dije ayer y te lo repito, voy a seguir en su equipo y no haremos público que soy tu representante. Tu regreso, si se te ha olvidado, es para el día 30 de este mes, tenemos tres semanas a partir de hoy, será el mismo día en que él presente su língchi en la plaza.

—¿Ese mismo día? Nadie irá a verme.

—Ahora yo soy tu publicista, ¿quieres apostar a que llenas tu teatro?

—¿Apostamos sexo sin cerveza?

—No.

—¿Con cerveza?

—Imbécil.

Después de revisar sus finanzas, el artista e Inmaculada caminaron hacia el departamento de Michel, tocaron la puerta y esperaron. Era ya tarde e Inmaculada tuvo que irse al laboratorio y de ahí a su trabajo con MAX Cristo', se despidió con un beso en la mejilla que el artista no esperaba.

Solo, él aguardó afuera de la puerta por unos minutos más, mientras pensaba en no volver a hablarle a Inmaculada:

“Pobre chica loca, yo solo arreglaré con Michel un retorno espectacular... Con todo y con haber estado borracho ha de haber disfrutado como nunca cuando hicimos el amor, aunque no despertó muy melosa para ser sinceros... canija chamaca”. El artista volvió a tocar la puerta de Michel, ahora con más fuerza. “Por lo menos no le pedí que fuera mi torturadora, todas mis mujeres me han querido controlar y ésta, además, se me metió muy rápido hasta la cocina”.

—Michel, ¡abre la puerta! —gritó el artista afuera del departamento de Michel—, soy yo, vengo a disculparme. Vamos a hacer un plan, hagamos un gran retorno, a ver qué se nos ocurre, ve pensando cómo promovernos...

“Con innovación y frescura”, pensó, pero no lo dijo pues le parecía un cliché.

Michel no abrió la puerta y el artista giró la perilla, sabía que el viejo siempre deja abierto cuando estaba en casa, pero quizá estaría enojado y sin ganas de hablarle. En cuanto entró, lo primero que vio fue una hoja doblada sobre la mesa del comedor con su nombre y al lado un costal de cuero. El papel decía lo siguiente:



Fuiste, lo sabes, un hijo para mí; creo, con pocas dudas, que me diste más de lo que mi propio hijo me dio, no por un desdén, sino por el poco tiempo que compartimos él y yo en este mundo. Sabes que el cariño que profeso hacia ti mucho tiene que ver con que no eres mi hijo carnal, que no eres mi sangre y que, sin embargo, te convertiste, con trabajo y dedicación, en sangre de mi sangre y lágrima de mi lágrima. En verdad, no entiendo todavía cómo es que dejaste la casa de tu madre e incluso rompiste todo contacto con ella al culparla de la muerte de Anton, te he insistido en que vuelvas con ella, pero al final es tu decisión.

Te confieso que no entendí por qué ibas a diario al hospital durante mi convalecencia cuando perdí el pulmón, ni por qué me rogaste que te entrenara. Tampoco entiendo por qué dejaste la escuela, podrías haber sido un buen científico o programador. Pero no creo que hayas sido médico. Mucho menos entiendo por qué dejaste a esa chica pelirroja que un mes era novia tuya y otro mes era novia de Anton, hasta que finalmente fue novia de los dos al mismo tiempo. Entonces, pasó lo del accidente. En fin, esos son detalles de tu vida que nunca te comenté, como tampoco nunca te dije que ahora reconozco haber estado equivocado al rechazar al principio tu propuesta de ser mi aprendiz. Por suerte recapacité. Quizás hoy, 25 años después, yo esté otra vez equivocado al no desear continuar, pero por lo menos ya te enseñé todo lo que sé acerca del arte de la tortura. No sabré si te va bien o fracasas, yo ya hice lo que tenía que hacer, estoy viejo y tú no. Lo que sigue a partir de que sueltes esta carta y la quemes es tu vida sin mí, sea como artista del suplicio o sea como entrenador. No me importa si hice o no lo correcto contigo y con mi vida, porque ¿sabes una cosa? Me gustó y te quiero.

Nuestros caminos se reunieron por el arte del suplicio y por ese mismo arte terminan separándonos. Ya no quiero ser torturador, te regalo la parte del teatro que me corresponde y mi dinero en el banco, en fin, todas esas tonterías están en el testamento y ya lo sabías. Nunca iba a dejar mi propiedad ni al gobierno ni a los pobres, por cierto, guardaba unas monedas de platino debajo del colchón, están en el costal de piel sobre la mesa de la que recogiste esta carta, las iba a contar ayer por la noche, pero me pareció que sería lo más estúpido que podría hacer antes de suicidarme. Creo que son más de 100, mira, el maldito dinero no deja de ser importante en este momento tan solemne para mí, bueno, para ambos.

Gracias por todo. Sé que tú me lo agradeces más y sí, así debe ser, y no me queda más que decirte que no tienes por qué hacerlo, yo lo hice porque me convenciste de que debería ser tu *coach*, no porque yo quisiera, de inicio, hacerlo. Al final resultó que fue lo mejor que pude haber hecho de mi vida. Ahora quiero darte un último consejo que, como siempre, puedes mandar a la mierda: haz caso a la chica que va al teatro, la mujer tiene 15 años yéndote a ver y tú, imbécil, no has reparado en ella. Si te ama la quinta parte de lo que te admira, y además te respeta la mitad de lo que yo, ya tuviste toda la fortuna que te corresponde en la vida.

No hagas estupideces con el espectáculo, las tres reglas del artista del suplicio siguen siendo las mismas, no las rompas ni te rompas a ti mismo en el escenario, no seas pendejo. Sé que no te sientes mal por mi muerte, tuve mucho cuidado en explicarte y enseñarte cómo debe vivir un artista de la tortura, pero me faltó explicarte la última regla. El artista, el verdadero artista de la tortura, debe de morir siempre bajo el yugo de su propia mano y con su método de suplicio favorito. Quizá cuando leas esta carta todavía yo esté vivo

en mi habitación, hazme un favor y no entres a despedirte de lo que quede de mi cuerpo. La muerte de un artista de la tortura no es de nadie más que de él mismo. Mi muerte es mía, déjame disfrutarla y sufrirla por última vez, gozar el sabor y el lujo del dolor proporcionado por uno mismo. No hay nada más hermoso ni más añorado para un artista de la tortura que morir por su propia mano y darse cuenta de que se burló de la muerte y que la muerte no logró interrumpir su vida. Yo fui hacia la muerte cuando quise, la muerte no pudo nunca llegar a mí. Deseo te pase igual y te mates, no hay nada más hermoso que derrotar a la muerte y entregarse a ella poco a poco por voluntad propia.

Sé que lo sabes bien, por favor, no te confundas ni por un momento, no hago esto para torturarte el corazón ni para dejarte un dolor ni una culpa irremediable, ¿lo sabes bien, verdad? Yo sólo quiero lo mejor para ti y por eso te digo que no te dejes impresionar por ese payaso sádico que quiere ser un artista del martirio, es sólo un bufón tramposo y caerá por sí mismo, tarde o temprano. Sólo tú permanecerás como el máximo artista de la tortura.

Mejor cómete este papel para evitar discusiones con la policía y sal de mi casa, no olvides el saco con monedas y cierra con llave para que no entre un ladrón, la mujer del piso de abajo tardará dos o tres días en notar que no hay movimiento en mi departamento, y sí, yo sabía que vendrías antes a buscarme para pedirme perdón. Mi último beso te lo di hace unos días, igual que mi último abrazo, por eso aquí ya no me queda ninguno para dejarte. No así mis deseos de que triunfes con esa chica, esos deseos te los entrego por escrito en esta carta y, si has decidido no hacerle caso a tu última espectadora, lo mejor que puedes hacer entonces es entrar a mi habitación y morir conmigo.

Llegó el día 30, era sábado y desde las nueve de la mañana la gente se reunió en la plaza central para el anticipado língchí de MAX Cristo'. Su espectáculo empezaría a las 14:00 horas, pero ya por la mañana todos los estantes de mercancías estaban colocados y no paraban de vender toda la parafernalia del nuevo ídolo. Por su parte, el show anunciado para este mismo día en el teatro del artista de la tortura, a las 16:00 horas, no había vendido ni un solo boleto y, sin embargo, Inmaculada estaba contenta y tenía todo listo para la función desde tres días antes.

—Tengo que salir con el equipo de MAX Cristo' —dijo ella—. Aquí ya tenemos todo.

—Gracias, Inmaculada.

—No, no lo digas, el próximo mes yo hago este acto y tú serás mi torturador. Tú no harás... no podrías hacer este acto cada mes.

—Harás uno menos agresivo, sí, pero no quería hablar de eso —dijo el artista y miró a otro lado antes de seguir—. Sé lo de MAX Cristo' —él titubeo—, sé quién... Sé quién es MAX Cristo'.

—Es hijo de Reinhart —dijo Inmaculada y el artista se quedó callado—, hijo del policía que mató a Anton.

—¿Hijo del policía? Pero la...

—Quiero evitar una cadena de revanchas, no quiero que te vengues de un tipo que quiere vengarse de ti.

—¿Vengarse de mí? ¿Vengarme yo?

—Cristo' quiere vengarse de una situación, no de una persona y no lo sabe, pero tú encarnas la circunstancia —dijo ella—. Cristo' te culpa a ti y a Michel de la desgracia de su padre, de pasar seis años en prisión y morir ahí dentro. El padre de Cristo' quiso dispararte al ver que torturabas a Anton en el potro, cuando te arrojaste al suelo moviste una palanca y el potro descendió de golpe, por eso las balas le dieron a Anton y...

El artista dejó de escucharla y recordó ese momento de hace más de 25 años como si hubiera sido ayer, lo había

repasado en innumerables ocasiones durante su vida sin entender por qué razón el policía disparó a su amigo amarrado. Pero el artista jamás prestó atención al orden de las cosas, no sabe, no recuerda qué hizo primero: escuchar el grito de su madre o del policía, oír los disparos, escuchar a su madre, oír a Michel gritar de dolor o verlo en el suelo. Y ahora, frente a Inmaculada, recuerda, como si fuese hace segundos, que al tirarse pecho a tierra golpeó con el hombro la palanca de la polea y el cuerpo de Anton descendió en la línea de tiro de Reinhart.

—¿Me escuchas? —preguntó Inmaculada.

—No, lo siento, recordaba el momento... Lo tengo claro, quizá es verdad lo que él dice, pero quizá no lo es.

—Reinhart y su hijo piensan que es tu culpa —ella lo miró—, por no ir a la escuela, por no decir que ibas con Anton, por torturarte de manera ilegal, por no avisar a tu madre, por arrojarte al suelo cuando te gritaron que te quedaras quieto, por haberte lanzado sobre Gilmour, en fin, el sargento Reinhart ni siquiera se confundió, te disparó a ti dos veces y tú te moviste e hiciste de Anton el blanco.

—¡Momento! ¿Crees que yo maté a mi mejor amigo?

—Yo no lo creo —Inmaculada dijo—, te digo lo que cree Cristo', él piensa que tú eres el culpable de la muerte de Anton y de la condena de su padre, cuando me dijiste que gracias a esos policías te hiciste artista, entendí que para ti la historia fue distinta: ellos son los asesinos que te hicieron artista. Pero para Cristo' tú sólo querías jugar al artista de la tortura y por eso mataron a su padre. Al final, tú lograste tu objetivo y te convertiste en un artista, en el mejor del mundo, mientras tanto, la vida de Cristo' se fue a la mierda... A los expolicías no les va bien en la cárcel. —Inmaculada dejó de hablar y cruzó los brazos—. Adentro mataron a su padre y ahora Cristo' quiere vengarse, hacerte sufrir, pero siendo tú un artista del martirio, eso hace complicada su revancha, ¿cómo ocasionarte dolor, a ti que vives de eso?

—Torturando mi orgullo.

—Cristo' se convirtió en un artista de la tortura para demostrarte que cualquiera puede serlo. A mí él me parece hueco, él no es un artista del martirio y hoy la gente, después de ir a verlo, descubrirá que no lo es y vendrá a verte al teatro.

—Tengo miedo de que hayas hecho algo estúpido para traer gente —dijo él.

—Tengo límites morales más altos que los tuyos —Inmaculada dijo—, no hice nada que tú no harías, ¿eso te tranquiliza?

—No entiendo qué piensas lograr hoy, ¿sabes que quizá yo no sobreviva a la tortura de Despenser? La verdad, creo que sobreviviré porque nadie vendrá a vernos y no habrá función, no se vendió un solo boleto y nadie en la ciudad sabe que es eso de replicar la tortura de Hugh Despenser, de 1326.

—La gente lo buscará en internet y correrá a venir a verte... Y yo seré tu martirizante, después tú me aplicarás aquí la tortura o algo equivalente, ahora tengo que irme —ella lo besó rozándole los labios.

—Nunca me habías besado.

Ella sonrió: —Nunca te he besado —dijo ella y corrió a su trabajo.

El artista se quedó pensando en lo que iba a preguntarle, pues dentro de su mente él no encontraba respuesta convincente y la charla con Inmaculada lo complicó más: ¿Por qué ella era novia de MAX Cristo'?

A las 16:00 horas el teatro del artista estaba a reventar, no había un alma más en los asientos y muchos se quedaron afuera con la esperanza de un boleto. La gente comenzaba a aplaudir de tres en tres para aclamar la salida del artista al escenario. En los vestidores ella ya llevaba su traje de cuero negro, de una

sola pieza, pegado al cuerpo, uno de esos que dan la apariencia de estar desnuda, su rostro y sus manos blancas contrastaban con su pelo y ropa. Él llevaba una camisa de manga larga, color blanco, y pantalón negro, por primera vez en su carrera estaba nervioso y tenía miedo —cuando comenzó a trabajar con Michel llegó a estar nervioso, pero nunca tuvo miedo—. Tras bambalinas ambos se colocaron el sistema de comunicación, llevaban un retraso de seis minutos, pero se dieron tiempo para un abrazo y entonces ella lo besó en la boca.

—¿En realidad hicimos el amor?

—¿Tú qué crees? —dijo ella.

—Que tienes mi vida en tus manos.

—Sí, soy tu martirizante.

—¿Me vas a matar? —dijo el artista y miró hacia arriba—. ¿Sabes que no hay nada más grande para un artista de la tortura que morir en pleno espectáculo?

—No, no te voy a matar, soy tu *coach*, creía que me preguntarías de nuevo sobre MAX Cristo' y su fracaso de hoy.

—No, no lo sé, no me importa saberlo, pero cuando te dije que sabía quién era MAX Cristo'... —El artista titubeó—, quería decir que sé que es tu novio. —Inmaculada no respondió y se cruzó los brazos—. No entiendo.

—Curioso, ¿no? —Ella miró a otro lado—. Fuimos pareja por tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Sí, por tu rechazo y tu vulgaridad —dijo ella—, tú me atraías en todo sentido: intelectual, físico y artístico, pero me humillaste y me rechazaste, entonces me di cuenta que eso no cambió ni tu intelecto ni tu físico ni tu arte, seguías siendo el mismo imbécil de quien me apasioné de niña, pero, sobre todo, eso eras: un simple patán.

—¿Sí?

—Sí, entonces apareció Cristo' y me acerqué. Le mostré mis capacidades, conocí las de él y me di cuenta de su

proyección, sin duda sería tu sucesor y no tendría límites, por si fuera poco, él vio en mí lo que tú no viste, una apasionada de la tortura. No sé si bonita, tengo las tetas chiquitas, como tú dices, pero Cristo' vio mis conocimientos médicos, neurológicos y de enfermería que me permiten ser una excelente martirizante. Él se admiró de que conozco la historia del suplicio y también él sabía que sólo necesitaría acostarme contigo para tenerte en la palma de la mano y humillarte. Cristo' supo que podía acercarme a ti y ponerte una trampa, hacerte romper con Michel y yo misma torturarte en el escenario para dejarte en ridículo.

—¿Me vas a matar ahora en el escenario para vengarlo?

—El plan nunca fue matarte, sino humillarte.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué hiciste con MAX Cristo' en la plaza?

—Martirizarte como lo acordamos, eres un gandul, un hijo de puta, pero eres el mejor artista y eso es lo único que me ha gustado de ti toda la vida, también me ha gustado tu barba, tus brazos marcados y tus ojos. Que seas un gañán en tus modales no te hace menos artista del suplicio, espero que cumplas tu palabra y que me tortures después.

—Y MAX Cristo', ¿qué pasó con él? —preguntó el artista. La gente en el teatro gritaba ya su nombre de tres en tres.

—Es un fraude, es un caballero y valora a quienes lo rodean, pero no es un artista del martirio, como tú. El laboratorio indicó que sus ampolletas de antibióticos estaban rellenas con anestesia raquídea y epidural, ¿recuerdas su cruz? Todo el tablón vertical tiene un sistema de jeringas para inyectar anestesia en la médula espinal, el equivalente a cuatro epidurales en distintos puntos.

—Se insensibiliza.

—Él se inyecta anestesia, su gente de apoyo lo sabe, le traen la anestesia en ampolletas de antibióticos, pero hoy, antes de colgarse y de comenzar los tres mil y tantos cortes del



línghí, se inyectó cuatro antibióticos en la espina, pero esta vez me aseguré de que fueran reales.

—¿Murió?, debió acidificársele la sangre al cambiarle el Ph.

—Le dolió el estómago y vomitó a los 15 minutos de haber empezado el línghí, pero él dio la orden de inyectarse antibiótico. Después no se le quitó el dolor infligido por la gente que le cortaba la espalda con un cúter, aunque aguantó más de lo que creí, casi 200 cortadas llorando y gimiendo como loco, y es que las 100 primeras se las hizo su equipo a toda prisa al arrancar el evento. Cristo' dio la orden de que se detuvieran y, al avisar a la gente, todo el público se enojó, quienes pagaron por hacerle un corte estaban furiosos, ya sabes, los niños que lo iban a cortar también lloraron desconsolados y los padres pidieron reembolsos. Luego la gente exigió devoluciones en los estantes de *souvenirs* y, entonces, 20 chicos, que tenía pagados, distribuyeron mil volantes de tu evento en medio del caos y la gente comenzó a caminar de la plaza hacia acá, a ver al viejo artista de la ciudad que nunca les ha fallado. —Ella lo tomó de una mano—. Pero ya son las 4:13, hay que empezar.

—Espera —dijo él y se quedó de pie.

—¿Qué?

—¿Y si él hubiera aguantado? Si con todo y los antibióticos, él resistía y se mantenía ahí, sometido y aguantando el línghí como un artista, ¿qué habrías hecho? ¿me hubieras dejado aquí solo con todo montado?

—¿Tú que crees?

En el auditorio se escuchó la apertura de “Also Sprach Zarathustra” de Richard Strauss cuando Inmaculada y el artista

aparecieron en el escenario tomados de la mano. La gente gritaba exasperada y aplaudía a metralla, venían calientes, enardecidos del fraude acaecido en la plaza central y no querían otro engaño de quien nunca les ha fallado. Algún espectador subió a las redes una liga de una página web sobre la tortura de Hugh Despenser, el joven, y de la imposibilidad de replicarla. A partir de entonces varios buscaron en sus teléfonos información sobre los detalles de la tortura anunciada y compartieron de manera viral la información en la red. La tortura era imposible de replicar, pero el artista siempre había cumplido, no como MAX Cristo' quien, como llegó, se fue, sin pena ni gloria.

Al terminar la fanfarria inicial de Strauss, Inmaculada habló a la audiencia: "Buenas noches, bienvenidos sean al espectáculo de hoy. Presentamos, por primera vez en la historia del martirio artístico, una representación del suplicio y muerte de Hugh Despenser, el joven, acaecida el 24 de noviembre de 1326, en Hereford, Inglaterra. Seguir la tortura al pie de la letra ocasionaría la muerte inmediata, por lo que haremos leves variaciones para evitar la muerte y que todos disfrutemos por más tiempo de este hermoso espectáculo, ¡comenzamos!".

Una versión electrónica, agresiva, autoría de Alban Berg, del interludio matemático de *Lulú*, que es a la vez dodecafónica y palindrómica, sin ritmo, pero con melodía, acompañada de círculos de luces rojas y blancas sobre el escenario. Inmaculada ató al artista a una escalera de madera, con cuidado de fijarle bien los pies y asegurarse de que quedara bien atado de tres puntos distintos de sus brazos. Entonces, con ayuda de unas poleas y cuatro tramoyeros, ella levantó la escalera y la colocó con una inclinación de 75 grados en el centro del escenario. La situación no era clara para el público y no se entendía qué harían, surgió entonces otra escalera del suelo, junto a la del artista, e Inmaculada subió por ella con un cinturón de cuero repleto de herramientas. Cuando la luz

volvió al escenario en forma de un reflector de halo blanco sobre los dos cuerpos, Inmaculada retomó la palabra.

—En 1326, Hugh Despenser fue condenado a muerte. Por ladrón sufriría la horca, lo cual no va a pasar aquí. —La concurrencia se rió—. Por alta traición fue condenado a ser extirpado y cortado en cuartos. Tampoco cortaré en cuatro pedazos a mi maestro. —La gente volvió a reír—. Despenser rogó al tribunal que fuese colgado primero, pero la sentencia se llevó a cabo de manera que las penas que causan la muerte se ejecutaron al final. Hoy, en el escenario, el artista de la tortura no va a morir. —Inmaculada dejó de ver al público y viró al artista—. No serás ahorcado ni cortado en cuatro cuartos — un lamento con humor se escuchó venir del auditorio—, pero realizaremos juntos, esta noche, la primera tortura artística de una extirpación, lo que incluye ser emasculado y destripado, silencio por favor. —Concluyó ella y el público rugió y comenzó a corear, en cánticos, el nombre del artista—.

Inmaculada metió las manos a dos secciones de su cinturón y las sacó con dos guantes blancos esterilizados. Tomó de su cinturón un cuchillo largo de mango negro y hoja de acero, y rasgó las ropas del artista. Luego, lo metió debajo del cinturón de piel del artista y lo jaló. Cayó entonces la ropa del hombre a la duela y el artista quedó desnudo.

Acto seguido, Inmaculada extrajo de su cinturón de herramientas una pequeña hoz hecha de carburo de tungsteno con mango de aluminio. Las cámaras enfocaron hacia el vientre del artista y sus genitales, ella lo sujetó del escroto suavemente, lo miró a los ojos con ternura y abrió con la hoz la bolsa de piel tan parecida, al tacto y a los ojos, a la cáscara del kiwi. El artista respiraba profundo y despacio, en la escala de dolor EVA esto sobrepasaría el 10, pero él se sentía bien, fuerte, tranquilo, confiado. Sería posible afirmar que casi pudo evitar el dolor y que lo que sintió, lo disfrutó. Cuando Inmaculada concluyó el doble corte en el escroto,

sin dañar las arterias, los testículos salieron de la bolsa por su propio peso y salpicaron un poco de sangre y un líquido transparente que no dejó de escurrir. Al ver la mezcla viscosa, Inmaculada se preguntó qué nombre tendría ese jugo del cuerpo humano de un varón.

El público soltó un largo ¡oh!, todavía estaba tenso y permaneció casi mudo, pero poco a poco la gente se puso de pie, a pesar de las pantallas a la izquierda y a la derecha del escenario, varios afilaron la vista o con binoculares intentaron dirimir si era real lo que veían. La cámara hizo un acercamiento y captó los dos testículos colgantes como un péndulo y ahí, con esa toma, estalló el auditorio con una ovación grave e infinita de admiración y agradecimiento por la entrega absoluta del artista. Los aplausos emergieron uno a uno, pero las palmas ya no eran necesarias para demostrar el reconocimiento y cariño de la gente a su artista favorito.

—Ahora, continuó con el destripe —dijo Inmaculada.

Ella levantó la cabeza para volver a ver al artista a los ojos, quien, a la vez que suspiraba, movió la cabeza de arriba abajo y con lágrimas en los ojos. Ella no supo si eran de felicidad o de pena, sólo entendió que la conminaban a continuar.

Inmaculada se puso nuevos guantes esterilizados al introducir la mano de nuevo en las secciones del cinturón. Extrajo entonces un cuchillo de siete centímetros hecho de carburo de tungsteno, con una aleación de wolframio, manganeso y titanio, al que lo único que lo superaría en filo y poder de corte sería una hoja de diamante puro. Lo tomó del mango de grafito, resbaloso para su gusto, pero no había otro cuchillo con ese filo disponible en el mercado. Colocó su dedo debajo del ombligo del artista y calculó los tres centímetros por encima de donde debería hacerle una cesárea horizontal si él fuese mujer. Entonces, ella insertó la punta de la navaja con la precaución y el control necesarios para rebasar la epidermis y apenas rebanar el músculo del abdomen. Aspiró y expiró, se concentró en no penetrar

demasiado para no dañar por equivocación algún órgano interno, cerró los ojos y entonces rasgó de tajo, rápido y perfecto, el vientre del artista. Dejó caer el cuchillo y enseguida abrió con ambas manos la herida hacia arriba y hacia abajo, de ella salió una pequeña explosión de gases y sangre sobre su rostro que la mareó y descontroló, incluso casi la hizo perder el equilibrio en la escalera en la que estaba parada, pero la sola idea de caer y jalar los testículos del artista le pegaron los pies a la escalera. El público presente notó el titubeo y comenzó a aplaudir de manera permanente y a corear en ternas su nombre:

—¡In-ma-culada! ¡In-ma-culada! ¡In-ma-culada!

La concurrencia no sabía cómo agradecer al artista todo ese sufrimiento que él pasaba para disfrute de ellos y su diversión, algunos adultos mayores, más conscientes que el resto de los asistentes sobre el sufrimiento inhumano que el artista les dedicaba a ellos y sólo a ellos, comenzaron a llorar de la emoción y a gritar hincados:

—¡Gracias! ¡Gracias!

Comenzó entonces el Preludio de *Lulú* para acompañar la escena de tortura e Inmaculada, con cadencia de bailarina, comenzó a extraer el intestino delgado y en 36 movimientos y durante 13 minutos sacó siete metros que quedaron pendiente del vientre del artista colgado en la escalera, mientras la primera parte que se extrajo del intestino descansaba en una tarja de metal esterilizada en el suelo del escenario.

La gente no volvió a sentarse, no dejó de aplaudir desahogada ni dejó de gritar de tres en tres veces el nombre del artista. Al terminar la extracción, Inmaculada se detuvo y bajó las escaleras, las luces del teatro se encendieron en su totalidad con ella en el centro del escenario.

—Señores y señoras, niños y niñas, con ustedes el máximo, el grandioso, el último artista de la tortura —dijo ella y extendió ambos brazos escurridos de sangre y otros jugos humanos indecibles hacia él.

Parecería que el público no podría aplaudir ni gritar más y, sin embargo, una ovación nunca antes escuchada, ni en este ni en ningún otro teatro del mundo, emergió de las gargantas de los asistentes que tenían las manos ya rojas de tanto golpearlas, pero como comprendían el dolor y el sufrimiento que les era dedicado y del cual eran testigos, les pareció un crimen, más que una simple falta de respeto o moral, dejar de ovacionar al artista con las palmas.

Entonces, alguna voz anónima de entre el público comenzó a corear: “Hasta que sangren las manos, hasta que sangren las manos, hasta que sangren las manos”.

El público no paró de aplaudir, algunas damas lloraron y los hombres tuvieron que darles sus pañuelos, en lo íntimo, en secreto, las damas deseaban que ese hombre fuera de ellas tan sólo por esta noche, ya que no podría serlo para toda la vida. Por su parte, los caballeros, en sus corazones, deseaban ser, tan sólo, siquiera en un sueño, tan valientes y fuertes y apuestos como lo era el artista, ser un poco, un dejo, un comino, una partícula cuántica de lo que era el artista en ese momento, con esa gallardía, esa gracia y esa elegancia. Deseaban todos ser siquiera la mitad de denodados, gallardos y valientes de lo que era el artista de la tortura y no por el tiempo que dura el espectáculo, que, cronómetro en mano, era cuestión de minutos, veintitantos, deseaban estar en su piel tan sólo un segundo, un instante, para poder afirmar que ellos podrían sacrificarse al máximo y que su sufrimiento estaba dedicado a quienes, con su aplauso y ya algunos con sangre en las palmas de las manos, reconocen al artista una vez más como lo que nunca dejó de ser, pues él era, como se dijo desde el principio de esta historia, y será por siempre, el mejor artista de la tortura que ha caminado sobre la faz de la tierra.

VOLVERTE  
A VER







¶ AHÍ ESTABA OTRA VEZ EL MALDITO.

La despertaba todas las mañanas, ¿era adrede? Parecía reclamo a las primeras luces del día, ¿lunes? ¿domingo? ¿viernes? No lo podría precisar, era como un cómplice del averno, aquel gallo, su canto inoportuno, despiadado.

Ángela se preguntaba por el gallo del vecino, ¿por qué alguien con casa en Valle de Bravo para los fines de semana posee un gallo? Podría ser un perro, un par de gatos, hay un loco que tiene un cocodrilo, más exótico, pero silencioso y hasta cierto punto comprensible. Como fuera, el *quiquiriquí* era insoportable, parecía que al gallo lo ahorcaban y además no se escuchaba a la distancia, se oía como si estuviera en su mero jardín y no en el patio del vecino.

Ángela, todavía perezosa y tosca por lo somnolienta, se paró para asomarse por la ventana. Cuando vio la cortina pensó en lo tonto que sería recorrerla, no vería más que su portón. Es como buscar algo en el lugar donde sabes que no va a estar, sería igual de extraño ver ahí afuera al gallo cantador o al cocodrilo. Y sin embargo, recorrió la cortina.

Ahí estaba el pinche gallo en el patio de su casa, el animal voló para despertarla a domicilio. Ella se metió la bata y sus chanclas viejas y anchas, bajó de prisa y, antes de abrir la puerta, pensó en qué diablos haría, ¿corretear al gallo? ¿arrojarlo a la casa vecina? ¿a cuál de las dos? ¿abriría el portón y lo espantaría para que se saliera? Dejó de pensar qué hacer cuando abrió la puerta de la casa y miró al animal picoteando un papel, un sobre, a todas luces, una carta.

Corrió a levantarlo y leyó su nombre escrito a mano: “Ángela”. Casi le da un infarto, ¿sería de él la carta? Quiso abrirla de inmediato pero se contuvo y se metió a casa con el sobre. Lo puso en la mesa del comedor y lo miró, dio tres pasos para atrás. Caminó a la escalera y, antes de subir, lo contempló como se ve a quien se esperaba desde hace tiempo. Luego, le dio la espalda, subió despacio, entró a la habitación y se metió a la regadera para tomar una larga ducha. Mientras le caía el agua fría en la espalda, recordó aquel 10 de marzo en que Roberto se había ido.

Hace cuatro años el clima era ya primaveral, vaya, siempre es así en Valle, pero ese día en particular era soleado. A las nueve, Roberto le dijo que iría a pescar con el vecino de la esquina, un tal Juan que había traído su bote desde Guadalajara. Roberto salió con mochila al hombro, a ella le pareció extraño, pero no preguntó nada.

—Quién sabe cuánta cosa lleven los hombres cuando van a pescar —pensó— además, Roberto ni caña tiene.

Él le dio un beso en la mejilla sin cuidado, sin amor, uno de esos besos que se dan a la persona con la que estás casado desde hace 36 años, un beso tan irrelevante como el amanecer. Pasó la mañana, llegó el mediodía y la hora de comer.

Ella no preparó nada para merendar, ingenua pensó que Roberto traería una carpa o una trucha, o vaya a saber el diablo qué cosas hay nadando en la laguna. Además, el celular de él estaba en la mesa de la cocina sin pila. A las cuatro de la tarde se dio cuenta que él no vendría a comer y se preparó un emparedado de jamón, con mucha mostaza y sin queso. A las siete de la tarde se preocupó, ¿habría pasado algo? Pensó muchas cosas a la vez, que no tenía el teléfono del vecino, que ni siquiera lo conocía, que no sabía sus apellidos y que tal vez se hundió el bote.

A la larga eso hubiera sido lo mejor, ya no se habría preocupado más. Salió a la calle y no vio el auto, viró a la

izquierda y ahí, en la casa de la esquina, había un bote cubierto con una lona sobre un remolque. Caminó a la casa, debería ser la del susodicho vecino Juan, tocó el timbre y esperó. Abrió un joven de menos de 20 años con bermudas azules, sin camisa y con olor a cerveza. Le preguntó por sus padres, él dijo que no estaban, que no vendrían hasta dentro de un mes o más y le cerró la puerta en la cara. Ángela insistió con el timbre, volvió a aparecer el joven, ahora acompañado de otra chica en bikini que se caía de borracha y dos muchachos sin camisas en sendos trajes de baño multicolores. Nadie se llamaba Juan, el bote era de uno de ellos, no venían de Guadalajara y nunca habían visto a Roberto.

La había engañado.

Eso fue lo primero que pensó, luego se convenció a sí misma que Roberto hablaba de otro Juan, pero no había ni otro bote ni otro remolque en la calle, aunque de seguro el barco estaba en ese momento en la laguna. Fue a buscar a Roberto a las otras tres casas en las esquinas de la calle, ella recordaba que Roberto había dicho que Juan vivía en una esquina o algo así.

En la primera casa abrió la servidumbre, en otra un par de ancianos gringos que no entendieron qué quería y en la última un señor de mediana edad muy preocupado por lo que ella relató. El hombre se aprestó a llevarla al ministerio público para reportar a Roberto como perdido. Como suele suceder en estos casos, la policía no podía hacer nada, el agente del ministerio público, un tanto cuanto desesperado por la insistencia de Ángela, sentenció sin sutileza, pero con claridad:

—Señora, su esposo le mintió y además se llevó el coche, ¿no se da cuenta que la dejaron?

Es como si alguien se muriera sin morir. La pura verdad es que Ángela no estaba enamorada, ya nadie está enamorado después de 30 años de casado, pero la costumbre sí que es dura de roer y aceptar que uno ha sido abandonado es peor. Dos veces pensó Ángela en largarse, la primera vez fue

al año de casados, la otra cuando sospechó que Roberto le ponía los cuernos con una secretaria. Pero ella resistió, y ahora, justo dos años después de que vendieron la casa de México y vinieron a vivir a Valle para siempre, para la eternidad de sus vidas, él se larga. El vecino que la había acompañado a levantar la denuncia entendió que la explicación del policía era sensata, la tomó del brazo, la llevó de vuelta a casa, no dijo nada en el camino y se despidió agachando la mirada.

Durante un mes Ángela pensó que le hablarían de algún hospital, de la policía o, en su defecto, de alguna cantina. Pero no, no hablaron. Las cuentas de banco se mantuvieron intactas y ella dedujo que él tendría otro dinero por ahí, por lo menos no la dejó en la calle. El auto que se llevó estaba a nombre de ella, así que lo reportó robado y acusó a Roberto con el mismo ministerio público que le había echado en cara la verdad. “Tal vez así lo agarrarían”, pensó ella. Ángela le otorgaría el perdón y volverían juntos a cenar a casa. Noventa días más tarde la compañía de seguros le envió por mensajería a Ángela el cheque con el deducible descontado. No había forma de recuperar el auto.

Ángela dejó de salir de casa, se enclaustró. Compró un teléfono con contestadora automática y mantuvo la esperanza de que él llamara. Sabía, por alguna razón, que los maridos que se van a veces llaman por teléfono y, aunque no hablan, escuchan la voz de su mujer. Ella quería eso, pero dos años después no había sucedido nunca.

Y ahora, esa carta sobre la mesa y justo hoy, hoy 10 de marzo, otra vez, cuatro años más tarde. Algo le decía que la carta no era de Roberto, pero quizá sí era de él y quizá en ella le pedía perdón. Ángela podría volver a ser feliz. No. No podía ser de él. Tanto tiempo soñando con que volvía, tanto llanto por él y ahora, ¿escoge una carta para contactarla?

Ángela salió de la regadera, se vistió, se puso una blusa que le gustaba a él, sus pantalones de mezclilla y se pintó la

boca. Bajó las escaleras y se pasó rápido a la cocina sin mirar a la carta, bueno, la verdad es que la miró de reojo. Se preparó un café, hace años que no desayuna más que café negro, cuatro tazas para ser precisos.

Tantas cosas que no hace desde que Roberto se marchó. No va al cine, no ve la televisión, no se maquilla, no desayuna huevo, no se pone ninguno de los vestidos que en los años felices él le obsequió. Llevó el café al comedor y se sentó frente a la carta, mientras bebía sorbo a sorbo el café humeante y la canela se le metía por la nariz, mantenía un ojo sobre la carta, vigilándola. Decidió que no la abriría y no dejó de contemplarla, sabía que, fuese lo que fuese, el contenido la decepcionaría. Se fue a sentar a la sala, al sillón que era el favorito de Roberto, colocó la carta en la mesita de centro de la sala y entonces se quedó dormida.

Cerca de mediodía abrió los ojos y el gallo, que seguía en su patio, la volvió a despertar. Se paró enfurecida a abrirle el portón y de una patada lo echó a la calle, Ángela asumió que debía vencer su angustia. Roberto no le había escrito una carta jamás, ésta no tenía porque ser de él y menos para decir que desea regresar. Definitivo, la carta no era de él.

Ángela aprendió a vacunarse contra la expectativa de volverlo a ver o escuchar. Antes, los primeros meses, se volvía loca cada vez que sonaba el teléfono, cada vez que el cartero tiraba el correo debajo de la puerta los lunes y jueves, cada vez que alguien tocaba el timbre, cada vez que alguien la llamaba por su nombre en la calle. Todo el tiempo pensaba en que sería Roberto, le rogaba a dios y al destino que fuese Roberto quien llamaba o a la muerte que se la llevara. Creía que no podía seguir viviendo con el peso de levantar el auricular y escuchar la voz de una vieja amiga o la del compadre de Saitillo que buscaba a Roberto, y quedarse callada o colgar cuando le preguntaban cuándo regresaría él. Duele tener que colgar el auricular.

Entonces decidió que siempre pensaría que no era Roberto, ni en las llamadas ni ahorita con la carta. Tomó el sobre, sin curiosidad, pero temblorosa, lo abrió. Halló un par de tarjetas de opalina adentro, una decía:

Estimada Ángela,  
quiero ofrecerle un trabajo.  
Somos una empresa multinacional y la requerimos. Por favor,  
dirijase hoy mismo al domicilio indicado en la tarjeta anexa.  
Sr. D.

¿Sería Roberto intentando una reconciliación? No, de ninguna manera, él no volverá. Seguro es una empresa de esas que contratan viejitos, ella no se considera una anciana, pero a los 57 una ya no es jovencita.

Se puso de pie y se dirigió al domicilio indicado, identificó que estaba cerca de la laguna, en la zona comercial. No tomó taxi, caminó despacio, sin prisa, no tenía nada que hacer, ni hoy ni mañana, un trabajo no le vendría mal. Pasó 10 minutos en busca del número tres, pero no lo halló, no se desesperó, nunca ha conocido una calle en que la numeración sea corrida. Lo mejor era preguntar.

Una chica que vende pulseras y cintas *hippies* de colores para las muñecas le señaló una puerta azul y de metal sin número, pero le aseveró que era el tres. La puerta aparecía de la nada entre una miscelánea y una tienda de camisetas. Ángela tocó y la puerta se abrió.

Era un corredor oscuro e inclinado, desconfiada, pues una nunca sabe, se metió. Una serie de focos con sensores de movimiento se encendían a su paso, eso le gustó, era muy moderno, cuando era niña eso le hubiese parecido efecto de cine. Llegó a otra puerta de madera oscura y fina, tenía cuatro

rectángulos en relieve y se le veían las betas de la madera en distintos tonos de marrón. Al abrirla, encontró una pequeña recepción con piso de concreto, y paredes y detalles en acero tosco sin pintar. Había un escritorio pequeño con un par de patas de acero en forma de H y mesa de vidrio. Sobre la mesa, una lámpara de metal en forma de L invertida y un teléfono plateado sin cables. Sentada, una chica de pelo negro con un vestido marrón, elegante, demasiado para ser sólo una recepcionista.

—Ángela —la saludó—, bienvenida, el señor D la espera.

Ángela no respondió, supo que debía decir algo, algo como “¿Qué es esto?” o “¿Cómo sabe mi nombre?”, pero prefirió no decir nada, la joven se puso de pie y empujó la pared negra atrás de ella. Era una puerta sin chapa que se abrió hacia adentro.

—Pase, por favor —la animó la joven.

Ángela pasó y vio otro largo corredor flanqueado por libreros de más de seis metros de alto, todos repletos de libros color verde mate y oscuro, discretos y elegantes, como a ella le gustan. En los lomos de cada uno estaba el nombre completo de una persona, grabado en relieve con letras doradas. Hasta el fondo del pasillo alcanzó a ver a un hombre, ya más cerca notó que vestía traje oscuro y estaba sentado en un escritorio. Todavía caminó bastante para llegar a él y, mientras se acercaba, Ángela se preguntó cuándo habían construido todo esto debajo de la laguna, pues ahí es donde debía estar este moderno desarrollo.

Sobre el escritorio había una de esas antiguas lámparas de mesa de metal dorado con pantalla de cristal verde y cadenita para encenderse, un cúmulo de libros verdes encimados del lado izquierdo y un solo libro abierto frente a él. El señor escribía de prisa con una pluma de ganso de medio metro de largo que empapaba a toda velocidad en un tintero octagonal de cristal que en otras épocas habría sido quizá cenicero y ahora se veía azulado por la tinta negra en su interior.

—Hola —dijo Ángela con entonación de pregunta.

—Un momento, un momento, por favor, es una historia muy corta. —El hombre extendió el brazo izquierda con la palma abierta y no paró de escribir.

—Sí, espero —Ángela miró a aquel misterioso hombre vestido de corbata y traje negros, era cuarentón, sin barba ni bigote, pelo corto de raya al lado y guapetón, sí. Ángela recordó que cuando ella era niña llamarle a un hombre cuarentón era decirle viejo, ¡qué tonta! A los 57 sabe que no hay nada mejor que los hombres en los 40, pero ya es tarde para pensar en cuarentones atractivos.

—Gracias por la espera, Ángela, la verdad no creí que viniera, estaba escribiendo sobre un niño sin nombre —dijo y mostró el lomo del libro verde sin grabado—, muere al nacer, es una historia corta de sólo dos párrafos. Como puede observar tengo mucho trabajo y necesito de su ayuda, ¿le interesa?

—Sí, pero... ¿Señor D?, este... —Ángela no sabía qué preguntar.

—Ya, ya, ya... —dijo él como si escuchara las cavilaciones de ella y se levantó—. Siempre me pasa, disculpe, mire, necesito que me ayude a que las cosas pasen. —Se quedó callado y ella pensativa—. No se espante, a ver si me explico, en estos libros escribo la vida de todas las personas, escribo y luego sucede. Pero a veces la gente hace cosas que varían un poco, un poquitín, no crea que mucho, de lo que yo he escrito. Mire, la gente toma un taxi en lugar del autobús o bebe agua en lugar de refresco, en fin, minucias. Pero aún así, necesito que lleguen tarde, que rompan un vaso, que se corte una llamada, que pierdan su cartera, que olviden un papel, que no apaguen una vela, que se queden dormidos, en fin... ¿Me explico? —dijo el señor D. Ángela lo miraba boquiabierta y con cierto temor.



—No, no entiendo, mire, vine a ver lo del trabajo, según esta tarjeta es de una empresa multinacional —Ángela mostró la tarjeta de opalina—. No sé de qué me habla.

—Sí, claro, disculpe. Mire, no tengo tiempo de explicar a detalle pues debo escribir varias, muchas cosas... Millones de cosas, situaciones y en fin... De hecho, ya están sucediendo cosas que no están escritas y esto se me vuelve un desbarajuste. Permítame, que... —el hombre corrió a sentarse y escribió varias páginas en menos de un minuto en tres de los libros que tenía sobre la mesa.

—Oiga, señor D., ¿la De es de Dios? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar a Ángela. El hombre rio a carcajadas.

—Dios no trabaja Ángela, ¡bueno fuera ser Dios! No hay responsabilidades, siempre hay tiempo libre, te dedicas a dar órdenes. En fin, no, no soy ningún dios.

—Y la D, ¿es una D de? ¿De qué?

—De Destino.

Ángela regresó a su casa con el paquete que le dio la señorita Alvedría, secretaria del Sr. Destino. Lo arrojó sobre la cama y lo abrió, era un uniforme de overol color verde fosforescente, una gorra roja, un cinturón ancho y lleno de herramientas, unas botas de plástico negras, de esas que se usan para caminar en charcos, un reloj de pulsera grande y tosco de carátula negra y manecillas y hebilla anaranjadas, y también un cuadernillo vertical de piel negra, como esos que llevan los reporteros.

Se desvistió y levantó con ambas manos el overol fosforescente frente a ella. No entraría ahí. Hace 30 o más años que no es de esa talla, debía regresar y pedirle a Alvedría que se lo cambie por una talla más grande. Se sentó e intentó meterse en él, pero fracasó, no pasaba de los muslos, tendría que regresar por otro.

“Por lo menos el reloj sí me cerrará”, pensó y lo abrochó a su muñeca.

Se sintió entonces más ligera, al grado que, por no dejar, intentó meterse al overol otra vez. Lo logró, lo cerró hasta el cuello y abrochó el botón metálico a la altura de su garganta. Cerró la puerta para verse en el espejo de pared que iba del piso al techo de su alcoba.

Ahí estaba una Ángela que se había perdido. Tenía 20 años, un rostro afilado y de gruesos labios sin una sola arruga, cabello castaño claro a los hombros y las nalgas en su lugar. Desabotonó el botón del cuello y bajó el cierre, se sacó el sostén y lo dejó caer. Subió el cierre y se acomodó los senos con las dos manos. Sonrió, las tetas estaban donde las había dejado hace 50 años. Se metió las botas y al final el cinturón, del que corrió la hebilla hasta el primer agujero.

—Como debe ser —dijo Ángela.

La cintura también había vuelto, aquella cintura que perdió en aquel restaurante italiano de Insurgentes Sur. Se sentía ligera, llena de fuerza y vigor, se maquilló, como siempre, discreta. Tardó en hallar todas las herramientas para tal oficio, ya no sabía dónde estaba el labial, las brochitas y las sombra de ojos.

“Hacía años que no las usaba, desde que Roberto...”, pensó, pero no quiso recordarlo.

Al final decidió sólo dar brillo a sus labios, ¿para qué manchar esa linda carita con mierda? Tomó la libreta que le habían dado, la abrió a la mitad y leyó: “Es necesario ponerse la gorra roja”.

“¿La gorra? ¿con este pelo?, ¿para qué la gorra?”, se preguntó, pero al colocársela en la cabeza, frente al espejo, se dio cuenta para qué era la gorrita, su imagen ya no se reflejó.

Ángela salió de su casa a cumplir con su trabajo. Ese primer día fue divertido, las instrucciones aparecían en la libreta cada vez que la abría. Lo primero fue picar las llantas de

un auto en el que Eustaquio López Díaz iría a Toluca, para tal fin utilizó el picahielo que colgaba de su cinturón. Su segunda misión fue quitar a un niño de atrás de una camioneta antes de que ésta arrancara. La tercera, que no le gustó nada, fue hacer explotar el motor de un bote en el embarcadero.

Tenía mucha energía, nuevos bríos y quería hacer más cosas, pero al abrir la libreta leyó que tenía un día libre. Se marchó a casa y con más pena que gusto se encontró de nuevo al gallo en su patio. Le tiró maíz y se tumbó a leer. Al día siguiente del descanso surgieron nuevas instrucciones y así, una y otra vez, por días, semanas, meses. Quizá un año o dos, ya no le importaba el calendario, sólo miraba el reloj para saber si iba con retraso o a tiempo de cumplir con su deber. Ya no pensaba en Roberto y quizá por eso estaba feliz.

Un día cualquiera tuvo que ir a la Ciudad de México. Odiaba el “Defe”, pero el trabajo es el trabajo. Llegó en autobús alrededor de las ocho de la mañana, subió luego al metro y se bajó en la Glorieta de Insurgentes. Caminó al domicilio indicado y “en fa” se introdujo al departamento de Armando, un psicólogo desempleado, abandonado y desesperado. Lo vio dormido en su habitación, se veía lindo, andaba en sus treinta y pico, y no le caería mal un baño y una rasurada. Ella debía asegurarse que su computadora encendiera, pero no había electricidad en su departamento pues se la habían cortado.

Ángela jaló la extensión de su cinturón, conectó la laptop y arrojó el extremo de la extensión con la clavija por la ventana. Descendió al departamento de abajo, conectó la clavija en un enchufe de ese depa y esperó tres horas para asegurarse que se cargara la batería de la compu de Armando. Luego desconectó el cable y subió a recoger su extensión, corroboró que la computadora encendiera con la batería cargada y la apagó. En ese momento Armando salió de su habitación, eran ya casi las 10 de la mañana.

Ella se espantó y se quedó inmóvil, a veces olvidaba que no la podían ver. Armando regresó a su cuarto y ella corrió a la puerta, al salir la azotó y se quedó de pie, quieta, en el rellano a la espera de que nada pasara. Armando salió de su departamento en pijamas y, corriendo, descendió un piso.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Ángela iba a responder que nadie, pero se contuvo, Armando regresó a su apartamento, se asomó por la escalera y luego se metió a su depa. Ángela se marchó con un éxito más.

Fue en Playa del Carmen donde Ángela vivió su última misión. Debía asegurarse que Mariana Leyva regresara a la habitación de su hotel cuando Enrique Harft estuviese haciendo el amor con Julia. Era importante, no debía fallar, muchas vidas dependían de ese hecho, vaya, de que se descubriera. Mariana y Enrique debían separarse pues otras historias, otros ocho libros dependían de este simple divorcio.

Era una situación dura para los involucrados. Julia es prima de Mariana y amiga, desde la infancia, de Enrique. Julia presentó a Mariana a Enrique hace cinco años, y hace año y medio ellos se casaron, pero, para infortunio de todos, Julia y Enrique son amantes y no han dejado de hacer el amor por lo menos una vez al mes. Sería doloroso para Mariana si lo supiera, pero tal vez Enrique ha hecho el amor más veces con Julia que con su propia esposa o por lo menos así está escrito.

Ángela pidió permiso para irse una semana antes a Playa del Carmen, hacía tiempo que trabajaba con Destino y no había pedido vacaciones, por lo que su jefe aceptó.

Ángela ya no se quitaba el reloj y la gorra la traía siempre a la mano. Ambos eran cosa del trabajo y resultaron divertidos para la vida diaria. La gorra la usaba de vez en cuando

para hacer travesuras, se iba a cenar unos tacos por la noche y cuando estaban todos distraídos se ponía la gorra y desaparecía. A veces se metía al cine o se iba a comer a un restaurante lujoso, al acabar de comer se metía al baño, se ponía la gorra y se salía sin pagar. El reloj era más personal, decidió no volver a tener 57 años y 78 kilos, y quedarse para siempre en los 20 con 56 kilogramos y sin pancita.

Durante esos días de vacaciones en la playa Ángela no hizo nada, se la pasó tirada al sol. Primero con un traje de baño completo, luego notó que era la única conservadora en las playas caribeñas. Al segundo día compró tres diminutos bikinis y unos lentes de sol inmensos, como esos que usa la Angelina Jolie, no en sus películas, sino en las fotos de las revistas de la farándula, o sea, en la vida real. Al tercer día se sintió tonta al ver que la mayoría de las mujeres, incluso las de más de 40, andaban sin el *top* del bikini en la playa. El quinto día se decidió a quitárselo y asolearse los senos bajo el sol. Se puso sus lentes oscuros y se sonrojó, luego se untó el bronceador con cuidado, no quería quemarse los pezones. Cuando giró a la derecha, y mientras terminaba de untarse la crema con olor a coco, observó a un hombre moreno en una mesa que compartía con una piña colada y unos cigarrillos. El tipo tenía los músculos de piernas y brazos bien definidos, y ni qué decir de los hombros. Unos treinta y tantos, casi 40, y un bigote pasado de moda, pero algo así como sexy, tal vez como el de Freddie Mercury, pero no se veía gay. Notó que al tipo, a pesar de llevar gafas de sol, le interesaban en demasía sus senos, particularmente sus pezones, ella iba a cubrirse pero no lo hizo y le sonrió de manera discreta y orgullosa.

“Verme las tetas”, pensó Ángela y le dio gusto, mucho gusto. Un gusto enorme, tan enorme como el haber olvidado a Roberto, a quien no recordaba ya.

Se puso de pie y fue a pedirle al hombre un cigarrillo. Para ese momento él miraba hacia el otro lado, hacia el mar, se

hacia el tonto y desinteresado, también se hizo el sorprendido cuando la escuchó:

—Oye, hola...

Él giró y encontró un par de hermosos y duros senos frente a sus narices, los cuales Ángela acercó a propósito. Él suspiró y emitió un levisimo:

—¡Uuuf! —Se talló los ojos—. Sí... Eh, sí —balbuceó y bufó de la inconfundible manera en que hacen los hombres frente a las mujeres desnudas. Ángela se quedó ahí parada y extendió el brazo para tomar la cajetilla, sus senos se columpiaron frente a sus ojos y el izquierdo pasó a un centímetro de la boca del señor.

—Que si me regalas uno ¿No hablas español o qué?

—No... ¿Eh? Sí. —Articuló él con esfuerzo, Ángela repitió el movimiento anterior para coger el encendedor y él casi cae hipnotizado con el vaivén de los senos.

—Enciéndelo —ordenó ella.

—“Enrique” —se escuchó un grito venir de la playa.

—Es mi esposa —dijo Enrique espantado y con los ojos redondos de la impresión. Una mujer se acercaba desde la playa, más corriendo que andando, sólo llevaba tanga y también tenía un lindo cuerpo.

—Hola —dijo Mariana y se sentó en una silla entre Ángela y Enrique.

—Hola —dijo Ángela viendo a Enrique y comparó los senos de ella con los propios para concluir que, en definitiva, los de la chica no eran competencia—. Vine a robarles un cigarrín, amiga, ¡gracias! —dijo Ángela y se fue a recostar frente a ellos, donde estaba.

Llegó la hora de volver a la chamba y por pura casualidad resultó que conoció a Enrique y a Mariana antes de hacer el trabajo, pero esto no afectaría su labor, al contrario, la facilitaría, pues ya los tenía identificados y bien checaditos.

Después de asolearse por la mañana con su bikini amarillo fue, sin prisas y sin meterse el overol, a ponerse la gorra roja para trabajar. No había preparado nada especial, sólo se dirigió a la habitación de la pareja, se introdujo furtiva, no sin esfuerzo, por el balcón. Mariana partiría a Cancún a comer con unas amigas y Ángela, ya invisible dentro de la habitación, la vio poner su celular en el bolso antes de pasar al baño. Enrique veía la tele y Ángela, invisible, retiró el celular de la bolsa de Mariana y lo colocó en el buró, atrás de la lámpara, para asegurarse de que Mariana regresara por él y descubriera al infiel de su marido en plena movida. Mariana salió del sanitario y se despidió de Enrique.

—Voy a comer en Cancún con las chicas de la universidad y espero que no venga ninguna mensa a volarte un cigarrín —dijo Mariana y a Ángela se le salió una risita.

—¿Qué? ¿Te da risa?

—No, no dije nada —dijo Enrique y se despidió con la mano.

Ángela no podía creer el efecto de celos que produjo en la chica y no habían pasado ni 10 minutos cuando tocaron a la puerta de la habitación. Era Julia. Enrique abrió y ambos comenzaron a besarse, no hablaban en absoluto. Ángela los miraba con envidia, más a Julia que a Enrique, por supuesto. Tardaron media hora en desnudarse por completo, no hacían más que recorrerse el cuerpo con manos y labios, cada esquina de la piel, antebrazos, pantorrillas, dedos de los pies, rodillas y codos. Julia también usaba los pies para acariciarlo, sobre todo para recorrerle los muslos y el abdomen a Enrique mientras lo abrazaba por la espalda. Con los dedos de los pies le quitó la trusa y comenzó a sobarle el pene. Ángela pensó

que a ella jamás se le hubiera ocurrido hacer eso con Roberto o con otro, en especial con Roberto, que es el único hombre con quien ha hecho el amor.

Por su parte, Enrique sabía lo que hacía. Recorría el vientre de Julia con la lengua, le besaba el pubis y mordisqueaba por arriba de la tanga para luego besarle los labios. Volvía a lamerle los muslos y regresaba a la boca, iba de aquí para allá como si no quisiera dejar de lamer un centímetro de su superficie. Subía y bajaba como elevador descompuesto y cuando Julia soltó un mugido fue porque Enrique le había metido un par de dedos.

La verdad sea dicha, Julia también sabía lo que hacía. Ella lo colocó de espaldas y le recorrió el torso con sus senos mientras le soplabla al oído y le mordía el lóbulo de la oreja y quizá le metía la lengua al oído, vaya, eso no lo alcanzaba a ver Ángela, pero, por las caras que hacía Enrique, eso parecía. Hicieron una pausa, acordaron con la mirada y Enrique le quitó la tanga con los dientes, sin meter las manos. Cuando ambos estuvieron desnudos, sonó el celular sobre el buró, era el *ringtone* de “She Loves You” de los Beatles, Julia se detuvo y Enrique reconoció que era el celular de Mariana.

—Bueno —contestó Enrique ocultando el jadeo—. ¿Qué? ¡No puede ser! Soy Enrique, sí, señor, yo le digo y le llamo de vuelta.

—¿Qué pasó? —preguntó Julia y Ángela habría preguntado lo mismo.

—Se murió... se murió tu tío, Julia, el papá de Mariana, mi suegro —dijo Enrique con la mirada perdida y se levantó para vestirse.

Ángela se puso nerviosa, no debió de sacarle el celular del bolso a Mariana. Mariana debía haberse dado cuenta que olvidó el celular hacía 15 o 20 minutos y haber regresado, pero como Ángela andaba de voyerista, no se dio cuenta que el tiempo pasaba. Esto no salió bien, se equivocó, falla total y absoluta. “Ora” sí Destino la iba a correr, debió dejar el celular en



el bolso de Mariana y hablarle desde la recepción para decirle que volviera al hotel pues su marido tenía una emergencia. Por estar distraída y no concentrarse, por enfocarse en celar a Mariana, la había cagado, se equivocó al esconderle el teléfono a Mariana. No, esto no estaba nada, nada bien.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Enrique.

—Regresar a México a la de ya, ¿a dónde fue Mariana?

—Se fue a un restaurante a Cancún a comer con unas amigas.

—Voy a rentar un auto y voy por ella —dijo Julia al vestirse—, tú ve a cambiar los boletos de avión. Aquí en el *lobby* hay una agencia de viajes, me llevo el celular de Mariana.

Julia se fue tras Mariana y Enrique bajó a la agencia de viajes del hotel. Ángela se quedó sola en la habitación, se sentó en la cama, frente al espejo. Se quitó la gorra y observó cómo apareció su figura en el espejo, colocó la gorra sobre la cama y abrió su libreta. No, no había instrucción nueva, se leía lo mismo: “Asegúrate que Mariana encuentre a Enrique haciendo el amor con otra”.

Ángela suspiró, había fallado, Julia no iba a regresar sola y no volvería a hacer el amor con Enrique aquí, por lo menos en este viaje. Tenía que encontrar a una chica que estuviera dispuesta a tener sexo con el susodicho individuo. La verdad es que debe de haber varias mujeres dispuestas, pues el tipo no es feo, pero ¿qué haría? ¿Acercarse a una chica y decirle que necesita que se coja a un amigo guapo y limpio? No, no puede ser, la otra opción sería salir y buscar a una prostituta, pagarle y decirle que tiene que convencer a Enrique para hacer el amor en la habitación hasta que llegue su esposa y los descubra.

“¡Qué idiotez!”, se dijo Ángela. Miró la gorra roja a su derecha y luego se miró en el espejo de enfrente. —Se acabó, tan divertido trabajo y fallé, ¿qué voy a decirle al señor Destino? No quiero renunciar, no quiero perder mi gorra y mi reloj”, se

llevó los dedos de ambas manos a los pómulos y se contempló en el espejo, entonces se abrió la puerta de la habitación.

—¿Me vienes a pedir otro cigarro? —preguntó Enrique al ver a la chica sentada en su cama con su diminuto bikini amarillo.

—No, no fumo —respondió Ángela—. Sólo vine a preguntarte si has hecho el amor con alguien que no sabes cómo se llama.

—Siempre hay una primera vez —dijo él y comenzó a desvestirse.

Ángela entró bronceada a la recepción del Destino, la señorita Alvedría la saludó con gusto y un beso en la mejilla. De la oficina del jefe salió una dama delgada, de tez blanca y con un cutis por el que Ángela mataría incluso ahora que tiene el reloj, iba de *jeans* negros y blusa blanca, pero no llevaba un reloj grande en su muñeca. Alvedría le dijo que pasara a ver al señor Destino y Ángela recorrió los 100 metros hasta llegar al escritorio, donde él trabajaba, con celeridad y diligencia.

—Ángela, mi querida Ángela —saludó él.

—Todo bien, señor.

—Ángela, ¿sabes por qué estás aquí? —dijo el Destino y un gallo atrás de él cantó desenfrenado—. Ya no lo aguanto, Alvedría se lo llevó a su casa mientras estabas de vacaciones.

—Gracias por hacerte cargo del gallo, no me cae bien, pero tenemos algo así como una buena relación —dijo Ángela—. Pero, ahora que lo dice, cuando me di cuenta estaba en la entrada de la oficina.

—Sí, perdona la brusquedad, lo escribí así para que llegaras rápido, me da pena decir lo que te voy a decir, pero te has ganado mi respeto y mi cariño. Espero lo comprendas.

—¿Me va a despedir? —preguntó Ángela—. ¿Me va a sustituir por la señora que acaba de salir?

—La señora que... ¡No!, ella vino a... A otra cosa, nadie te sustituirá. —Destino carraspeó como si limpiara la garganta para entonar algo formal y ganar tiempo para encontrar las palabras adecuadas—. Es otra cosa, mira, sucede que se me acabaron las hojas de tu libro, he estado escribiendo en espacios en blanco, he escrito de manera vertical, he escrito en chino para ahorrar espacio. El caso es que ya llené las solapas, las guardas y las tapas.

—¿Y?

—No hay mucho más dónde escribir en el libro de tu vida, Ángela.

—¿Se pueden añadir páginas? Debe poderse, ¿verdad?

—Ángela, he escrito más en estos últimos siete años en tu libro que lo que escribí en los primeros 57.

—¿Se acabó para mí?

—Odio estos momentos, mira, le escondí tu libro a la muerte y... —Destino cerró los ojos y se llevó índice y pulgar izquierdos a las cejas de los ojos—. Eso no es de tu interés, a mí la muerte de la gente me tiene sin cuidado, lo sabes. Tú tienes todavía espacio en blanco en la portada, lo preciso para unos cuatro días si hago el esfuerzo con letra chiquitita.

—Visto así, esta discusión es absurda, ¿puede escribir un infarto o algo indoloro al final?

—Olvídate de eso, no te darás cuenta.

—Pues, gracias por el trabajo, ¿lo volveré a ver?

—Nunca se sabe, pero... Como liquidación o agradecimiento, si se me permite decirlo así, puedes ver el libro que quieras, pero no lo comentes, yo no escribiré que lo haces aquí, ahora —dijo Destino.

—¿Ver la vida de alguien?

—Sí, completa, aquí seleccioné uno que tal vez te

interese. —Destino le extendió sobre la mesa un libro verde donde en su lomo se leía con letras doradas: “Roberto Navarro García”.

—¿Es toda, toda su vida? —Ángela lo recibió con ambas manos.

—Sí, el último capítulo ya está escrito, vive en Guaymas —dijo Destino.

—No. No lo quiero, deseo pedirle otra cosa —dijo Ángela y le devolvió el libro sin hojearlo—. Mejor dos cosas, la primera es que me cuide al gallo, no se lo dé a Alvedría.

La señora Ángela Viterbo Alencastre murió de un infarto fulminante a los 57 años afuera de una tienda de camisetas en Valle de Bravo, el 10 de marzo de 2010, después de preguntar a una chica que vende pulseras por un domicilio inexistente. Ángela se desvaneció de pronto, pero no se golpeó al caer.

—Pareció flotar mientras caía sentada —dijo la joven del puesto que lo vio todo.

En su oficina, el Destino escribió en los espacios en blanco, siete veces consecutivas, el encuentro de Ángela con Enrique. Eso sí, con variaciones leves, que resultaría inapropiado para algunos lectores que yo detallara aquí. Lo que sí hay que mencionar es que en toda ocasión omitió la irrupción de Mariana en la habitación.

—¿Nos vamos? —preguntó la mujer de *jeans* negros y blusa blanca frente al cuerpo tendido al sol y sonriente de Ángela que la vendedora de pulseras trataba de despertar.

—Sólo si me dices cómo te cuidas el cutis —dijo la chica de overol verde, ya sin gorra, pero con reloj.

[WWW.VENDOMIALMA.COM](http://WWW.VENDOMIALMA.COM)





¶ HACE SIETE AÑOS ÉL UTILIZÓ el remanente de la tarjeta de crédito para pagar la distribución por internet de su cv, canceló el teléfono fijo y agotó el crédito del celular. No pagó la luz, tendría que comerse las verduras congeladas con las latas de atún, combinación que aborrece.

La migraña le irradiaba del lado derecho de la frente, le recorría el cráneo hacia atrás y bajaba por el hombro endureciendo la piel, articulaciones y músculos. Había días en que le costaba mover el brazo derecho y tenía alergia a la luz, ya no soportaba salir a la calle o estar en un lugar iluminado. En una ocasión pensó qué hacer si el dolor estuviera en el brazo izquierdo, pero concluyó que, de ser así, ya le habría dado un infarto y se hubiera muerto.

Después de tres años sin fumar, bastó con que, al regresar a casa de su única entrevista de trabajo en 14 meses, se diera cuenta que su mujer lo había dejado, para coger un purito que tenía en un cajón que ella dejó abierto y comenzar a echar humo de nuevo. Ya iba en una cajetilla al día cuando se le acabó la lana y si hay algo peor que comer atún con verduras, es no tener para los pinches cigarros.

Ha dejado de hacer ejercicio, lleva un año sin correr. Antes, para ir al consultorio, se levantaba a las 5:30 y corría 10 kilómetros. Hoy no. Tiene ojeras grandes y ennegrecidas, patas de gallo marcadas como surcos, un manchón de canas que se le extiende del lado izquierdo de la cabeza y se deprime cada vez que piensa que no hace el amor desde hace 13 meses.

Le consolaba un poco saber que si lo embargaban no encontrarían nada de valor y, como el depa era rentado, tendría que contentarse con llevarse sus apuntes, libros y papeles.

Armando Contreras no tenía un centavo, ya había vendido el auto que fue el de sus sueños y comenzó a vender las cosas de la casa, a rematarlas con los amigos. Adiós a los CD, adiós a la tele, incluso, casi con lágrimas, dijo adiós a la lavadora. Sólo se quedó con la laptop, unas bocinas viejas y un teléfono inalámbrico color crema que nadie quería comprarle y que su esposa, en un arrebato de buen gusto, decidió dejar cuando se largó.

Él insiste en que fue un malentendido, no lo recuerda bien o no quiere recordarlo. El caso es que una mujer, una paciente de 17 años, lo demandó por acoso sexual. Y pensar que él se decidió por la escuela de la Gestalt y no por el Psicoanálisis, debido a que nunca creyó que el sexo explicara todos los problemas de personalidad. Pero al final el sexo terminó con su carrera y le cancelaron la licencia.

Con un billete de Sor Juana que encontró dentro de un calcetín verde que nunca usaba, fue con una bruja a hacerse una limpia. Se la recomendó Filogonio, antiguo y fiel paciente que nunca creyó lo del acoso y a quien le había dado resultado positivo la hechicera. Durante tres sesiones fue recorrido de pies a cabeza por las piedras de cuarzo de Arkham llenas de buenas vibras. La primera ocasión hizo fila en el consultorio de la bruja, que dijo que no era bruja, sino curandera, y de manera humilde aceptó que no cura enfermedades del cuerpo, sino del alma y de la mente, lo que en mi opinión es cierto.

Cuando Armando llegó al consultorio, que era la sala de la casa de la señora curandera, se sentó en el sillón de la entrada, al lado de una familia completa: padre, madre y tres niños menores de 10 años. De pronto, apareció Chío, asustada, para preguntar qué había pasado, y lo único que pasó es que



Armando había llegado a la casa y aguardaba pasar con la susodicha hechicera.

—¡Qué bárbaro, manito! Traes unas vibras de la chingada, no te me sientes aquí que me vas a espantar a la clientela y desarreglar a los que salen ya enderezados, vete allá al fondo, a la silla de madera, porfas, ¿sí?

En cuanto salió la dama que estaba en consulta, Chío pidió a Armando que pasara. Él sabía que su situación no era la mejor posible, pero ¿qué tan mala podría ser? Chío lo colocó en medio de la habitación, roció alcohol alrededor de él formando un círculo y después arrojó cerillos, pero el círculo no prendía.

—¿Es malo?

—Pésimo, malísimo, no entiendo. Te hicieron un trabajo con agua de mar, muy fuerte —murmuró Chío y se rascaba el mentón con el pulgar—. Mira cómo no prende el alcohol, está de la chingada.

El círculo de alcohol en el suelo no encendía por más cerillos que ella le arrojaba. Al intento 27 prendió una parte por muy poco tiempo, pero prendió, la mayor parte del alcohol quedó ahí escurrido en el suelo sin prender, se resistía al fuego.

—Una mujer te echó una maldición, un trabajo bastante fuerte, será difícil deshacernos de esto, te espero el martes para seguirle.

Lo que faltaba. Una mujer, ¿qué mujer? Armando no tenía novias ni amantes y su esposa ya lo había dejado y ni le hablaba. Supuso que fue la chica que lo demandó por acoso quien, además, le echó el mal de ojo con agua de mar, ¿tanto sería su odio hacia él?

Armando Contreras asistió dos veces más con la bruja antes de arrepentirse de visitarla.

“Un psicólogo deprimido que tenía terapia con una pinche bruja”, se repetía a sí mismo mientras caminaba a la parada del autobús. Miró entonces a la acera de enfrente, al bar de la esquina, él había sido cliente ahí, conocía al dueño y habían colgado un letrero de “Se necesita mesero”. Sin la cura mágica, hambriento, con migraña y algo de angustia, esa tarde linda y soleada, pero sin cigarros, decidió que sería mesero. Ni modo, de psicólogo reconocido a mesero desconocido.

—Entiéndeme, todos te conocen como cliente, no es mala leche, sino cuestión de trabajo, Armandito, mira...

Armando no se quedó a escuchar explicaciones. Al llegar a casa encendió la computadora, seleccionó “buscar redes inalámbricas disponibles” y se colgó de una que no había visto antes, pero no necesitaba contraseña. Abrió su correo, había tres mensajes indicando que no cubría el perfil requerido para diversos empleos.

—Pues... sólo me queda vender mi alma —se dijo Armando.

Colocó el puntero del ratón en el buscador y escribió: “vendo mi alma”. Se encontró con que no era el primero en hacerlo, cientos de personas lo hacen a través de sitios de su-basta. Además, hay sitios, todos ellos cristianos, que se dedican a decir que no lo hagas, porque no se puede vender el alma. Lo que no deja de ser un tanto cuanto contradictorio pues, si no se puede vender, no habría que decir que no se debe hacer. En su búsqueda, Armando encontró decenas de ofertas, pero no compradores, tecléo entonces en la barra de direcciones: “[www.vendomialma.com](http://www.vendomialma.com)” y se abrió una página con fondo negro y dos ligas:

Es necesario registrarse para tener acceso — ¡Regístrate aquí!

Usuarios ya registrados: Entren usuario y contraseña

Armando seleccionó la liga de registro, en un formulario vació su nombre, fecha de nacimiento y correo electrónico. Elijió un nombre de acceso y una clave, accedió y en la pantalla apareció:

Bienvenido armando\_7.

En unos instantes será redirigido a nuestra página de ofertas.

Mientras tanto, piense qué desea a cambio de su alma.

Armando sonrió a pesar de lo patético de lo que hacía, sobre todo porque lo estaba haciendo en lugar de ir a visitar a la bruja. Se preguntó quién habrá tenido el tiempo y los recursos para hacer la página. Se abrió otra pestaña:

Bienvenido armando\_7, seleccione el país donde se ubica:

Colocó el ratón y apareció una pestaña con la lista de países donde el servicio estaba disponible.

“¡Qué bárbaro el tipo que diseñó esto! Un desempleado como yo”, pensó, se sonrió y un escalofrío que le recorrió la espalda le borró la migraña. Gracias a la puntada surrealista de la página se había relajado, hacía tiempo que no se sentía tenso.

En la pantalla de la compu apareció la palabra: “Enlazando...”, y los puntos suspensivos formaron una línea horizontal a lo ancho de la pantalla y meditó qué pediría si esto pudiese ser verdadero.

“Me gustaría saber los secretos de las personas y lo que piensan en el fondo, lo que sienten en verdad y no lo que aparentan... Si hubiera sospechado que ella creía que yo me insinuaba, no hubiera seguido dándole consulta... Un psicólogo fracasado, ¿qué puedo pedir? Dinero, ah, ¿pedir dinero al diablo? Está como que muy naco. ¿Mujeres? Absurdo, como si las mujeres..., Armando no supo completar la frase. Quiero...

quiero saber lo que los otros piensan con mirarlos y saber sus secretos”. Armando regresó a la computadora, la página abierta se mostraba diferente, aparecía la leyenda:

Por favor armando\_7 escriba detalladamente lo que desea a cambio de su alma.

Abajo había un recuadro en blanco, Armando escribió:

“Ver, analizar a los demás con sus traumas reales, con sus problemas reales, no con los problemas que le inventan al loquero...”.

Borró todo y escribió:

“Ver a los otros como si fuesen una página web, ver sus ligas, sus enlaces. Ver qué tienen dentro, absolutamente todo lo que tienen dentro, ver sus datos personales, ver de lo que se arrepienten, sus recriminaciones inconscientes, subconscientes y conscientes. Sus secretos y deseos más escondidos. Ver los pensamientos de los otros como si fueran un sitio de internet y poder abrir carpetas y ligas de lo que han hecho, de lo que han visto, de lo que han leído, lo que desean”.

Presionó “enter” y la siguiente leyenda apareció:

Su oferta será evaluada por nuestro personal calificado.  
Una contraoferta le llegará por correo electrónico.

—Vaya —dijo Armando—, tanto rollo para acabar con esta estupidez.

Como el dolor de cabeza había desaparecido, decidió aprovechar e irse a dormir, incluso se puso la pijama que no se llevó su ex.

Horas después se levantó de un brinco al escuchar pasos. Estaba seguro que eran dentro del departamento. Podía

ser un vil ladrón o uno de esos locos que matan para robarte el reloj. Caminó a la sala donde tenía la mesita con la laptop. No vio a nadie. Se quedó de pie pegado a la pared y recorrió con la mirada la sala. No vio nada, revisó el baño y la cocina, luego revisó las dos habitaciones incluyendo los clósets. Pensó que de seguro se confundió entre sueños y regresó a recostarse. Un rato después le despertó el ruido de la puerta que se azotaba, eso sucedía por una corriente en el cubo de las escaleras, con toda certeza alguien debió abrir la puerta. Corrió de prisa a la entrada, abrió la puerta, salió del depto y hasta bajó un piso.

—¿Quién anda ahí?

Le pareció escuchar un susurro a su derecha, como si alguien fuera a balbucear algo, pero no había nadie. Armando subió unos escalones, se asomó por el cubo de la escalera, luego se metió a casa, recorrió el departamento otra vez de cabo a rabo sin encontrar nada raro. Fue a la cocina a prepararse un café, puso agua en una taza y la metió al microondas. No había energía, le habían cortado la luz, volvió a su recámara y se acostó.

Al abrir los ojos era tarde, cerca de la una, le sorprendió dormir tanto, hacía años que no dormía así. Abrió la última botella de leche y bebió de ella. Se duchó, se vistió de inmediato y encendió la computadora para seguir con su búsqueda de empleo. Al revisar el correo se encontró con el siguiente mensaje:

Es posible continuar con el proceso de compra-venta de su alma, no obstante, es necesario que indique claramente, por esta vía, a qué se refiere exactamente con el término "sus secretos".

“No puede ser, estos tipos están zafados, qué bueno que no me pidieron mi teléfono... Ni teléfono tengo. El tipo que leyó

mi petición dedicó tiempo a pensarlo y tiene razón, saber los secretos de los otros es ambiguo. Un secreto es lo que sólo uno sabe o lo que uno cree que sólo uno sabe. No, en realidad, un secreto es lo que uno no quiere que sepan los demás... Sí, claro”, se dijo y lo escribió.

Armando dedicó las siguientes tres horas a navegar en buscadores de empleo, luego regresó a revisar su correo para ver si había llegado alguna respuesta a sus peticiones laborales, pero lo que halló fue lo siguiente:

Estimado Armando,

Le informo con sumo placer que su oferta ha sido plenamente aceptada, en lo personal me extraña que no haya solicitado riqueza alguna. Tengo la obligación de advertirle que este intercambio no admite modificaciones y que su alma pasará a mi propiedad en el preciso momento en que muera.

Su petición será cumplida en el momento en que siga las instrucciones al final de este correo. No hay letras chiquitas ni engaños, miles de años de experiencia me respaldan. Omito mi nombre y firma, le deseo suerte y una larga vida.

INSTRUCCIONES: Enlácese a la siguiente dirección:  
[www.vendomialma.com](http://www.vendomialma.com)

Armando rio otra vez, quizá de nervios, y sin pensarlo presionó la liga, se abrió la página y escribió su nombre y clave. La siguiente pantalla era negra con letras rojas, apenas visibles.

Armando, su alma será cambiada por:

“VER A LOS OTROS COMO PÁGINAS DE INTERNET, CON ENLACES Y LIGAS A DIFERENTES CARPETAS DONDE

CONOCERÁS TODA SU INFORMACIÓN. INCLUYE TODO LO QUE NO DESEAN QUE SEPAN LOS DEMAS DE ELLOS. ESTO APLICARÁ DE ACUERDO CON TU PROPIA VOLUNTAD Y DISPOSICIÓN”.

Si estás de acuerdo con tu pedido o deseas cancelarlo, marca alguna de las dos opciones. Le recordamos que el trato es eterno y no hay cambios o devoluciones. En caso de que usted haya vendido o regalado su alma con anterioridad, la transacción será rechazada automáticamente.

ACEPTO

DECLINO

Armando puso el puntero en el cuadro al lado de “ACEPTO” y presionó el botón izquierdo del ratón, apareció una palomita verde en el recuadro. Presionó continuar y se abrió una página más:

Debe escribir su nombre completo nuevamente y dar clic en ACEPTO una vez más. Estamos obligados a notificarle que una vez que presione ACEPTO perderá su alma para siempre al morir y su petición se cumplirá de inmediato.

NOTA: Si su deseo fue hacerse millonario, es necesario que compre el número de boleto de lotería que se le indicó a través del correo electrónico y jugarlo única y exclusivamente en la fecha señalada. De no seguir usted las instrucciones, nuestra parte del convenio se dará como cumplida y su alma pasará a nuestra propiedad al momento de su muerte aunque no haya comprado el

boleto. Favor de ignorar esta acotación si usted cambió su alma por otra cosa.

Sólo marque uno:

ACEPTO

DECLINO

CONTINUAR...

Armando volvió a marcar con palomita e hizo clic en “CONTINUAR”, en la pantalla apareció la siguiente leyenda:

¡FELICIDADES! SU TRANSACCIÓN HA SIDO COMPLETADA EXITOSAMENTE, NOS VEMOS EL DÍA DE SU MUERTE.  
No contamos con servicio de atención al cliente. No tenemos sucursales.

Armando sonrió, se echó para atrás y la silla cayó. Comenzó a reír y se quedó tendido en el suelo por un largo, largo tiempo sin ganas de pararse hasta que se durmió.

Cuando despertó pasaban de las siete de la tarde, se asomó por la ventana y las luces artificiales, todavía difuminadas con la luz del atardecer, le generaron el deseo de ir por un tequila con limón y sal. Quizá tendría lo suficiente en la tarjeta de crédito para un trago, pero ya rumbo al bar recordó la conversación que tuvo el día anterior con el dueño, ¿o fue el día antes de ayer? Antes de empujar la puerta del bar vio acercarse un hombre que le pareció conocido. Lo identificó como uno de sus estudiantes de la facultad, el tipo sí recordó su nombre.

—¿Profesor Contreras?

Después de los tradicionales saludos, el antiguo estudiante invitó a Armando un trago, el cual no pudo rechazar. Le molestaba no recordar el nombre de su estudiante y Armando



se irritó consigo mismo, se llevó índice y pulgar a los ojos y, al mirarlo entrar al bar, se preguntó: “¿Cómo se llama este cabrón?”. Ante los ojos de Armando se desplegó una página de la red sobrepuesta al joven que empujó la puerta del bar. Venía su foto, o mejor dicho, su imagen, su nombre completo, edad, lugar de nacimiento y todos los datos generales. Abajo, una multitud de enlaces del lado derecho. Armando se talló los ojos y se golpeó con la puerta del bar en la frente. El antiguo estudiante regresó a auxiliarlo.

—Mario... Mario López, ¡cómo me acuerdo de ti! Creo que sé todo de ti...

Armando sonrió como no lo había hecho en dos años, lo tomó del codo e ingresaron juntos al local para sentarse en la barra. Cuando el propietario vino a ofrecerles un trago, Armando lo jaló de la manga y le susurró:

—Si vuelves a tocar a Laura, te vas a morir, te lo dice un amigo.

El dueño del bar dio tres pasos para atrás y dejó caer una botella de cerveza vacía que traía en la mano.

—¿Qué!

—Hiciste un fraude para quedarte con el local y te robas parte de las propinas —dijo Armando, alto y claro.

—¿Qué dices?, estás loco.

—¿Quieres hablar aquí del hospital?

—Estás loco, ¡lárgate de aquí!

—No lo creo, quiero hablar de Luis, ¿prefieres hablarlo en tu oficina?

—Pasa a mi oficina —dijo el dueño confundido y pálido.

Cuando Armando volvió de la oficina, tres horas después, su antiguo alumno, Mario López, ya no lo esperaba en la mesa del bar.

El traspaso del bar se hizo de forma rápida a nombre de Armando Contreras y el dueño anterior desapareció de la ciudad.

Armando encontró un gran placer en atender a la clientela y hacerse amigo íntimo de varios clientes, cosas del destino, del demonio o de la muerte.

Aquel martes por la tarde, al abrir el local, una niña se acercó a Armando. Tendría alrededor de nueve o 10 años, rizos dorados, un par de coletas con moñitos azules, carita rosadita y nariz chiquita y puntiaguda. Ella llevaba una paleta en la mano y daba lengüetazos delicados, sin prisa; su vestido era rojo y calzaba zapatillas del mismo color.

—¡Hola, señor!

—Hola nena, ¿cómo estás? —dijo él sin voltear a verla.

—Muuuy bien, este, me preguntaba... —Ella dejó la lengua afuera y la pegó a la paleta, luego alzó los ojos para ver a Armando.

—¿Sí?

—Me preguntaba si te la ha chupado una nena linda como yo —dijo la niña y continuó lamiendo su paleta.

—¿Eh?

—Me pregunto si quieres fornicar, cerdo —dijo ella y lamió la paleta dos veces más.

Armando dejó de verla y abrió el local a toda prisa.

—Adoptas las formas menos esperadas. Pasa, ¿no rechazarás un trago de vodka? —Armando se dirigió a la barra y al girar observó que entraba una anciana de bastón dorado y pelo blanco.

—Sí, hijito, pero con tónico.

—¿Y “ora”? Ya que no soy pederasta, ¿quieres averiguar si soy gerontofilo o como chingados se diga? —Armando preparó el coctel y se hizo uno igual.

—¡Ah!, buena mano —dijo ahora un caballero vestido de frac, cara larga y un bigotito ridículo.

—Sólo te falta un monóculo para parecer... Puta madre, no sé a quién te pareces, en tu página web decía que nos veríamos cuando... Cuando yo...

—Sí. Morirás de un ataque al corazón.

—¿En verdad? Vaya, es bueno saber de qué, sería bueno saber cuándo.

—Pues lo sabrás. En diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco... —Satanás estiró la cabeza y le miró a los ojos con una amplia sonrisa.

—¿Qué? No, ¡espera! No puede ser, ¡es un error!

—Cuatro, tres...

—Momento, momento... —Armando cerró los ojos y se llevó las manos al rostro.

—Dos, uno.

—¿Ya me morí?

—No —dijo el Diablo—, era broma —dijo y se atacó de la risa como loco, bueno, pasaron casi 10 minutos y no podía detenerse. Armando sólo lo veía con gesto de exasperación desde el otro lado de la barra—. Ay, ay, ay, es que todos se la tragan. Ahora sí, ¡salud! No vas a morir hoy ni mañana, ni en 10 años. Todavía te falta... Creo.

—¡Ah! —dijo Armando y exhaló—, entonces, ¿a qué se debe tu visita?, mi estimado... Mi querido... ¿Diablo?

—Llámame como quieras, mi visita se debe a que te admiro, tu deseo fue fantástico, creativo, *delicieux*...

—Es bueno para el ego de un psicólogo ser admirado por alguien como tú.

—Obvio, ex, ex-psicólogo. Aunque pocos tienen la humildad de reconocerlo —dijo y bebió su tónico de un solo jalón—. ¿Estás utilizando tu poder sobre mí?

—Obvio, sería un idiota si no lo hiciera, lo de Herodes fue una tontería... ¡Ah! y no sabía que tú habías escrito ese libro, ¡qué bárbaro! ¡Ese es un golpe maestro, un hiato! Muchos no creerían que tú eres el verdadero autor de...

—¡Deja de verme! —gritó Satanás y se convirtió en una hidra tornasol que ocupó todo el local, destruyó todas las mesas y las sillas atrás de ella. El monstruo agitaba sus siete cabe-

zas a la vez que emitía un grotesco y estruendoso rugido con cuatro de ellas.

—Está bien, está bien... *Sorry, sorry...* —dijo Armando mientras extendía ambos brazos como para protegerse de un eminente ataque—. ¿Por qué no has hecho público que tú escribiste ese libro?

—Sí lo he hecho público, ¡imbécil! —respondieron cuatro cabezas, mientras dos rugían y una le tiró una mordida que falló, tal vez a propósito. Al fondo del bar, Armando vio salir trozos de madera de su piso volando.

—¿Entonces?

—Respóndete tú solo. No vine a hablar de mí, vengo a advertirte que tu momento está cerca. Cada segundo que pasa estás más cerca de mí y más lejos de la paz. Te espero gustoso —dijeron dos rostros de la hidra mientras las otras cinco cabezas se movían a un solo ritmo.

—Pero hay formas de salvarse, ¿no? Acuérdate de Fausto, a lo mejor viene un coro celestial el día de mi muerte.

—¡Ja, ja, ja! Un coro de ángeles, todos dicen lo mismo, bueno, los que leen a Goethe, pero no es tu caso. ¡No vendrá nadie! Has utilizado el poder para favorecerte, para humillar a otros, para venganzas personales, para robar. ¡Haces lo que yo haría! Te entiendo, pero no tienes la menor posibilidad de salvación —las siete cabezas decían una palabra distinta, cada una con voces diferentes, algunas muy graves, otras agudas.

—¿Y si me arrepiento antes de morir? Varios de los amigos de Dante en el infierno se arrepintieron antes de...

—No te daría tiempo... Y si te da tiempo, no te arrepentirás, eres el monstruo inteligente, inepto y chantajista que siempre deseé crear, eres un perfecto ejemplo de bestialidad humana, me fascinas, lástima que no te gustó la nena de coletillas —decían las cabezas mientras se agitaban por todo el local, cada una pronunció una palabra distinta con voces diferentes.

—Si lo que querías era preocuparme, lo lograste. —Armando levantó la copa—. Salud.

—Me encanta que te valga un comino —dijo la cabeza azul y rugió la de color rojo—. Me gustaría permitirte vivir más tiempo, pero no es mi ámbito, vamos, no está en mis manos. —El Demonio cambió de hidra a la figura de una bailarina desnudista de raza negra, de cuerpo espectacular y sólo cubierto con ligera lencería blanca.

—Me preocupas y... este monumento a las hembras me pone ansioso, ¿podrías regresar a la forma de hidra?

—Podríamos intentar algo salvaje —propuso con acento caribeño la belleza negra y mordió el lóbulo de la oreja izquierda de Armando.

—No es que no quiera exactamente.

—Nadie se resiste al cuerpo de Paula.

—La verdad es que... Sé que eres macho... y eso... pues, como que no excita.

La bailarina desnudista se transformó en un hombre rubio, alto, de más de dos metros y con vestuario casual.

—Ni hablar, sólo me queda esperar el momento en que estés a mi total disposición —dijo con acento germano.

—Será sólo mi alma, no mi cuerpo lo que poseas, o ¿cambiaste el contrato?

—Insoportable. Pinchamente insoportable. Invítame otro trago antes de largarme —dijo otra vez con marcado tono alemán.

—Mi querido amigo, los tragos se venden, ¿cuando tortures a mi alma me permitirás ir al baño?

—Uno no sabe lo que crea hasta que lo ve vivo —dijo el hombre rubio y le extendió una tarjeta de crédito que apareció en su mano vacía.

—¿Traes identificación? —Armando alzó las cejas—. Es broma —dijo y cogió la tarjeta de crédito—. Por cierto, ¿qué diablos hacen tantos ángeles en la calle? ¿Te sirvo otra igual?

—Sí, lo mismo. Los ángeles... No sé, supongo que hacen su trabajo. En tu caso, en tu caso hay que saber dónde, no en quién, sí en quién buscar.

—El otro día vi a un extraterrestre, ¿desde cuándo viven aquí? —dijo Armando y le sirvió otro vodka tónico.

—Sí, lo sé, y también viste a una morena preciosa que no tenía nada en el enlace de “Libros leídos” y otra que lo único que sabe son números de teléfono... Y un hombre que sólo conoce de memoria sus cuentas bancarias y claves de acceso, las cuales le robaste. Y una niña de 12 años que ha leído más que yo... Bien, exageré, pero sí más que tú, y ¿qué tal la bruja que se puede convertir en gato? ¿Te fijaste que yo no tuve nada que ver? Y ¿el mago que camina levita de a de veras? Juro que no lo apoyé. En fin, el mundo está loco, lleno de gente bien rara.

—El que más me sorprendió fue el perro que sabe leer...

—¿El que está afuera del metro Bellas Artes?

—No, afuera de la estación Sevilla... vaya, quizás sea el mismo...

—Quizás. Pueden ser dos.

—Y los asesinatos que ha cometido mi anciana casera, ¡endiablada mujer! —Armando limpió la barra con un trapo y notó que el diablo se había bebido su trago, aunque no lo vio hacerlo— ¿Te cargo otro igual, Diablo?

—Invítame la de la casa —ordenó el hombre rubio y Armando, sin más, se la sirvió.

—Quería preguntarte... La semana pasada vi algo raro, iba a subir al metro y del otro lado del andén había un hombre que se llamaba Enrique Harft, como te imaginarás, siempre abro la carpeta donde están los libros que la gente ha leído, es una forma de conocer rápido a las personas, y luego la de sus secretos. Cuando abrí la carpeta de libros de este tipo, Enrique Harft, tenía millones de libros con nombres de personas, quizá de todas las personas. ¿Quién es?

—Libros y libros. Sólo se llamaba así cuando lo viste.

—Sería Dio... —Armando fue interrumpido.

—No, él no se sube al metro, no está jodido. Es el Destino —dijo el Diablo, pero Armando no notó la D mayúscula cuando el Diablo lo pronunció—. Mejor me voy, sólo haces preguntas. —Se paró de la mesa y se fue sin más.

Armando se asomó a la calle para verlo retirarse, pero ya no estaba. Al reingresar al bar, sillas y mesas estaban acomodadas en su lugar y los vasos en los que bebieron no estaban sobre la barra. Parecía que nadie había estado ahí.

Aquel día Armando llegó tarde al bar y le puso de nervios observar a una viejecita con bastón dorado cruzar la calle. No pudo navegarla, ¿es o se parece al diablo?

La noche se pasó tranquila, es miércoles y casi no hay bebedores de carrera larga, esos aparecen de jueves a sábado. Los empleados se retiraron a la una, Armando hizo el corte de caja y al levantar la vista lo vio de nuevo frente a la barra. Esta vez es él mismo, el Diablo ha adoptado el cuerpo de Armando Contreras.

—¡Qué susto me diste! Te iba a arrojar una botella.

—Es sólo el inicio. Los sustos buenos comienzan en un ratito.

—¿Qué va a haber?

—Pues que ya nos vamos, mi querido amigo y no me trataste bien la vez pasada.

—Oye, oye, oye... Eso fue hace tanto tiempo que no lo recuerdo, dijiste que no sería ni en 10 años, me dijiste que...

—No puedo creer que le hayas creído algo al Diablo.

—Pero... —Era cierto lo que decía el Demonio—.

—No eres tan astuto como pensaba, sírveme algo francés para la risa.

—Me voy a servir también yo uno —dijo Armando y llenó dos copas coñaqueras hasta el borde de XO.

—Lo cierto es que tienes menos de nueve minutos de vida antes de irnos.

—¿Es en serio ahora? —Armando se atragantó con el coñac, salpica el rostro de Satán que se transforma en un enano de piel negra y cabello blanco cubierto de alhajas de oro, un traje azul con camisa amarilla y un habano encendido.

—Psss... —Sopla humo Satán— Sí, *sorry*, es cierto.

—¿Algo que podamos hacer?

—Nada, no, nulo, “nel pastel”. Dos cosas no puedo hacer. Una, meterme con la vida: ni matar ni evitar la muerte y menos resucitar. Y dos, no puedo violar el libre albedrío: si no quieres, no quieres y punto.

—Lo sé, te vi, te navegué, busqué una escapatoria. No la hallé. En fin, creo que fue muy pronto, tan rápido

—La vida es corta para un animal y a mí a veces me da por decir tautologías. —Rio el enano y volvió a echar humo, tanto humo que llenó todo el techo del bar.

—Sí, sobre todo si estás enamorado, lástima que se fue al cielo, era bella.

—No pronuncies su nombre, no me navegues.

—No puedo evitarlo, no pensé que el diablo se enamorara y fracasara.

—Abusa de tu poder, en minutos abusaré de ti.

—No va a suceder —dijo Armando.

—Ni siquiera yo puedo hacer que un humano escape a la muerte o siquiera retrase su hora, para hacer eso tendría que...

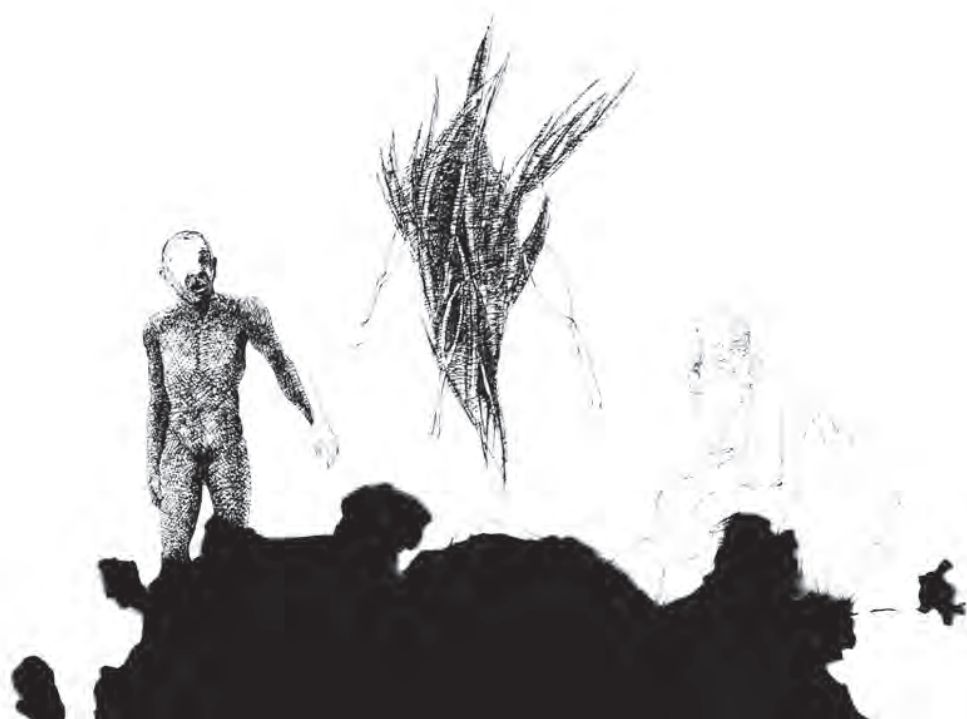
—Claro que no puedes, si pudieras hacerlo, ella seguiría viva, pero como tú dijiste, hay que saber en quién buscar. Si tú no puedes, alguien podrá. —Armando se sirvió más XO y le sirvió a su cliente—. La casa invita.

—¿En quién buscaste?

—Nunca dijiste que la Muerte viaja en metro.



# CUANDO LLEGA EL AMOR





¶ ELLA DECIDIÓ TOMAR EL METRO en la estación Chapultepec, años hacía que no pasaba por ahí, pero un chavo se suicidaría en la siguiente estación y se le hacía tarde. Mientras descendía por la escalera eléctrica, pensó lo estrafalario que era ser considerado macho en algunos lugares y hembra en otros, lo pensó en dos sentidos, el primero por cuestión de género y el segundo por pasar siempre desapercibida, como si no existiera.

“Tener dos sexos tiene repercusiones culturales, ¿por qué en Italia siempre he sido mujer y en Inglaterra un caballero? En Francia y España también soy mujer... es una cosa mediterránea, sí. Todos dicen que soy hembra, eslavos y griegos por igual, pero también para los rusos, ¿será que es más fácil irse para siempre con una dama? A lo mejor es puro machismo, irse con otra para la eternidad está bien, pero no con un hombre. Ningún hombre aceptaría que su mujer se fuera con otro. En cambio, los ingleses, ah, qué curiosos, llevaron mi imagen masculina a sus colonias. Esa imagen discreta, siempre vestido de negro, camisa blanca, pero corbata, zapatos y accesorios también negros. Nada que ver con esa otra imagen del Segador Severo, *Grim Reaper*, un esqueleto con larga guadaña y hábito de monje encapuchado. Aburrido, ¿por qué me ponen como esqueleto humano? ¿No podría ser un esqueleto de un elefante? ¿O el de un ave? Dinosaurio, eso me gustaría, no necesitaría llevar guadaña de un lado para otro para segar la vida, bastaría con mis mandíbulas y mis dientes en dos hileras. No es ser

un esqueleto lo que me purga, lo que me caga, lo que odio es que la imagen del encapuchado esquelético es la de Caronte y no la mía, ¿por qué chingados me imaginan como él? ¿creen que somos lo mismo? Yo soy yo y nada más, esa manía de confundirme, ¡carajo!”. La Muerte se detuvo a esperar en el andén al metro. “En Japón, ¿de dónde diablos sacan los padres y maestros que yo, Enma, voy a venir en la noche a cortarles la lengua a los niños mentirosos? Esas sí son chingaderas, les deberían decir que vendrá el Coco o Bogeyman, ¿para qué meter a la Muerte en los problemas con niños mentirosos? Ganas de joder. Si para ingleses soy hombre, debe ser porque los judíos me catalogan como el Ángel de la Muerte, *Mal’ake ha-mavet*, como un Jinete del Apocalipsis, de ahí el caballo blanco que a veces me ponen, pero no soy. Yo no podría ser aquel imbécil que no entra por los bebés judíos sólo porque marcan en sus puertas una letra de color rojo, ¿por qué me detendría una pinche marca roja? La verdad es que nunca me he fijado si hay o no hay marcas en las puertas adonde voy por alguien. Eso fue hace tanto tiempo que no recuerdo si Dios existe, pero sí me gustaría ser un ángel, debe ser interesante, aunque los ángeles no tienen sexo. Y yo sí”. Estaba lloviendo afuera en la ciudad y por razones de ingeniería civil mexicana que no entendía, el tren avanza más despacio. “¿Y el número cuatro? Nunca he entendido de dónde sacaron lo del cuatro los chinos, debe ser por la pronunciación, *sì* es cuatro y *si* es muerte, es como cazar y casar en español, o *conard* y *canard* en francés, a nadie se lo ocurre decir que un pato es un pendejo o que hay que dispararle a la novia, bueno eso sí lo hacen algunos después de casados. Pero como no hay piso 13 en Occidente, en Oriente no hay piso cuatro, ni 14 ni 24 ni 34 y mucho menos el terrible 44. El ser humano es algo curioso, estúpido”.

Arribó a metro Sevilla y caminó a la salida sur, ahí estaba el infeliz, era un muchacho de 17 años, apenas en la prepa y con el futuro por delante. El motivo para arrojarse es que tuvo

una vez relaciones con una chica. Ella tiene 23. Lo hicieron en el baño de la casa de un amigo durante una fiesta. En aquel espacio de un metro por uno veinte, él cree haber vivido lo mejor de su vida, pero ella no quiso volver a hablarle y hasta se lo prohibió en público. Cuando el chico fue con un ramo de rosas a decirle que estaba enamorado y que, de no ser correspondido, se suicidaría, ella le dijo que se arrojará al metro.

Y es lo que iba a hacer aquí, en metro Sevilla.

La Muerte conoce la historia del chico y le toca el corazón, pues sí, también ella tiene corazón o algo equivalente. Le da lástima que el chico tenga que morir tan joven, sólo basta tocarlo con la punta de un dedo o soplarle. Se acercó a él, sabe que podría dejarlo y hacer que sobreviva al paso del tren, puede darle otra oportunidad. Seguro conocerá a otra mujer, una que aprecie sus nobles y amorosas intenciones. Ella se detuvo junto a él, pero en este negocio no hay compasión. Si a cada persona le diera otra oportunidad, no habría más muertos.

Harta de pasar siempre inadvertida, ese día la Muerte poseía la forma de una mujer de 33 años y de carnes duras, vestía un *top* blanco deportivo y *hotpants* rojos, tal vez así no pasaría desapercibida. Como de costumbre, notó con envidia cómo los hombres miraban, lascivos, a algunas mujeres y a ella la ignoraban. Escuchó entonces el chirrido del metro a punto de llegar, sintió algo de afecto por el chico sobre el andén, ella podría ponerle la mano en el hombro y pedirle que no se arrojará, pero eso sólo le retrasaría el trabajo. En cuanto el chico la vio acercarse, se arrojó a las vías.

Siempre se ha preguntado por qué cuando el Diablo se mezcla entre la gente, nadie lo identifica, pero a la vez todos le respetan y temen. En cambio a ella, la Muerte, o es ignorada en absoluto o pasa desapercibida por todos, como si no estuviera ahí. Claro, salvo para quien vino a llevarse. Cuando los mortales la identifican ya saben quién es y a qué vino. Ella sabe que no es invisible, así que el resto del mundo debe y

puede verla, pero la ignoran y humillan, la gente la omite sin más y es que para los humanos, si ella no viene por ellos, no existe jamás, está ausente. Quizá sea demasiado pesado tenerla siempre presente.

Quienes van a morir la reconocen de inmediato, la sienten segundos antes de llegar, desde que se aproxima. Es como si la percibieran en el aire, en sus mentes. Así le pasó al chico que se arrojó a las vías, sintió que ella se acercaba y él supo en ese momento que ya no podía hacer nada para vivir. Ahora, ella inhalará su aliento para llevárselo.

Se abrió paso entre la gente y una mano le pellizcó el trasero. En medio de la confusión, los gritos y tanta gente, no supo cuál de los hombres que la rodeaban fue quien se atrevió a manosearla. Incluso, olvidó por un instante al chico que chillaba debajo de las vías, pero no podía dejarlo ahí, más ahora que está tan en boga la cuestión de género, de perdida una bofetada debía llevarse el desgraciado, si no es que una patada en los huevos para que se le quite lo pendejo. Se acercó un poco más e inhaló hacia donde estaba el chavo para culminar su labor. Giró, entonces, a ver los rostros de quienes estaban parados en el andén alrededor de ella, en medio de la confusión de un suicidio, un depravado aprovechó para nalguearla, no puede ser, ¿a dónde vamos a parar? Pero ninguno tenía cara de ser quien se la había nalgueado.

—Fue el de azul —dijo una voz masculina.

Ella volteó a ver a un hombre de unos 50 con camiseta azul, mientras los pasajeros se acercaban a asomarse al andén con curiosidad. Ella alcanzó al hombre de azul a seis pasos de distancia y se plantó frente a él.

—No vuelvas a tocarme —le dijo en su cara, pero el hombre no la escuchó y la evadió para seguir su marcha.

—Soy una idiota—, pensó ella y volteó a ver donde debía de estar el tipo quien le señaló al falso culpable. Alguien, un varón, le prestó atención, la pellizcó y tuvo la desfachatez

de señalarle a otro y ella, estúpida, se tragó el engaño.

“¿Adónde se metió”, se preguntó.

—¿Te invito un trago para el susto? No todos los días veo a un tipo arrojarse a las vías.

—Sí, ¿eh? No tomo —dijo ella todavía en busca de aquel que la mal dirigió sin hacerle mucho caso al otro.

—No sales con desconocidos, bien, pero ya nos conocimos. No soy un psicópata pervertido y no voy a matarte. Van a cerrar esta estación por el resto del día, vamos por un café.

—No. Tengo prisa, tengo... —ella se calló y lo volteó a ver.

—Nadie más se va a morir hoy en tu vida, supongo —dijo él.

—Supongo que tienes razón, un muerto al día es suficiente. Salieron del metro y caminaron hacia Reforma.

—Por allá hay un café-bar que me gusta, tienen un café fuerte y sirven licores dulces, ¿te late?

—Sí.

—¿Y tú color favorito es el negro?

—Sí... ¿Cómo sabes? —viró ella a verlo, ya que no llevaba nada de color negro ese día.

—Estadística. La mitad de la gente prefiere el negro, tenía 50% de probabilidades de atinarle al color que te gusta vestir. Igual al invitarte un café, a la mitad de la gente le gusta el café, a la otra mitad no. Es como los ojos color avellana, ¿tienes ojos avellana?

Ella sonrió, el tipo era curioso, extraño, además hacía años que no tomaba un café en la calle, es más, quizá nunca lo había hecho con un desconocido. Mucho menos con uno que hubiera surgido de la nada después de que otro le da un pellizco, vaya, ese imbécil ya hasta se le había olvidado. Sufrió

que la nalgueara, reprobable, pero no fue mala idea ponerse los *hotpants*, se tomaría el café con el tipo simpático que sabe de colores y de cafés.

Platicaron de todo durante poco más de tres horas, ella no notó que nunca pasaron por la conversación tópicos como dónde vives ni a qué te dedicas. Era como si él ya supiera o no le interesara, ambos sabían que no se volverían a ver jamás, o por lo menos así lo pensó ella. Como le gustó el café, ella memorizó el domicilio del local y decidió volver aunque fuera sola. Después del café expreso pasaron a una copa de licor, él recomendó uno de almendra, pero a ella siempre le ha encantado el anís seco. Así las cosas y sin saber cómo, llegaron al tema al que ella siempre llega cuando charla.

—...y sí, un tal Yamaraj es enviado por Buda en un *yak* negro, él trae un lazo para atrapar a quienes van a morir.

—¿Como lo hace la Muerte de la guadaña?

Ella ya no habló, veía su boca moverse, sus ojos brillar, sus manos agitarse mientras platicaba emocionado, veía su barba de candado, olía su aliento, veía como echaba humo y ella lo aspiraba. Se acercó a su cara, él dejó de hablar, ella le jaló el pelo y le echó el cuello para atrás, entonces le comió los labios, metió la lengua hasta sus molares y le alcanzó a tocar la campana.

Él empezó a toser y ella se tragó el aliento de él que desfalleció y, si no fuera porque ella lo jaló y sopló dentro de su boca, se muere. En serio.

A la media noche ella se salió de las sábanas para salir a trabajar. Estaba retrasadísima y eso era algo que no podía suceder. Antes de irse lo miró dormido, como si estuviera muerto y le pareció feo, no tenía cuerpo griego, se veía que no hacía



*fitness*, era un tipo común, con algo de pancita. Todo lo que a ella no le gusta, pero tenía cierta pasión por las cosas, por la vida. Si ella pudiera lo convertiría en mujer para que ella, con forma de hombre, le hiciera el amor mil veces más.

Se fue y, en un abrir y cerrar de ojos, apareció ella en Valle de Bravo, era la casa de una viejecita, le tocaría la frente y listo, todo terminaría. Así es la vida, para eso están los humanos aquí, para eso y nada más, no hay otro motivo para la vida de los hombres y mujeres. La muerte es la última razón, el objetivo de la vida.

Era la medianoche cuando entró a su habitación, observó la cama y colocó su mano donde debía estar la cabeza, pero ella no estaba. Pocas veces había pasado eso, es decir, que la gente no estuviera donde debía estar. Habría ido al baño o bajaría por agua, enseguida la encontraría y se la llevaría. Es común que a la gente de edad que vive sola no le dé miedo verla, sobre todo a estas horas de la noche. Millones de personas la han estado esperando la noche en la que va por ellos y hasta platican con ella por un ratito antes de que se los lleve, es que eso de morir solo no es muy grato. En fin, en tres o cuatro días sus nietos comentarán en el velorio: “Se levantó por agua a la media noche y la sorprendió el infarto”.

“Así es la vida y yo nunca sabré qué es morir, ¿será eso una ironía?”, se decía al bajar las escaleras. Entró a la cocina, pero estaba vacía, entonces subió de prisa al baño.

—No, no está —dijo en voz alta.

En miles de años era la primera vez que pasaba, bueno, la segunda. La primera vez fue con un tal Moisés que logró evadirla un tiempo. Ese Moisés sí que tenía miedo de morir, pero al final se dio cuenta que sólo el Destino podría haberle permitido escribir algunas cosas en su propio libro y así logró escondérsele por años. Pero, ¿una mujer de 57 años en Valle de Bravo? ¿fundaría una religión nueva? ¿habrá logrado encontrar la formula de la inmortalidad?

—No, debía ser el Destino otra vez.

Había perdido demasiado tiempo durante todo ese día y para ponerse al corriente tuvo que trabajar de prisa y dejar lo de la viejita para más tarde, incluso durante la noche decidió adelantar algo del trabajo del día siguiente para regresar temprano y pasar tiempo con su ¿novio?, bueno con el tipo agradable dueño del bar. Sí, punto, él era su novio o ¿qué otra cosa podría ser?

Mientras trabajaba esa noche “del tingo al tango” la imagen de la viejita retornaba intermitente, ¿por qué se habría escondido? Más intrigante aún ¿por qué el Destino la escondió?, pero el pendiente de la mujer se diluía cuando salía a flote la imagen de él. Y es que él no era muy masculino ni varonil. ¿O sí lo era? No, no podía enamorarse, tenía que evitarlo, no podía. Ya le había pasado al Diablo una vez hace mucho tiempo y las cosas no salieron bien y al final ella tuvo que llevarse a la chica. Pero por más que se dedicaba a cumplir con su deber, por más que se concentraba en el trabajo, no lograba sacárselo de la mente y eso era suficiente para, quizás, amarlo.

Ella no podía amar a nadie, no era su esencia, no era su labor, no era su estilo y hasta en una novela alguien escribió sobre una situación así, pero ella no se enamoraría de un músico, son tipos demasiado abstractos. Ni de él, tendría que terminarlo pronto y volver algún día para llevárselo. Se dirigió al bar a terminar lo que nunca debió empezar.

Justo al abrir la puerta del bar, ella lo vio en la barra, limpiaba con un trapo, una franela, una copa de vino tipo inmensa y redonda. En ella creyó ver brillar sus ojos. No se detuvo, no le importó, terminaría esta relación patética y sin sentido. Caminó hacia la barra, se lo llevaría al inhalar su respiración, rápida e indolora.

—¡Princesa! —gritó él.

Nunca nadie la había llamado Princesa. Le decían la Pelona, la Fría, la Descarnada, la Flaca, la Calaca, la Huesuda,

la Parca, la Jijurría, la Canica, la madre Matiana, la Pepenadora, la Veleidosa, la Mocha, la Copetona, hasta Santa Muerte le dijeron una vez, la Igualadora, la Segadora, la Calavera, la Paveada, la Apestosa, la Novia Fiel, la Impía, la China Hilaria, la Coatacha, la Afanadora, la Cierta, la Pachona, la Chicharra, la Patrona, la Chirrifusca, la Tilinga, la Dientona, la tía Quitería, la Calva la Triste, la Seria, la Pálida y la Blanca, la Catrina, la Tembeleque, la Tilica, la Coatlicue y la Tiznada. Pero nunca nadie le había dicho Princesa, mucho menos se lo habían gritado al verla. Y ni qué decir de verla a la distancia, acaso el mote de Catrina se acercaba un poco, pero no Princesa, no. Además, a él le salió una lucecita de la mirada que reflejó en el cristal de la copa y su olor, lo distinguió, cambió al verla y, por si fuera poco, era el primero que la saludaba con ganas de verla y de pasar tiempo con ella. Él brincó la barra del bar al piso y fue directo a ella, le bajó la cabeza y la besó en la frente.

—¿Te dije que trabajo aquí?

—Sí, dijiste de tu negocio —ella mintió y supo que él sabía que ella mentía.

—Ah... —Él se talló un ojo con la mano—. Estaba triste, pensé que no te volvería a ver, que no me buscarías.

—Todos me vuelven a ver.

—¿Eh?

—Nada, ¿podrías salir de aquí? Quiero hacerte el amor.

Fueron al departamento de él y otra vez ella debió partir a la medianoche, se acordó de la Cenicienta y se dio ternura de sí misma, pero cumplió con su labor. Después de actualizarse con las citas pendientes, adelantó unas cuantas de la semana siguiente para tener más tiempo libre; ya cumplidos los deberes, se encaminó a ver al Destino.

Valga la pena interrumpir esta narrativa de la Muerte para mencionar que para este tipo de personalidades, sí, la Muerte y el Destino, el tiempo tiene un matiz distinto al que tiene para nosotros, me refiero a los humanos. Podría ser expuesta aquí toda la metodología para explicar cómo es que la Muerte hace el amor con un mortal, visita a todos los que deben morir, se lleva a unos de más de la semana que entra y luego va a casa del Destino, pero esa explicación no tendría que ver con el desarrollo de la materia, es decir, del argumento de la historia que nos incumbe, tiene que ver con la percepción de lo que sucede y a la velocidad en la que acontece. Eso no es relevante ahora y sólo lo menciono para solventar las dudas de algunos minuciosos y detallistas lectores que quizá duden de que sucedan tantas cosas en una sola noche.

Lo relevante es que, en camino a casa del Destino, ella pensaba, quién sabe por qué, en las aseveraciones de los mortales acerca de las experiencias cercanas a la muerte. Siempre se le han hecho graciosas y extravagantes. Muchos dicen que ven una luz al fondo de un túnel.

“Yo, ¿para qué me los llevaría por un túnel? ¿a dónde los llevaría?, y ¿por qué una luz? Sólo les quito la vida, les apago la luz, ¿de dónde sacan que hay una luz? Yo hago ese recorrido a diario, vaya, varias veces en un día y jamás he visto la luz cuando me llevo a la gente y, de verla, no estaría segura de querer acercarme. Otros mortales, más raros, dicen escuchar una voz que les dice: ‘Regresa, regresa’, lo cual está demasiado extraño, pues jamás le he dicho a nadie que se regrese, ¿para qué los regresaría si vengo por ellos? Como si pudiera perder el tiempo y venir por alguien y a la mera hora mejor decirle que se regrese, ¿que se regrese adónde? Mejor no vendría por los que se van a morir si luego los retacho. No pierdo el tiempo con indecisiones... salvo la que tengo en el bar y que me dice de cariño, Princesa”.

Sobre el tipo que va a ver ahora, ya ni recuerda cuánto hace que lo conoce. Es verdad que es un ser fuera de lo común al que ella no da órdenes, pero con quien está coordinada en todo. Cuando él escribe el final de un libro, ella sabe que esa historia ha terminado y mientras él acomoda el libro para la eternidad en su biblioteca, ella toma la vida de este mundo para concluir la historia. El Destino dice que es fácil, él sólo toma un libro en blanco y comienza a escribir. Él sabe cómo deben ser las cosas y, cuando el final se acerca, se acerca y ya, tal y como los mortales lo han escrito en sus ficciones y vivido en sus realidades. Los autores nunca avisan a sus personajes cuándo los van a matar, si lo hicieran, podría pasarles algo como lo que le pasó una vez a Unamuno, cosa nada grata. Por eso ella no les avisa cuándo se van a morir.

Ella prefiere ver la cuestión de los libros que escribe Destino como una metáfora. Para ella la vida de los seres mortales está en un árbol, cuando uno nace le sale una hoja al árbol y la hojita va poco a poco creciendo y desarrollándose hasta llegar a ser una hoja fuerte y extensa. Luego, con el paso del tiempo, la hoja comienza a perder los tonos verdes y se hace de color oscuro, marrón, y cada vez se hace más y más frágil. Hay algunas hojas, ya muy secas y marchitas, que siguen pegadas a la rama, que se adhieren por completo al árbol y por más vientos y corrientes que llegan, no caen, no se separan. Hay otras hojas, por el contrario, que se ven muy verdes y fuertes, pero que no están fuertemente pegadas, sujetas a las ramas y se desprenden rápido, como si no les gustara ser parte del árbol, de la vida. Ella sabe, tal vez por instinto, cuáles ramas van a caer y cuáles no caerán a pesar de su apariencia seca.

Ni práctica ni romántica. Su tarea es siempre la misma, tediosa, y si la trata de ver como divertida, se aburre más.

Entró a la oficina de Destino y la secretaria, como de costumbre, le pidió esperar para averiguar si podía recibirla.

“Costumbres humanas, el destino hace esperar a la Muerte en su recibidor. Podría ser un chiste, pero yo no sé cómo contarle”, pensó.

—Señora, que pase, por favor, la oficina está...

—Ya sé, ya sé, conozco esta oficina desde antes de que tú siquiera... Olvídalo.

Lo encontró como esperaba encontrarlo, escribiendo atrás de un fuerte y macizo escritorio de caoba.

—Bienvenido, perdón. —Él alzó la mirada— Bienvenida, ¡qué guapa! Algo tienes, algo tienes, ¿qué te traes?

—Algo traigo, sí, pero antes... Mira, siempre he querido preguntarte y siempre me acuerdo en cuanto me voy. Pero ahora te lo pregunto al llegar, tú que escribes esto y todo, ¿sabías que yo vendría? Es decir, ni siquiera yo sabría que vendría, pero si tú lo sabías... Sí tú lo sabías, eso quiere decir que... —Ella no completó la oración.

—¿Quiere decir que...?

—No sé cómo decirlo.

—¿Que sucede lo que quiero?

—No, no... Que sabes todo.

—Tantas cosas que no sé... Pero vuelvo a mi tema, algo traes entre manos, te ves bien, muy guapa, será extraño, pero te ves... Viva, muy viva.

—¿Me veo viva? ¿Te parece que estoy viva? Eso sería una paradoja.

—Brillan tus labios rojos y el pelo se te acomoda de manera diferente y tus manos se mueven como aves, tu piel está iluminada, especial. Tu sonrisa es amplia y puesto que vienes a preguntarme por la mujer, deberías de estar enfurecida conmigo y no lo estás. Por lo tanto, sé que algo te traes.

—¡Lo sabía!, tú sabías que yo vendría por lo de la mujer de Valle, ¿no es aburrido saber todo?

—Ángela trabaja conmigo.

—¿Desde cuándo contratamos mortales?

—¿Yo? Cada vez que quiero, ¿tú nunca has tenido ayuda extra?

—Eso es una pregunta para la cual sí tienes respuesta. No me cambies el tema, ya me lo cambiaste tres veces y no me has respondido la primera pregunta, ¿sabes o no sabes todo? Responde, después me dices qué pasa con la tal Ángela

—No, no lo sé todo, por ejemplo, no sabía que vendrías ni que te enojarías. Lo que sé es que no vas a creer lo que te diga, si te digo que sabía de tu visita, de antemano, dudarías y ahora que te digo que no lo sabía, también vas a dudar. Todos los mortales que he conocido creen que soy Dios y tú también —dijo él e hizo una pausa—. A veces yo mismo me pregunto si lo seré, pero como soy ateo, de inmediato dejo de preguntármelo, pues si yo creyera en mí y fuera en verdad Dios, resultaría que estoy muerto o que nunca nací, pues Dios no tiene libro. Y cada vez que vienes, me pongo a temblar, tú no te das cuenta que cuando llegas siempre creo que es mi hora de partir. ¿Te habías dado cuenta?

—Me encanta la manera en que me enredas para no contestar, eres como todos los hombres. No sé si te lo crees tú mismo ni si en realidad crees que te puedo llevar. Volvamos a lo nuestro, ¿qué pasa con Ángela? Ya me retrasé dos días.

—Escribo su vida todavía en huecos blancos de su libro, tienes razón, debió haber muerto ya, ¿te la quieres llevar de inmediato?, puedo pedir que la llamen.

—No es que yo quiera llevármela, lo sabes bien, es que su hora ha llegado y no la encuentro. La última vez que sucedió algo así...

—Momento, ¿cuál fue la vez pasada?

—Moisés.

—¡Ah! ¡Ese muchachillo! ¡Qué desmadre organizó!, ¿te acuerdas? A ver, su libro está en la “M”. —Destino se puso

de pie y caminó a un librero—. Fíjate que él me buscó, mejor dicho, me encontró, lo que está más duro... —Destino estiró una mano y un libro voló a él desde algún lejano librero—. Déjame mostrarte varios errores que tiene la Biblia, y esos sí que lo sé, yo tengo escrita, palabra por palabra, la vida de Moisés y puedo garantizarte que jamás habló con Dios, pero conmigo sí.

—No me interesa Moisés —gritó ella—, eso ya está acabado, dime dónde hallo a Ángela o dime cuándo paso por ella o dime si no voy a pasar por ella, ¡tú sabes que yo no tengo prisa! A mí no importa si alguien vive uno o 100 años más o si muere uno o mil días antes. Yo hago mi trabajo y lo hago porque lo debo hacer, tal y como tú haces el tuyo, pero debemos tener comunicación. No se vale que se muera y no se muera, es como si tú escribes que alguien muere y yo no me lo llevo, te dejaría mal a ti y quedaría mal yo. Es lo mismo ahora.

—Me gusta Ángela.

—¿Qué? ¿Qué te gusta?

—Ella, me gusta ella, me gusta Ángela.

—¿Tanto te gusta?

—De ninguna manera, no. Imagínate, yo escribo las vidas de todos, me podría enamorar de muchos, sólo me gusta Ángela, ¿por qué me enamoraría de una mortal? Me gusta ella, me gusta estar con ella, hacer el amor. Eso lo hacen tú y el Diablo a menudo, más él que tú, digo, no entre ustedes, ¿o sí? En fin, en todo este tiempo a mí no me había llamado la atención ninguna mortal, hasta que conocí a Ángela, pasó el tiempo, ya sabes, un parpadeo y cuando me decidí por ella, ya era vieja, entonces, la hice joven y yo me convertí en un patán del que ella se enamoró en una playa.

—Ya, ya, ya, el Destino enamorado, *l'amour, l'amour, o là là, mon cherie ami!* Yo no tengo broncas, pero la despedida va a ser fuerte, pues si la encuentro y me la llevo...



—Mis deseos son básicos y carnales, sólo quiero un poco más de tiempo, luego te la llevas... Si aceptas mi propuesta, te muestro un libro.

—¿El mío?

—Tú no tienes libro —dijo Destino y acarició uno muy grueso, casi el triple de lo normal que tenía en la mesa boca abajo y con el lomo hacia él y en el que se narra la vida de un hombre que se creyó muy listo y termina en tragedia después de mucho, mucho tiempo. “Después de tantos años no se ha dado cuenta que llegará el día en que no tendrá a quién llevarse y entonces, en la soledad, querrá morir”, pensó el Destino acerca de ella.

—No me interesan los libros, yo veo quién muere y me lo llevo, jamás negocio.

—Te interesa, te lo aseguro. Ten esto. —Destino le arrojó el libro de Juan Armando Contreras Jorge, un psicólogo pos-depresivo propietario de un bar.



# Un artista de la tortura

y otras historias verdaderas

de Andrés Torres Scott, se terminó de imprimir  
en agosto de 2014, en Lithokolor ----S.A. de C.V.  
La edición consta de 400 ejemplares.